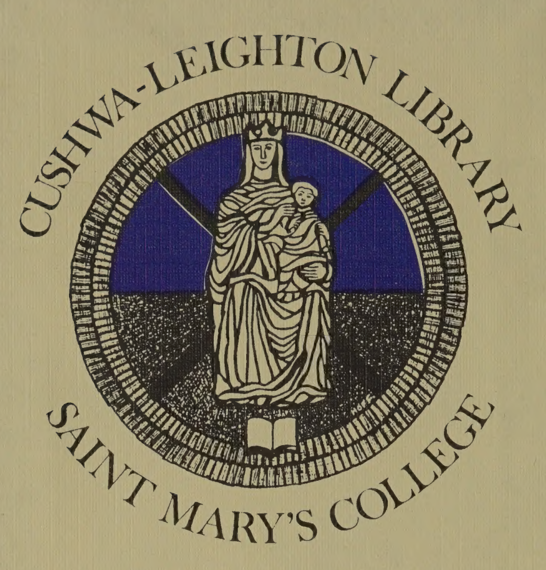
P. LASALDE



TRADICIONES HISTORICAS DE ESPAÑA

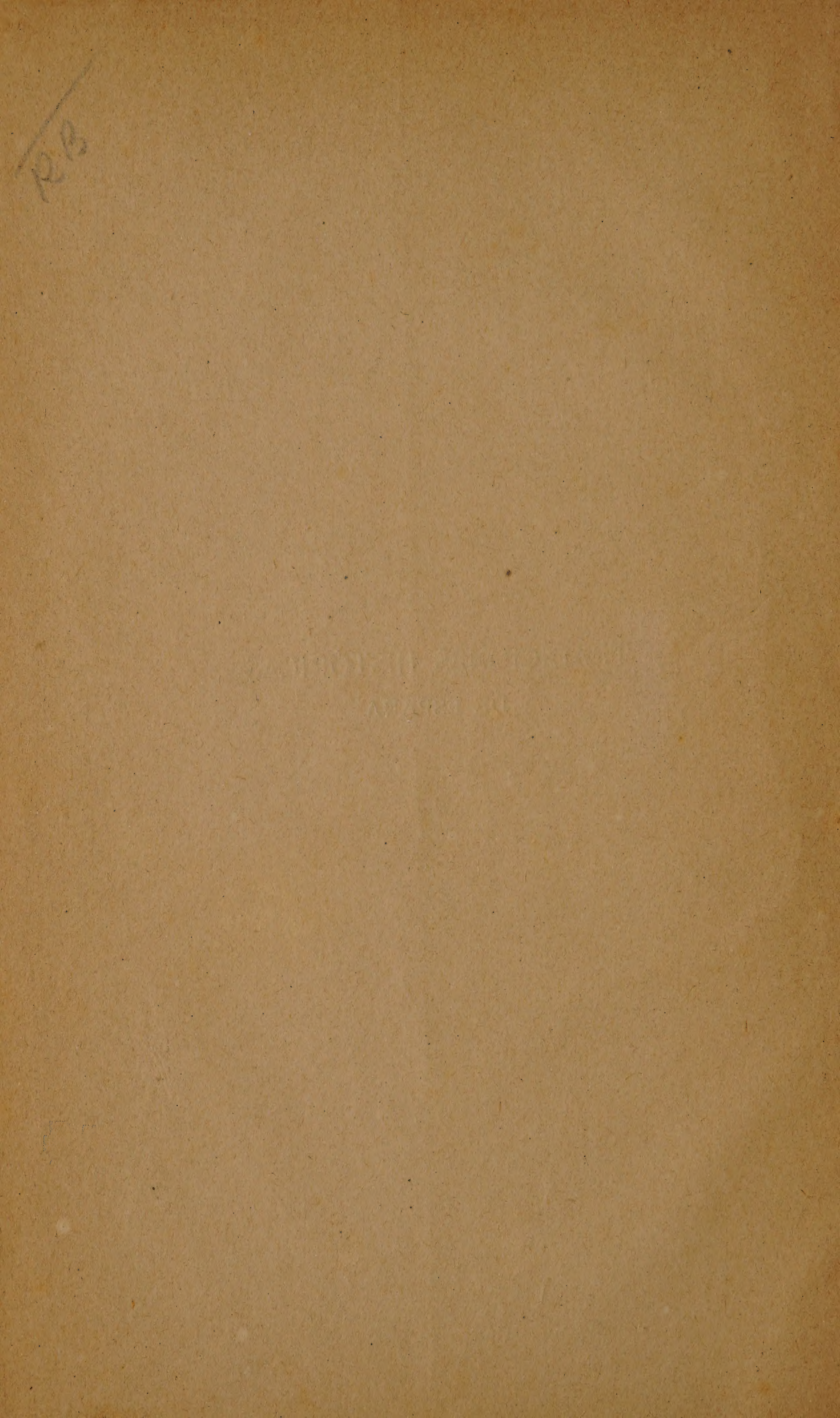



CUSHWA-LEIGHTON LIBRARY
SAINT MARY'S COLLEGE


SPES UNICA

B. Rank

TRADICIONES HISTÓRICAS
DE ESPAÑA



TRADICIONES HISTÓRICAS

DE

ESPAÑA

POR

EL P. CARLOS LASALDE

DE LAS ESCUELAS PÍAS



MADRID

IMPRENTA DE A. PÉREZ DUBRULL

Calle de la Flor Baja, 22

1888

TRADICIONES HISTÓRICAS DE ESPAÑA

ARTÍCULO PRIMERO

PRIMEROS POBLADORES.

Así como hay tradiciones populares que viven en la masa del pueblo, pasando casi inalterables de generación en generación; así también las hay científicas que viven entre los sabios, perpetuándose del mismo modo que las populares. Las primeras las cuentan los padres á los hijos, al amor de la lumbre, en forma de consejas, por vía de lecciones morales ó para perpetuar la gloria de las naciones. Las segundas se cuentan en los libros de los sabios, en tono dogmático y con pretensiones de verdades científicas.

Unas y otras suelen tener un fondo de verdad revestido de circunstancias fabulosas, porque, tomando parte en ellas la imaginación, y flaqueando con el tiempo la memoria, unas veces se han reunido varias en una sola; otras se ha dividido una en varias, y todas han sido hermoseadas y desfiguradas según el interés y el gusto de los narradores.

Para distinguir la verdad que encierran, es necesario comparar entre sí unas con otras, las de cada pueblo y las de unos pueblos con otros; hay que tener en cuenta las preocupaciones nacionales, la religión, la historia, las costumbres y hasta el lenguaje de la nación que las refiere; y aun después de esto, la mayor parte de las veces es imposible sacar nada en claro. ¿Quién, por ejemplo, no conoce entre nosotros la historia del conde Don Julián, el tributo de las cien doncellas, y otras muchas tradiciones cuyo fundamento se conoce, pero cuya verdad es imposible poner en claro?



Estas tradiciones han tenido diferente suerte; pues mientras unas han pasado inalterables y sin contradicción de unos siglos

á otros, y casi se han convertido en dogmas de fe, otras han sido atacadas sin piedad, y algunas negadas en absoluto, sin detenerse siquiera á rebatirlas. Yo voy á escribir ahora sobre una á mi juicio difícil de aclarar, puesto que son escasísimos y muy vagos los datos que hasta ahora de ella se tienen, y es probable que lo sean más cada día. Me refiero al origen de los primeros pobladores de España, entre los cuales cuento los mismos que indica la opinión general, celtas, celtíberos, iberos y vascongados. ¿De dónde proceden estos pueblos? ¿Cuándo vinieron á España? ¿Por dónde vinieron? He aquí tres preguntas á las cuales muchos han respondido, pero ninguno satisfactoriamente, por la sencilla razón de que todos lo han hecho fundándose únicamente en conjeturas. Tan cierto es esto, que hasta ahora ni aun se ha puesto en claro si todos estos pueblos eran uno solo, ó tenían diferente origen.

Los fundamentos en que se apoyan los historiadores para dar carta de naturaleza á los primeros habitantes de España, se toman de sus costumbres, de su lengua y de los nombres de sus ciudades.

De sus costumbres sabemos muy poco, y eso poco solamente nos dice que se parecían á todos los pueblos primitivos que se han encontrado en las mismas condiciones. ¿Acaso no vemos que los pueblos tienen por necesidad que acomodarse al medio en que viven? Los pueblos ribereños han de ser dados á la pesca, los mediterráneos á la pastoría y agricultura, los montañeses á la caza. Éstos, amigos de su independencia; los de las llanuras, más fáciles de dominar, y así podía ir añadiendo de otras muchas cualidades que produce en los hombres la tierra en que viven. Entre las costumbres populares, son dignas de estudio las religiosas, y vemos que todos los pueblos han adorado á la Divinidad, y, por consiguiente, todos han tenido altares, y sacrificios, y templos en armonía con su modo de vivir; todos han enterrado sus muertos y han querido perpetuar su memoria, y para ello han levantado túmulos de tierra cuando eran pobres y bárbaros, y pirámides y mausoleos cuando eran ricos y civilizados.

De su lengua quiero suponer que se sabe alguna cosa más. ¿Pero á qué se reduce todo ello? Á unos cuantos nombres, muchos de ellos de dudosa procedencia, pues están sacados de lápidas romanas, á mi entender, puestas por soldados ó empleados romanos de una época en que en el ejército romano servían individuos de todas las naciones, y, por consiguiente, los nombres

que en ellas se encuentran, lo mismo pueden pertenecer á un español que á un africano ó á un asiático.

Si de tantas veces como se ha supuesto averiguado el enigma de las inscripciones ibéricas, sólo una de ellas hubiera sido verdad, ya estaríamos fuera del paso. Pero hasta el presente, cuantas interpretaciones se han dado son arbitrarias, por lo cual no han tenido resultado alguno. No sabemos, por consiguiente, de la lengua que hablaron nuestros padres sino algunas palabras sacadas de los historiadores y de las inscripciones.

Los trabajos que se han hecho sobre ella han dado hasta el presente tan escasos resultados, que cuanto en ellos se funde merece tan poco crédito, que no puede ser menos. El día en que se hayan leído las inscripciones españolas, si alguna vez sucede, se verán los errores en que han incurrido muchos de nuestros anticuarios. Sin embargo, por este indicio tan remoto y vago, algunos han pretendido averiguar el origen de los más antiguos pueblos que vinieron á poblar la Península ibérica. ¿Y cómo? Comparando las pocas palabras que se conocen del idioma de esos pueblos con las de otros. Así es que, según las aficiones y preocupaciones de los escritores, han salido los primeros españoles, fenicios, egipcios, griegos ó galos. Esto proviene de no haber tenido presente que todas las lenguas proceden de un tronco común, ó, mejor dicho, fueron una sola en el principio, y al dividirse conservaron más ó menos intactas las raíces primitivas, por lo cual no es trabajo muy difícil encontrar la filiación de una raíz en la mayor parte de las lenguas, aunque no sean de la misma familia.

Acerca de los nombres de países, ríos y poblaciones, hay que tener en cuenta tres cosas: Primera, que no basta que se parezcan los nombres de unas cuantas poblaciones; es necesario que sea igual la formación de todos los nombres en general; que se vea en ellos la predilección que cada lengua tiene por determinadas letras; que los nombres apelativos de aldea, villa, castillo, monte y río, tan comunes en los nombres compuestos, sean los mismos ó muy semejantes en una nación que en otra, para decir que ambas tienen el mismo origen. Segunda, que esto se entiende sin olvidar las dominaciones de que ha sido víctima el país. En España, por ejemplo, tenemos muchos nombres de ríos y poblaciones con nombres árabes y latinos; por ejemplo, Castrourdiales, Castrojeriz, Trascastro, Almadén, Algeciras, Guada-

lete, Guadalquivir, Guadiana, y no es cierto, sin embargo, que los romanos ó árabes poblaron á España, sino que la dominaron. ¿Y quién nos asegura que en los tiempos antehistóricos no hubo en este ó en aquel país una dominación extranjera, de la cual son restos muchos nombres de poblaciones? Tercera, que no se olvide el conducto por donde han pasado esos nombres. Los nombres de las antiguas naciones y poblaciones de España han llegado á nosotros por conducto de los romanos, que en parte los aprendieron de los griegos, y en parte de los soldados que militaron en España. ¿No es creíble que los alteraran alguna cosa y que estén desfigurados por acomodarlos á la índole de la lengua latina? En casa, como suele decirse, tenemos el ejemplo. ¿Qué hicieron nuestros padres con los nombres indios de América? Refiérese que los soldados de Cortés llamaban Huchilobos al ídolo que los indios adoraban bajo el nombre de Huixtilipuztli.

Otro medio se ha empleado para demostrar el origen común de los pueblos, que es la craneoscopia, y le cito aquí porque le he visto aplicado al pueblo vizcaíno. Este procedimiento ha estado muy en boga, como sucede á todas las opiniones nuevas cuando sus autores tienen algún crédito; y tanto más entusiasmo producen, cuanto más de ridículo tienen, como á ésta le sucede. La configuración de los cráneos y del cuerpo en general depende, en gran parte, de la manera de fajar á los niños que en cada pueblo se emplea: sin quitar por esto las modificaciones que son debidas al clima, al terreno y á la naturaleza de los alimentos.

¿Qué medios emplearemos, pues, para averiguar la verdad? Estos mismos de que voy hablando, pero no dándoles más importancia que la que tienen. En la dispersión general de los pueblos debió suceder que unas tribus fueran desprendiéndose de otras para trasladar su domicilio á nuevos países. Pero atacadas allí por otras desprendidas del mismo ó de diverso tronco, ó habían de cambiar de domicilio, si no podían rechazar á los invasores, ó habían de fundirse con ellos, perdiendo en la fusión, al mismo tiempo que su autonomía, su lengua y sus costumbres, ó había de resultar un nuevo pueblo, cuya lengua, mezcla de las primitivas, fuera difícil clasificar. Esto hubo de suceder muchas veces, por lo cual creo yo que es sumamente difícil averiguar con precisión el origen de los pueblos, y en muchas ocasiones de todo punto imposible.

Bajo este supuesto, voy á ocuparme de los pueblos que dice

la tradición haber colonizado nuestra Península, tratando por su orden de los celtas, iberos, celtíberos y vascos.

Al tratar de los celtas, ocurre un primer término: saber lo que significa la palabra *Celta*, y, por consiguiente, si es nombre etnográfico ó geográfico.

Por mucha que sea la importancia de esta cuestión, para mi objeto es completamente inútil. Basta saber que en España y en otros países habitó un pueblo que se daba á sí mismo el nombre de Celta, sin que importe mucho saber si esa palabra significa guerreros, occidentales ó cualquiera otra cosa. Su existencia está comprobada por el testimonio de todos los historiadores, y no hay, por consiguiente, necesidad de detenerse á demostrarla. Estos pueblos, tengo para mí, ocuparon en los tiempos antehistóricos toda la España; pues en todas sus regiones se encuentran monumentos célticos de autenticidad indubitable, y no pueden atribuirse á los pueblos que habitaron posteriormente en esas comarcas. Cuando la historia de España empieza á ser conocida, época que corresponde próximamente á la invasión cartaginesa, encontramos á los celtas establecidos en las costas occidentales y en todo el país interior comprendido entre la corriente del Ebro, la cordillera Ibérica y la Mariánica. No formaban una sola nación, sino que estaban divididos en varios pueblos, de cuya organización política y social apenas tenemos la más leve noticia. Demostrar que los oretanos, carpetanos, vetones y demás pueblos contenidos en el territorio mencionado eran hermanos y de la raza que se llama céltica, no es de este lugar, y en otra parte he querido probarlo.

¿De dónde vinieron estos pueblos? De las llanuras del Senaar, de donde proceden todos los habitantes de la tierra; y esto es lo único que puede decirse con certeza, pues hasta ahora no se ha sabido, ni se sabrá en adelante, si vinieron directamente de allí, ó pasaron de allí á otras regiones, de las cuales pasaron á esta. Privados del testimonio de la historia, y habiendo desaparecido estos pueblos hace muchos siglos, sólo nos resta de ellos el testimonio de los monumentos.

¿Pero qué luz nos podrán dar éstos cuando la mayor parte de ellos son propios de todos los pueblos primitivos? Los utensilios domésticos, las armas de piedra, los túmulos de tierra y de piedras, se encuentran repartidos por todas partes; de donde hemos de concluir que, ó los celtas habitaron en todos los países del

mundo, ó que todos los pueblos primitivos tuvieron unas mismas costumbres, hijas de una civilización común y de las necesidades comunes.

¿Á qué raza pertenecieron? Es indudable que á la raza aria y á la rama meridional de ésta, que se extendió por España, Inglaterra y Francia. Esto se puede deducir sin trabajo de las pocas palabras que nos quedan de su idioma y de los nombres de sus ciudades. Así como en las lenguas germánicas dominan las consonantes, así en las grecolatinas están casi equilibradas con las vocales, fenómeno que se verifica en la lengua de los celtas. En griego, á cada cien letras corresponden 55 vocales, en latín 45, en español 48, en italiano 47, en francés 44, en celta 44, en inglés 37,9, y en alemán 37; por donde se ve que la lengua céltica era más parecida á las grecolatinas que á las germánicas. Hablaban, pues, los celtas una lengua aria, hermana, y no hija del sánscrito, del griego y del latín. Esta lengua tenía las mismas radicales que la griega y la latina, y acaso era más parecida á la primera que á la segunda; sus declinaciones y conjugaciones debían ser semejantes á las de esas lenguas; pero esto sólo es una conjetura, porque, como ya he dicho, no es posible conocer está lengua. Si las itálicas, probablemente más parecidas á la latina, y de las cuales nos restan bastantes monumentos, no han podido ser puestas en claro, ¿cómo lo será la céltica española, de la cual es casi nada lo que sabemos? Y aun en el supuesto que sea hermana de algunas que han vivido hasta nuestros días, siempre será ese un ligerísimo apoyo para descifrar el enigma.

Otro de los puntos difíciles de determinar es el camino por donde los celtas vinieron á las regiones occidentales de la Europa meridional. Dicen que vinieron por África, y dicen también que vinieron por Europa. Si vinieron por África, ocuparían primero la España, de donde hubieron de pasar á Francia, Inglaterra y Bélgica, si es que no pasaron el Rhin y el Danubio y ocuparon también las regiones germánicas. Pero teniendo en cuenta que si del Asia pasaron al África, les fué más fácil extenderse por el continente africano que pasar á España, atravesando el mar con sus ganados, para los cuales encontraban allí pastos abundantes; se inclina el ánimo á creer que no vinieron por aquel país y que los monumentos célticos que en él se encuentran son de otro pueblo.

Suponer que vinieron por Europa, tiene también sus inconvenientes, porque hubieron de vadear muchos ríos y atravesar

muchas cordilleras; pero siempre es más fácil atravesar ríos, por caudalosos que sean, que cruzar el mar, á no ser que supongamos que en los tiempos en que vinieron los celtas aún estaba cerrado el estrecho de Gibraltar.

Yo creo que vinieron por Europa, y que fueron de los primeros pueblos de raza jafética que se separaron del tronco común. Eran probablemente pueblos pastores, porque las naciones que cultivan la tierra están íntimamente adheridas á ella, y sufren con más facilidad la esclavitud que la emigración. Pero los pastores, que pasan el día andando de una parte á otra, y que según las estaciones cambian de morada, no tienen afecto al terreno, y cambian fácilmente de patria, cualquiera que sea la causa que los obliga á ello. Así es que los celtas, ocupados en la pastoría, ó por la afición general de los pastores á cambiar de habitación, ó empujados por las nuevas tribus que iban saliendo de la patria común, ó en busca de más abundantes pastos, fueron apartándose poco á poco de las regiones asiáticas, caminando á lo largo de la costa del Mediterráneo, hasta que llegaron á las playas del Atlántico, de donde no pudieron pasar, porque el mar se lo impedía, ni volver atrás, por estar ya ocupadas por otros pueblos las regiones que ellos antes habían abandonado.

He dicho que los celtas eran pueblos pastores, y de esto no cabe duda, pues no tuvieron poblaciones sino en tiempos muy posteriores. Las que en España se llaman poblaciones célticas, ó, mejor dicho, *estancias célticas*, eran un aglomerado de chozas fabricadas en parte de tierra y piedras, y en parte de ramaje. Estas estancias se hallaban situadas, como lo acreditan sus ruinas, en alturas próximas á manantiales, arroyos ó lagunas, y al lado de las cordilleras, sitios muy á propósito para el pastoreo, pero inútiles para la agricultura. Entre las ruinas de estas primitivas poblaciones, se encuentran armas de caza y guerra, pero ningún instrumento de labor: y á no ser que los usaran de madera, cosa no muy fácil, por fuerza había de haber parecido alguna reja ó azada de piedra ó hierro.

Verdad es que para su alimento usaban algún grano, pues para moler grano servían las piedras ó molinos de mano que tan abundantemente se encuentran en algunas comarcas. Aunque éstos no existieran, á mí no me cabe la menor duda de que usaban algunas semillas, pues en la estancia del cerro de la Campana, que yo mismo registré muy detenidamente, tuve la suerte

de encontrar en el fondo de una morada una buena cantidad de trigo, mijo y huesos de aceituna, perfectamente conservados, aunque carbonizados por el tiempo.

Estas semillas se las podían proporcionar por medio de algún escaso cultivo, ó, lo que es más probable, por medio del comercio con los pueblos cultivadores.

Difícil es fijar la época en que los celtas salieron de Oriente y en la que llegaron á España. Si las conjeturas que acerca de ella se han emitido tienen algún fundamento, no puede menos de suponerse que fueron de los primeros pueblos que salieron de Oriente hacia este lado, y los primeros que llegaron á nuestra Península; por consiguiente, siguiendo la cronología de los expositores sagrados, debieron salir del Asia hacia el año 1788 del mundo, 131 después del diluvio, y 2212 antes de Jesucristo. De manera, que se puede calcular su llegada á España unos 2000 años antes de la era cristiana.

Otro de los pueblos que vinieron á España es el pueblo ibero, del cual se sabe todavía menos que de los celtas. ¿Quiénes eran los iberos? ¿De dónde vinieron? ¿Cuándo vinieron? ¿Cuál es su historia? Preguntas son estas á las cuales no es fácil responder, por más que algunos historiadores hayan creído resolver satisfactoriamente la cuestión.

Dicen que el pueblo ibero es el pueblo vizcaino, y que desciende de los iberos del Asia. Y esto es lo único que saben de él, pues ni saben cuándo vinieron, ni por dónde vinieron. Dicen que los iberos son un pueblo que vino á España al mismo tiempo que los celtas, extendiéndose entre el Ebro y los Pirineos, y esta es la opinión más común.

Yo creo que la palabra *ibero* puede ser nombre de un pueblo que tuviera este nombre, el cual al venir á España llamó de su nombre al río Ebro, ó puede suceder también que los romanos al venir á España diesen el nombre de iberos á los pueblos que habitaban la margen izquierda del Ebro. Como quiera que sea, yo no creo que los iberos eran vascos, pues cuando los griegos y romanos dieron el nombre de iberos á los habitantes de las costas orientales de España, hacía ya mucho tiempo que no habitaban allí los vascos, si es que alguna vez habitaron. Si el nombre de iberos es el de un pueblo, á ninguno mejor corresponde que á los ilerdenses, ilergetes y demás que habitaban entre el Ebro y los Pirineos. Estos pueblos eran sin duda alguna

hermanos de los que poblaron las costas del golfo de León, la Cerdeña, las Baleares y parte de Italia. Si tiene algo de verdad la tradición que asegura haber tomado parte los españoles en la conquista y población de algunas ciudades de Italia y Sicilia, sin duda ninguna se refiere á los iberos, comprendiendo bajo este nombre los pueblos que acabo de indicar.

El origen de este pueblo es obscurísimo, más aún que el de los celtas, por haberlos confundido con éstos, y sobre todo con los vascos. La cultura de los iberos era diferente de la de los celtas, y diferente era también su lengua, aunque de la misma familia. ¿Y quién sabe si la lengua lemosina es una derivación natural del antiguo ibero? Los iberos debían ser más cultos que los celtas, porque se separaron más tarde de la madre común; estuvieron más cerca de ella, pudiendo, por consiguiente, recibir más directamente su influencia, y, sobre todo, porque, viviendo en la costa del Mediterráneo, y siendo un pueblo mercantil, estuvieron en íntimas relaciones con los pueblos cultos del mundo antiguo.

En asunto de tan remota antigüedad, del cual no queda documento histórico alguno, pues el único que se conserva, que son las inscripciones, aún está por descifrar, no se puede dar un paso seguro.

Lo único que puede darnos alguna luz son los monumentos arqueológicos que se encuentran en la región Ibérica, como son los sepulcros y los muros ciclópicos. Á juzgar por las escasas luces que estos monumentos nos comunican, se puede creer, con probabilidad de acierto, que los iberos eran de raza pelásgica, hermanos de otros pueblos que habitaron en las costas del Mediterráneo. Si esta leve conjetura fuera verdadera, los iberos fueron el pueblo que empujó á los celtas hacia las regiones occidentales, ocupando los terrenos que aquellos dejaban, ó más probablemente llegó por mar, y se apoderó de las costas del golfo de León. Que un pueblo desalojó al otro de sus habitaciones, no cabe duda, pues en Cataluña se encuentran monumentos célticos á la vez que pelásgicos. Una cosa queda por determinar, y es si los habitantes del Noroeste de España que vengo llamando iberos, eran los pelasgos ú otro pueblo que desalojó de allí á los pelasgos, ó que fué dominado algún tiempo por éstos.

Acerca del tiempo de su venida, nada se puede decir: lo probable es que vinieron cuando habitaban ya en España los celtas,

empujando á éstos hacia el interior, quedando el Ebro por límite natural de una y otra nación.

El tercer pueblo de quien he de ocuparme es el celtíbero. Pero de éste, en pocas palabras puede decirse cuanto es necesario. ¿Qué quiere decir celtíberos? La opinión más vulgar dice que, estando establecidos en España los celtas, vinieron los iberos, y después de las guerras que debieron sostener entre sí, concluyeron por fundirse los fronterizos de una y otra nación, resultando el pueblo celtíbero, que recibió este nombre por estar formado de celtas é iberos. Esta opinión no me parece digna de ser tenida en cuenta, porque los pueblos fronterizos, ó se mantienen iguales en la lucha, en cuyo caso no se funden, ó el uno vence al otro, y entonces el orgullo no permite al vencedor que admita al vencido á la participación de sus derechos. Hoy estamos viendo que, á pesar de la paz y moderación que en el mundo ha producido el Cristianismo, y á pesar de las cordiales relaciones que suele haber entre las naciones vecinas, los habitantes de las fronteras se aborrecen de todo corazón, y llevan el espíritu de nacionalidad hasta un extremo que sólo viéndole se concibe. Mucho más sucedería en los tiempos antiguos, con unas religiones que consideraban como obra de virtud el degüello de los enemigos.

Para saber lo que significa celtiberos, debe notarse que esta palabra se compone de dos raíces. La primera es indudablemente *cet*, la segunda puede ser *iber*, ó *ber*, considerando la *i* como copulativa. Si la segunda raiz es *iber*, la palabra celtibero significaría *celtas del Ebro*, siguiendo en su formación una regla contraria á la que se observa generalmente en todas las lenguas, según la cual la raíz que representa la idea principal se pone la última. No se necesita poner ejemplos de esto, pues basta abrir el diccionario de cualquier lengua, y se encontrará su confirmación. Si la palabra *celtiberos* estuviera formada con sujeción á esta regla, significaría *iberos de la Céltica* y no *celtas del Ebro*. En el caso de ser *ber* la segunda raiz y la *i* una copulativa, la palabra *celtiber* sería una voz formada por el estilo de otras muchas usadas en la lengua latina, y cuyo origen se debe tal vez á las lenguas iberas é itálicas; tales son, por ejemplo, *Cántaber*, *Umber*, *Imsuber*, entre los nombres gentilicos, *imber*, *coluber* y los nombres de meses sustantivos, *saluber*, adjetivo y otros varios. Esta flexión *ber* es poco común en la lengua latina; por lo que me inclino á creer

que pertenece á las lenguas que se hablaban en toda la costa que se extiende desde el Ebro hasta el Tíber. En este caso, la palabra *celtiber* ó *celtibero*, significaría lo mismo que celta, y sería el nombre con que los iberos conocían á los celtas sus vecinos.

Resta hablar del pueblo vasco. ¿Pero quién podrá lisonjearse de decir una sola palabra con acierto al tratar de este pueblo? Su lengua, sus costumbres, su constitución política, en una palabra, todo cuanto le pertenece, es singular, y sólo sirve para envolverle en el misterio. Así, no es de extrañar que haya sobre él las más absurdas opiniones, asegurando unos que son los primeros pobladores de España, otros que son los iberos, otros que son los egipcios, encontrando todos razones en apoyo de su opinión; pero la razón principal es, que como nada se sabe de él, todo cuanto de él se diga puede pasar por verdad, pero al mismo tiempo puede ser desmentido, y eso es lo que voy á hacer ahora, porque siempre es más fácil demoler que edificar.

En primer lugar, los vascos no fueron los primeros pobladores de España. Los mantenedores de la contraria opinión se fundan en que en la lengua vizcaína encuentran palabras que traducen casi literalmente los nombres antiguos de las poblaciones españolas. Eso nada significa. La lengua vizcaína conserva muy bien las raíces primitivas, sin confundirlas con las flexiones, y toda palabra antigua, y cuanto más antigua mejor, de cualquer lengua que sea, encontrará en ella raíces que le expliquen. Lo mismo que sucede con el vizcaíno, sucede con todas las lenguas antiguas, y el que quiera podrá encontrar en el chino satisfactoria explicación para toda clase de nombres. De manera que el explicarse los nombres de las poblaciones españolas por la lengua vasca, no es razón suficiente para probar que los vascos fueron los primeros pobladores de España. Y si lo fueron y dieron nombre á todas las poblaciones, mucho se diferencian los vascos actuales de los primitivos, porque éstos, siendo un puñado de hombres, han sabido conservar por espacio de muchos siglos su independencia, su lengua y sus costumbres, y antiguamente, siendo muchos y poderosos, no pudieron conservar el país en que se habían establecido, y fueron arrollados hasta las pobres montañas donde hoy se encuentran, sin que de nuevo pudieran salir de allí. Tal vez se diga que al conquistar la tierra el pueblo invasor no arrolló á los vascos, sino que los dejó en sus antiguas habitaciones, mezclándose con ellos, lo cual me parece más

inverosímil, pues de ser así, hubiera prevalecido la lengua vasca sobre la de los conquistadores, á no ser que éstos hubieran ido concluyendo con la raza vencida.

Tampoco son unos mismos los iberos y los vascos, en el supuesto de que por iberos se entienda los que he llamado con este nombre. Precisamente los montañeses de Navarra, Aragón y Cataluña pueden con justicia asegurar que son los legítimos descendientes de los pueblos que habitaban aquellos países á la venida de los romanos, y si alguna mezcla han tenido, ha sido únicamente en la invasión sarracena con sus hermanos que habitaban en las tierras bajas, lo cual nada afectaría á su manera de ser. Pues bien: estos pueblos en nada se parecen á los vizcaínos. ¿Y cómo es que hallándose casi en las mismas condiciones unos que otros por espacio de tantos siglos, han llegado á ser tan diferentes? La razón es porque, siendo los vascos y los iberos pueblos muy diferentes en su origen, lo siguen siendo todavía.

Casi no debía detenerme á probar que los vascos nada tienen que ver con los egipcios, ni en punto á la lengua, ni en punto á la religión, ni en cuanto á las costumbres, ni en cuanto á las leyes; pero eso sería perder tiempo. Para que los vascos fueran egipcios, era necesario suponer que éstos habían poblado á España, que después de ellos habían venido otros pueblos por el Mediodía, que, empujándolos hacia el Norte, los habían arrinconado en las Provincias vascongadas. Pero esto es ya mucho suponer, porque la dominación egipcia en España, que indudablemente existió, fué inmediatamente anterior á los tiempos históricos de nuestra Península, y, por consiguiente, habría alguna noticia de esa grande irrupción africana que solamente se ocupó de los egipcios, dejando intactos á los demás pueblos españoles, y no dejando en pos de sí vestigio alguno de su paso. Y digo esto, porque al llegar á España los cartagineses, estaba poblada de varios pueblos, diferentes en idioma, en costumbres y en civilización; y al suponer la invasión de que hablo, es preciso suponer que sólo uno de esos pueblos fué el invasor, y los demás debían encontrarse ya establecidos, por lo que es preciso suponer que, de grado ó por fuerza, fueron respetados.

¿Quiénes fueron, pues, los vascos? No lo sé; pero como es necesario decir algo, diré que, á mi juicio, es el último de los pueblos que se llaman primeros pobladores de España; que vino de las regiones del Norte, y vino por mar. Llegó tal vez pira-

teando á las costas que hoy ocupa, y, estableciéndose en ellas, fué extendiéndose poco á poco por un país que estaría despoblado, ú ocupado sólo por pastores, que se retirarían á vista del enemigo.

Otra suposición puede hacerse, aunque apoyada, como todas, en leves fundamentos. Si la lengua vizcaína es, como quieren suponer ó demostrar los filólogos, hermana de la finlandesa, húngara y turca, y éstas son hermanas ó hijas de la de los hunnos, y entre estos pueblos hay además otras señales de pertenecer á la misma raza, puede suponerse que, vencido Atila en las llanuras de Chalons sur Marne, sus guerreros se dispersaron, y cuando unas tribus volvieron á Oriente, otras marcharon al Norte, y otras, por tierra ó por mar, se dirigieron al Mediodía, y éstas son las que ocuparon el golfo de Gascuña.

ARTÍCULO II

PRIMERAS INVASIONES EN ESPAÑA

Dos mil años antes de Jesucristo vinieron á España los celtas. Muchos años después, y cuando probablemente se encontraban extendidos por toda ella, ó al menos por todo el Norte, aparecieron los iberos, y los desalojaron del país comprendido entre el Ebro y los Pirineos. No fueron estos los únicos invasores que vinieron á perturbarlos en la pacífica posesión de los países que antes que nadie habían ocupado. Ó buscando un refugio donde fundar una nueva patria, ó con deseo de entablar relaciones mercantiles, se presentaron en las costas de España diferentes pueblos, de algunos de los cuales se ocupa la Historia, pasando á los restantes en silencio. Otro tanto pienso hacer yo ahora, dejando relegados al olvido á éstos, ocupándome sólo de los que mencionan los historiadores, y principalmente de los griegos, fenicios y egipcios.

En dos bandos están divididos nuestros historiadores con respecto á las gentes que en las remotas edades invadieron nuestro territorio. Admiten unos de lleno y sin discusión todo cuanto sobre este punto dijeron los antiguos, y otros, por el contrario, han negado muchas tradiciones, sin pararse á examinar los fundamentos que pudieran tener. No es mi ánimo hacer ahora la crítica de unos y de otros, ni aun discutir si tuvieron ó no razón en la conducta que siguieron. Basta saber que los unos las admiten sin discusión, y sin discusión las rechazan otros. El más prudente de todos es, sin disputa, el P. Mariana, que consigna todas ó la mayor parte de las relativas á nuestra historia antigua, aunque dando á entender que no todas merecen igual crédito.

Entre los autores que todas las niegan, debe citarse á D. Modesto Lafuente, que, no teniendo en cuenta aquella célebre frase del P. Mariana: *más transcribo de lo que creo*, le acrimina de haber admitido las antiguas tradiciones, y él las desecha casi en absoluto. Admite la venida de los celtas é iberos á España como pobladores, aunque sentando los hechos con muy poco criterio; y con respecto á los invasores de los tiempos siguientes, admite dos, fenicios y griegos, de los cuales afirma que influyeron en la civilización de España.

De los fenicios dice el Sr. Lafuente: «Una vez asentados en »Cádiz, situación grandemente favorable para el comercio, fue»ron extendiendo sus colonias por el litoral de Bética y por todo »el país habitado por los turdetanos, fundando ciudades y esta»bleciendo factorías en la costa y á las márgenes de los grandes »ríos, y en general en los puntos más acomodados para el trá»fico. Pertenecen á las primeras fundaciones Málaga, Sevilla, »Córdoba, Martos, Adra y otros varios pueblos de Andalucía, »de los cuales unos subsisten, otros con el tiempo han desapa»recido. Fuéronse luego derramando por el interior, que no »podían ser indiferentes á los oídos de aquellos comerciantes las »noticias que les referían de las riquezas que el país ence»rraba....»

Tres cosas quisiera yo saber para encontrar explicación á lo que en las palabras anteriores dice el Sr. Lafuente: primera, si el autor, que tan incrédulo se muestra en muchos puntos de nuestra historia primitiva, creía lo que en ellas dice; segunda, en qué autores habrá leído y con qué monumentos confirmado que los fenicios se extendieron por España tanto como él asegura; tercera, de dónde salieron tantos fenicios como se necesitaban para fundar tantas ciudades y factorías, quedando los suficientes para que la Fenicia no se despoblara y pudiera fundar las demás colonias que se le atribuyen en las costas del Mediterráneo. Con pocos historiadores como el Sr. Lafuente, pronto se daba al traste con toda la historia de España.

Dice que vinieron los fenicios á poblar la España, y dice también que la causa de su venida fué huir del exterminio con que les amenazaban los israelitas al apoderarse de su tierra. Esta idea no es original del Sr. Lafuente; hace tiempo que la leí en un autor extranjero: por consiguiente, no se le puede exigir á nuestro historiador la responsabilidad del invento, sino la de la copia.

Lo que hoy entendemos por Palestina, estaba dividido en tiempo de la invasión israelítica en dos regiones: Canaán y Fenicia. La primera, destinada por Dios para los israelitas, es la que éstos ocuparon, destruyendo á sus habitantes en gran parte. Acaso algunos se escaparan de la matanza y vinieran á España, pero yo no he visto ningún testimonio fidedigno que lo confirme. Además, las invasiones fenicias, según dicen, fueron dos, en el siglo décimoquinto y séptimo a. C., y los israelitas entraron en Canaán en el décimoctavo. No se ha de suponer que los cananeos tardaran trescientos años en cruzar el Mediterráneo. La Fenicia estaba ocupada por los fenicios, palestinos ó filisteos, que todos eran unos, y nada tenían que ver con los cananeos, habitantes del territorio que ocuparon los israelitas; y prueba de ello es que los respetaron en su invasión, y aun muchas veces se vieron dominados por ellos.

Se podrá poner en duda si eran los fenicios, palestinos y filisteos una misma nación. Dice la Santa Escritura que el primogénito de Cânaán fué Sidón, á quien se tiene por el fundador de la ciudad de su mismo nombre. Los historiadores profanos dicen que los sidonios fundaron á Tiro, y esta ciudad fué la que colonizó en las costas del Mediterráneo. Tienen, pues, algún fundamento los que hacen á los fenicios una de las tribus cananeas. Por otra parte, las Sagradas Letras nos enseñan que los filisteos y palestinos procedieron de los egipcios (Mesraím), y los historiadores profanos aseguran lo mismo de los fenicios; el territorio que ocupaban unos y otros era el mismo; el culto de unos y otros era el mismo, con marcadas reminiscencias del egipcio, pues Astarté no era ni más ni menos que Isis; el alfabeto fenicio, convienen los anticuarios en que provenía del egipcio; por consiguiente, hay muchas razones para creer que los filisteos, palestinos ó fenicios eran procedentes del Egipto y formaban una sola nación, distinta de los cananeos. Si alguna duda resta, se resuelve satisfactoriamente suponiendo que al invadir los fenicios las costas de Palestina, exterminaron á los sidonios cananeos, ó los empujaron al interior del país, donde se confundieron con sus hermanos. Lo cierto es que las Divinas Letras no los cuentan entre los diez pueblos descendientes de Canaán, sino que los hace descender de los Capthorim, procedentes de las naciones que salieron de Mesraim. Ofrécese otra dificultad, y es que el idioma de os fenicios era el mismo que el de los cananeos, ó muy seme-

jante, y no el de los egipcios. Á esto no es fácil contestar cosa alguna satisfactoria. Pudo suceder que los Phetrusim y Chasluim, hijos de Mesraím, de los cuales salieron los filisteos, no hablaran la lengua egipcia, sino la cananea, ó que al trasladarse desde Egipto á Palestina cambiaran su lengua por la del país donde fueron á habitar. Hago esta objeción, no porque yo la tenga por tal, sino porque he visto que algunos han leído las monedas é inscripciones fenicias valiéndose del hebreo. Por mi parte estoy muy lejos de creerlo. Si el idioma cartaginés y el fenicio eran uno mismo, como es de suponer, más puntos de contacto tendría con el egipcio que con el hebreo, como puede colegirse de lo que Plauto nos dejó escrito.

Hechas estas ligeras indicaciones sobre el origen de los fenicios, paso á ocuparme de su establecimiento en España.

Es evidente que los fenicios vinieron á España, y se establecieron en Cádiz ó en sus cercanías; lo es igualmente que, andando el tiempo, pasaron al continente, y fundaron algunas poblaciones en la comarca que rodea á Cádiz. De todo esto nos dan noticia los historiadores; y aun cuando nada dijeran, tenemos el auténtico testimonio de las inscripciones y monedas que lo demuestran. ¿Es igualmente cierto que colonizaron en otras regiones de la Península? Ya hemos visto el aplomo con que lo afirma D. Modesto Lafuente. Sin embargo, yo desearía, para creerlo, otro testimonio más fidedigno que el de tan respetable historiador. Dice que fundaron á Sevilla, Córdoba, Málaga y otras ciudades. ¿De dónde consta? ¿Hay acaso alguna inscripción que lo acredite? Las monedas de esas ciudades, ¿son fenicias ó tienen algún parecido con las fenicias?

Compárense las monedas de Málaga con las de Cádiz, y á primera vista se comprenderá que nada tienen que ver las unas con las otras, pues ni el carácter general de la moneda es el mismo, ni lo son tampoco los detalles. Las monedas de Cádiz están caracterizadas por la cabeza de Hércules en una cara y alegorías en la otra. Las de Málaga tienen en una cara el busto de un personaje que lleva un gorro cónico en la cabeza, del cual no recuerdo dónde he leído que es Vulcano, sin duda por las tenazas que tiene al lado. Mejor diría yo que representaba al monedero y aquellas tenazas el cuño. En la otra cara tienen una estrella, ó el retrato de una divinidad con la cabeza rodeada de rayos. Esta figura pudiera ser Necyn, que así era representado, ó Isis,

como parecen indicarlo la estrella, la media luna y el templo con la estrella. Las monedas de Cádiz están muy bien acuñadas, y las de Málaga revelan un arte rudimentario. Lo único que pudiera alegarse en apoyo del origen fenicio de las monedas malagueñas, es que las letras parecen fenicias; pero como hasta hoy nadie, que yo sepa, las ha leído, es una prueba destituida de fundamento.

Toda dominación extraña deja huellas, y si los fenicios hubieran poblado el territorio que se quiere suponer, su preponderancia hubiera sido grandísima, y no hubiera pasado desapercibida; y así como dejaron en Cádiz y en su comarca monumentos irrecusables de su dominación, los hubieran dejado también en los otros puntos. Si colonizaron toda la Andalucía, ¿qué poblaciones andaluzas eran las que estaban en continua guerra con ellos, y contra las cuales invocaron el favor de los cartagineses?

Llama también sobremanera la atención que, habiendo llegado á nuestras costas para comerciar con los naturales, y encontrándolos en estado de poderlos dominar, no hallasen en todo el litoral del Mediterráneo un sitio á propósito donde fundar un establecimiento, y pasasen el Estrecho para ir á establecerse en la isla de Sancti Petri. Si por riqueza y fertilidad del terreno va, en las costas del Mediterráneo le hay tan bueno como pueda ser el de Cádiz. Si los naturales estaban sin civilizar, lo mismo serían los de aquende que los de allende el Estrecho. Y, por último, si á las ventajas se atiende, mayores las ofrecían las playas de Valencia y Murcia que las de Cádiz, pues estaban más cerca de la metrópoli, sin tener que atravesar el Estrecho.

Á mi entender, cuando los fenicios llegaron á España, estaba el territorio bien poblado y las costas habitadas por pueblos cultos, que habían madrugado más que ellos, razón por la cual hubieron de ir á las costas occidentales, donde establecerían alguna factoría, que con el tiempo llegó á ser una ciudad rica, que por dinero ó por astucia adquirió algún terreno en el continente, donde edificó nuevas ciudades en las inmediaciones de Cádiz para colocar el exceso de su población. No creo que las conquistaran por fuerza de armas, pues estando, al parecer, las colonias fenicias independientes de la metrópoli, se hallaban reducidas á sus propias fuerzas. Y esto baste por ahora acerca de los fenicios.

Dícese que los griegos colonizaron también á España, que enseñaron su religión á los españoles y que los civilizaron; y se

citan entre sus colonias á Rosas, Ampurias y otras. Que vinieron los griegos á España, no cabe duda. Hubo un tiempo en que los griegos sostuvieron un activo comercio con todos los países ribereños del Mediterráneo, y es creíble que no se exceptuara España. Los historiadores aseguran que vinieron, y sobre todo encontramos las huellas de su paso en las monedas. Lo que hace falta averiguar es qué clase de establecimientos fundaron, y en dónde.

La generalidad de los historiadores admite como dogma histórico que Ampurias era colonia griega. ¿De dónde consta? De un escritor antiguo, que nos dice: «Ampurias venía á ser una ciudad doble, parte ocupada por griegos y parte por los antiguos habitantes del país». De estas palabras se desprende: primero, que Ampurias era de fundación española, y no griega; segundo, que algunos comerciantes griegos, habiendo venido á negociar en España, tomaron á Ampurias por asiento para su trato; tercero, que, habiendo prosperado los primeros, vinieron otros, hasta un número bastante para ocupar por sí sólo un barrio de la ciudad. Esto mismo hicieron los griegos en algunas ciudades de Egipto; esto hicieron los europeos de la Edad Media en algunas ciudades de Oriente. Si á esto se le quiere llamar colonia, no será en el sentido ordinario de esta palabra, sino como cuando decimos la colonia italiana de Madrid, la colonia española de Londres. Y ¿quién sabe si en el porvenir, al leer estas expresiones, se le antojará á alguno creer que Madrid ha sido fundada por los italianos y Londres por los españoles?

D. Modesto Lafuente se admira de la tosquedad de aquellas gentes antiguas de España, que vivieron largos años sin mezclarse con los griegos. Por lo visto, no conocía este historiador lo que son los hombres y las cosas. ¿No había leído jamás lo que fueron los barrios de francos en las ciudades de Levante? ¿No había oído hablar jamás de las juderías? ¿No había visto los barrios de gremios que duraron hasta su tiempo? Si hubiera pasado alguna vez en Madrid por la calle de Latoneros, le hubiera ocurrido preguntar por qué en muchas poblaciones había *calle de Libreros, de la Platería, de Bordadores, plaza de las Pasiegas, de la Paja, de la Leña*, etc., etc. Cuando considero la fama que ha tenido la Historia del Sr. Lafuente entre las personas de pocas letras, me ocurren aquellos versos del poeta más popular de nuestros tiempos, José Zorrilla:

« Las lecturas de diez á doce tomos
Son las que hacen furor entre la gente ».

¡ Y la de D. Modesto tiene treinta !

Lo mismo que sucedió en Ampurias debió de suceder en Rosas, Denia y otros puntos, que indudablemente estaban poblados y civilizados cuando llegaron á ellos los griegos. Parece oponerse á esto los nombres de esas poblaciones, que son enteramente griegos; pero esto tiene una explicación admisible, y es que los griegos darían á esas factorías un nombre particular. Por ejemplo, á Ampurias le dieron este nombre, que equivale á factoría ó barrio de comerciantes. Y como los nombres de las ciudades españolas han llegado á nosotros por conducto de griegos y romanos, ya se comprende que no iban á transmitirnos los nombres que les daban los españoles, sino los que les daban ellos.

Dice Tito Livio que los isleños de Zacinto mandaron á España una colonia, que, habiéndose establecido en un sitio muy cómodo de las costas de Valencia, creció muy pronto en riquezas, hasta el punto de hacerse una ciudad poderosa, que del nombre de su isla llamaron Sagunto. Pero á mí me ocurren algunas dificultades sobre esta tradición. En primer lugar, según el mismo Tito Livio confiesa, la construcción de Sagunto era de obra antigua, semejante á la de las ciudades españolas. En segundo lugar, el alfabeto saguntino es ibérico, y no griego, y, aunque queramos suponer que las inscripciones que nos quedan en piedras y vasijas no pertenecen á la Sagunto antigua destruida por Aníbal, sino á la reedificada después y poblada por españoles, habiendo sido griega la primera y tan floreciente como se dice, algún monumento griego se hubiera encontrado entre sus ruinas. En tercero y último, los nombres propios que se han conservado de los saguntinos son de marca española, y no de griega. ¿De dónde ha nacido, pues, la tradición que da origen griego á Sagunto? Acaso de que los griegos de Zacinto tuvieron en ella alguna factoría, ó acaso del mismo nombre Sagunto, porque la manía de las etimologías es más antigua en el mundo de lo que parece.

Bastante menos fundamento del que es menester para pasar por verdad histórica tiene la tradición que afirma el establecimiento en Galicia de colonias orientales. Fijan los historiadores este acontecimiento á continuación de la toma de Troya; es decir,

unos mil doscientos años antes de Jesucristo. Por este tiempo, si es cierto lo que cuentan, sólo habían venido los fenicios á España, y no es de creer que fueran señores de toda ella; además, aún no habían sido fundadas las colonias griegas y fenicias de las playas del Mediterráneo. ¿Qué movió, pues, á aquellos aventureros á colonizar un país tan remoto para ellos, donde no dejaron de su colonización más recuerdos que el nombre de Tyde y alguno que otro? Abrigo, sin embargo, la convicción de que en las playas españolas del Atlántico se fundaron establecimientos extranjeros en las tierras que ocupaban los celtas. Cuando se estudie bien el país y se hayan descubierto sus antigüedades, podrá saberse si estas colonias fueron griegas, troyanas ó españolas.

El dato más curioso sobre las invasiones extranjeras en la España céltica es el que callan los historiadores modernos y nos dan á conocer los antiguos, diciendo que todas ellas tuvieron lugar durante el reinado de Argantonio. Este personaje era un rey, no sabemos de dónde, al cual acudieron los españoles en demanda de socorro contra pueblos extraños que los acometían. Argantonio los socorrió, y los españoles, agradecidos á tan gran servicio, se entregaron á su dominación, inaugurándose con este motivo un reinado acerca de cuya duración no están conformes los historiadores, pues mientras unos le dan solamente ciento cincuenta años, otros le señalan trescientos.

Lo primero que ocurre al leer la tradición, ó llamémosla fábula, de Argantonio, es averiguar quién fué este personaje. La longevidad de los primeros hombres, y sobre todo de los patriarcas antediluvianos que encontramos en las Santas Escrituras, está confirmada por los historiadores, entre otros por Diodoro Sículo y por las crónicas de los pueblos antiguos, muchos de los cuales admiten en los principios de su historia una dinastía cuyos reyes fueron el sol, la luna, y otros seis ú ocho de una vida prodigiosamente larga. Pero Argantonio es muy posterior á los tiempos en que los historiadores sagrados y profanos colocan á los hombres de larga vida; por consiguiente, ó hay que admitir que fué un ser prodigioso, ó que es la personificación de un ser moral. Los tiempos en que tuvo lugar su reinado son relativamente modernos y bastante conocidos en la historia, de modo que, si en ellos hubiera existido un personaje que reinara dos siglos, no hubiera pasado desapercibido, pues aunque se habla de él, no tiene, sin embargo, la fama que las condiciones de su vida requerían.

Los españoles se encontraban oprimidos por los extranjeros que habían invadido su territorio, y necesitaban un auxiliar extraño que los defendiese; parece natural que, al buscarle, se fijasen en algún príncipe más poderoso que sus enemigos, que tuviese acreditado su valor y pericia en algunas empresas, que reinase cerca de los oprimidos ó de los opresores, para que el socorro pudiese ser eficaz, y, por último, que su reino estuviese floreciente, porque mal podría auxiliar á los oprimidos el que no tuviera recursos para ello. Debía, pues, Argantonio poseer un reino floreciente.

El tiempo en que dicen entró á reinar es el de 620 antes de Jesucristo. Esta fecha coincide con la invasión de los fenicios, contra los cuales se imploró su auxilio, con la fundación de las colonias griegas, pero sobre todo con la caída de la dinastía Etíope en Egipto, y la entrada de la vigésima sexta Saítica. Esta dinastía tuvo reyes muy notables, entre ellos los dos Psaméticos; el primero de los cuales derribó la dinastía Etíope, puso fin á la dodedarquía, y formó de todo el Egipto un solo reino. Psamético II, aunque reinó poco tiempo, fué también conquistador. Los dos Necaos, primero y segundo, fueron también guerreros; el segundo de ellos es bien conocido en las Santas Escrituras, por haber derrotado y muerto á Josías, que le disputaba el paso de la Siria.

Teniendo en cuenta estos datos, podríamos suponer que el fabuloso Argantonio es la personificación de la dominación egipcia, que pudo empezar en España con Psamético I. Este supuesto da la solución á tres problemas. La longevidad de Argantonio, el origen del Dios Necyn, y la venida de Nabucodonosor á España. La dinastía Saítica domina en Egipto ciento cincuenta años, justamente la edad que señalan á la vida de Argantonio. Necyn pudiera ser Necao, á quien las inscripciones egipcias llaman Necu. Y, por último, los asirios venidos á España á derribar el imperio de Argantonio, serían los persas y asirios que, mandados por Cambises, se apoderaron del Egipto, derrotando á Psamético III ó Samenito, como le llaman los historiadores griegos; y después de someter el Egipto, mandarían expediciones á todas sus provincias para someterlas, y entre ellas á España.

Pudo suceder que el dominio egipcio se encontrara establecido en España antes de esta época, y esto sirviera de motivo para que los españoles imploraran su auxilio. En este caso, hay

que suponer otra venida anterior, contemporánea, ó poco más antigua que la primera de los fenicios, fijada por los historiadores en el siglo XV antes de nuestra era. Admitido este supuesto, habría que suponer que la conquista de España por los egipcios se verificó durante la décimaoctava ó décimanona dinastía de Egipto, porque parte de las dos ocupan el siglo XV antes de nuestra era. Muchas de las estatuas egipcias descubiertas en España tienen los caracteres que los egiptólogos señalan como propios de la dinastía décimaoctava. Una de las inscripciones encontradas en Montealegre refiere la historia de Ahmes I ó Amosis, fundador de esta dinastía. Y, por último, en ella hubo reyes tan conquistadores como Ahmes, que reunió todo el Egipto bajo su dominio, expulsando á los reyes pastores; como Thuthmes III, que hizo uno de los imperios más grandes del mundo, como Amenophis I, II, III y IV, que, no solamente mantuvieron las conquistas de sus predecesores, sino que aumentaron con otras nuevas su territorio. Cualquiera de estos reyes pudo muy bien dirigir sus armas hacia Occidente, como las dirigieron á Oriente, Norte y Mediodía, y apoderarse de una parte de España.

Para complemento de lo que va dicho, me parece que debo añadir dos cosas: la primera relativa á otros pueblos que invadieron á España antes de los cartagineses, y la segunda respecto al territorio que ocupó cada uno de ellos.

Además de los pueblos mencionados como invasores, y de los cuales hablan como tales los historiadores, se hace mención en la historia de España de otros varios, cuya procedencia se calla ó se hace ser la misma que la de los dichos. Estos pueblos son los edetanos, contestanos, bastitanos, bástulos, turdetanos y túrdulos, que ocupaban las costas y tierras inmediatas desde la desembocadura del Ebro hasta la del Guadalquivir. Estos pueblos, ni pertenecian á la raza céltica, ni á la ibérica; eran razas muy distintas, que vinieron á España cuando las otras estaban ya establecidas en ella, y probablemente para establecerse robaron á los celtas parte de su territorio. Los edetanos, si hemos de creer á las monedas antiguas de Valencia, eran una raza hermosa, que se conserva todavía en la ribera del Júcar. Los contestanos, bastitanos y bástulos eran un solo pueblo, que ocupaba desde la desembocadura del Júcar hasta las costas de Málaga, y hacia el interior se extendía hasta las cordilleras Ibérica y Mariánica.

Si la multitud de monumentos de carácter egipcio, si las inscripciones jeroglíficas, si la esfinge de las monedas quiere decir alguna cosa, el territorio de los contestanos, bastitanos y bástulos estuvo poblado por gentes venidas de Egipto, ó, por lo menos, estuvo dependiente largos años, y acaso siglos, de aquel poderoso reino.

Entrando en el terreno de las suposiciones gratuitas, por más que tengan alguna razón de ser, puede reconstituirse de la siguiente manera la historia de los primeros pueblos de España. Dos mil ó algunos más años antes de la era cristiana llegaron á España las tribus celtas, que se fueron extendiendo poco á poco por su territorio, hasta llegar á ocuparle todo. Siendo pueblos pastores, estaban divididos en pequeñas tribus, establecidas en aduares situados en las montañas, ocupando con pocos habitantes mucho territorio. Algunos años después llegaron los iberos, pueblo agrícola y mercantil, que ocupó el triángulo formado por el Ebro y los Pirineos. Sobre quinientos años después que los celtas, y más de mil quinientos años antes de Jesucristo, se presentaron en nuestras costas las escuadras egipcias, desembarcaron en el Sudeste de España, rechazaron al interior del país ó sometieron á su dominación á los celtas, y formaron una provincia hispano-egipcia, que ocupaba los reinos de Jaén, Granada, Murcia y parte de Valencia. Después de los egipcios, y á su sombra, vinieron fenicios y griegos y otros pueblos, que abrieron primero establecimientos comerciales, y luego fundaron ciudades, y algunos poblaron parte del territorio. La decadencia de Egipto, las guerras intestinas en España y la ambición de Cartago, pusieron fin á los tiempos antehistóricos de España, malamente calificados de fabulosos, pues las tradiciones de los pueblos, por más que ofrezcan dificultades, no deben ser negadas, sino estudiadas.

Con advertencia nada he dicho hasta ahora de los turdetanos, porque quería dedicarles algunas líneas. Lo que se sabe es poco y vago, pero aún así hace formar de ellos un alto concepto. Cuando vinieron los romanos eran uno de los pueblos más cultos que poblaban la Península; usaban idioma y escritura diferente de los demás; dícese que tenían leyes y poesías de grande antigüedad; usaban en abundancia moneda propia; todo lo cual da á entender que era un pueblo independiente, civilizado, rico y comerciante. Como los que han estudiado nuestras antigüedades

no se han fijado más que en las romanas, y un poquito en las árabes, resulta ser nada lo que se sabe acerca de los turdetanos, fuera de lo que nos dicen los escritores antiguos. El origen de este pueblo no se podrá conocer hasta que no se revuelva bien el suelo en que habitó, pues un pueblo de quien da tan relevante idea lo poco que de él se sabe, por fuerza debió dejar algunos monumentos que den á conocer quién era. Su venida á España debió tener lugar después de la de los egipcios, y por eso fueron á establecerse más allá que éstos. Debieron venir antes que los fenicios se establecieran en Cádiz, y con ellos hubieron de sostener grandes luchas, debiendo entenderse de los turdetanos todas las que se dice haber tenido lugar entre fenicios y españoles. Superiores en la lucha los fenicios hacia el siglo VII antes de nuestra era, invocaron los turdetanos el auxilio de Argantonio, es decir, de los egipcios establecidos en la Bastitania, y humillados los fenicios, se hicieron los turdetanos súbditos de los egipcios, debiendo referirse á este tiempo los monumentos egipcios que se encuentran en la Turdetania.

Si continuaban unidos los dos pueblos, ó si estaban separados á la venida de los cartagineses, es, á mi juicio, un punto muy difícil de resolver, mientras no se posean más documentos que los que nosotros poseemos.

ARTÍCULO III.

LOS CARTAGINESES EN ESPAÑA

Con la venida de los fenicios á España empieza el crepúsculo de nuestra historia nacional, pues los acontecimientos que precedieron se han conservado hasta hoy envueltos en la obscuridad, como aquellos seres que vagan en las sombras de la noche, de los cuales puede asegurarse que existen, pero no determinar lo que son. Después que los fenicios abordaron nuestras playas, y tras ellos los griegos y cartagineses, empieza á verse con más claridad, si bien es cierto que todo cuanto se dice de la historia de España en aquellos tiempos es solamente lo que se relaciona con la historia de dichos pueblos, en especial con la de los cartagineses. Las relaciones que éstos tuvieron con los griegos y sus luchas con los romanos, contribuyeron á que los historiadores de una y otra nación se ocuparan de ellos, cosa que no hubiera sucedido á no mediar esa circunstancia, pero nada dicen de España, fuera de aquello en que los cartagineses intervenían, por lo que sólo nos dan una débil luz acerca de nuestra historia.

Nada ha llegado á nosotros de lo que escribieron los cartagineses. De suponer es que lo mismo que Hannón hizo una relación muy curiosa de su viaje alrededor de África, también las harian los generales que vinieron á España, y aun es creíble que esto fuera entre ellos una costumbre obligatoria. Pero como de esas relaciones, si existían, nada se conserva, es muy poco lo que sabemos de ellos, y eso por conducto de sus enemigos. ¡Ojalá que las excavaciones que los misioneros franceses con tanta actividad y celo hacen en las ruinas de Cartago, sigan dando tan buenos resultados como hasta el presente, porque sería fácil que derramaran alguna luz sobre la historia de España!

El escritor más fidedigno de las cosas de los cartagineses en España es indudablemente Polibio, por haber sido contemporáneo de muchos de los acontecimientos, por haber estado en íntimas relaciones con algunos de los personajes que intervinieron en ellos, y por haber visitado los países en que se verificaron.

Después de él sigue Tito Livio, que ciertamente no merece tanto crédito, por ser romano, y estar, por consiguiente, interesado en deprimir las glorias de sus enemigos, y por no conocer los países de que habla. El haber vivido algunos años después no era un obstáculo para que pudiera decir mucho con verdad, porque pudo tener á su disposición los archivos de Roma y de Cartago, que recogerían los romanos, y conocer mejor que Polibio la geografía de España.

Diodoro de Sicilia, Estrabón, Veleyo Patérculo, Justino, Floro y otros, cuál más cuál menos, dan algunas noticias de la primitiva historia de España, generalmente muy cortas, y tan repartidas, que para recogerlas es necesario recorrer todas sus obras.

Entre los historiadores españoles, Florián de Ocampo extracta á todos los antiguos, sacrificando la brevedad y la verdad al deseo de decir mucho. El P. Mariana sigue generalmente la relación de Tito Livio, tomando también alguna cosa de los otros. D. José Ortiz toma de los antiguos, y no con mal criterio, lo que le parece más exacto. De otros muchos podía decirse el modo que tienen de exponer la historia primitiva de España; pero bastará nombrar á D. Modesto La Fuente, el cual, según su costumbre, forja una historia de aquellos tiempos tan fuera de tino, que, al leerla, no se concibe cómo pudieron ocurrírsele tales cosas. La suerte es que abulta tanto, que no será leída fácilmente ni sirve para ponerla en manos de la juventud estudiosa. Sin embargo, si á algún compilador se le ocurriera hacer de ella un extracto como los que se han hecho de las de Ocampo y Mariana, medrados habían de salir los que por él estudiaran la historia de los antiguos españoles.

Antes de someter á discusión las tradiciones que la historia nos ha conservado acerca de los cartagineses en España, conviene hablar, aunque sea sumariamente, de la rivalidad entre las dos repúblicas de Cartago y Roma, por haber sido España uno de los puntos en que se encontraron frente á frente, y haber tomado los españoles una parte bastante activa en la lucha.

Sorprende, cuando con la debida reflexión se estudia la

historia de Roma, ver el encarnizamiento con que, por espacio de muchos años, romanos y cartagineses sostuvieron sin tregua una lucha de exterminio. Muchas veces, desde tiempo inmemorial, celebraron tratados de comercio y de paz: la guerra, sin embargo, no cesaba; si los dos rivales no se buscaban en el campo de batalla, por todas partes se buscaban uno á otro enemigos, á fin de debilitarse mutuamente. Roma se encontró con frecuencia frente á frente con naciones poderosas, y aunque las humilló por medios muy poco dignos, quitándoles su autonomía y reduciéndolas á una miserable esclavitud, á ninguna, sin embargo, persiguió hasta el exterminio, como hizo con los cartagineses. Y del mismo modo, ningún pueblo sufrió el yugo romano de tan mala gana como el cartaginés, ni puso en juego los medios que éste para echar por tierra á su rival.

Esto nos hace meditar sobre las causas tan graves que pudo haber para ese mutuo y encarnizado aborrecimiento. Los intereses mercantiles, desde luego, puede asegurarse que no fueron, porque Roma no era comerciante. La demarcación de fronteras pudo influir alguna cosa, pero muy poco, y por lo que la historia nos enseña, fué pretexto más que causa. Tampoco sería el afán de dominar, pues cuando empezaron á luchar entre sí, aún no era Roma señora de toda Italia, y á Cartago le quedaba mucho que hacer en África. ¿Cuál era, pues, la causa de la antipatía? Téngase presente que las costas meridionales de Europa estaban pobladas por los descendientes de Jafet, y las de África por los de Cam; los idiomas de las costas de Europa eran arios, y los de las de África arameos. Las religiones de Europa eran un politeismo naturalista, que rebajaba los dioses á los hombres; la de Tiro y Cartago era tal vez un sabeismo sanguinario, que divinizaba los elementos, contra los cuales es impotente el poder del hombre, razón por la cual hacía á sus divinidades ciegamente crueles, y por necesidad infundía este carácter en sus adoradores. Existía, por consiguiente, entre las dos naciones el odio de raza y de religión, fomentado por la diversidad de educación, de idioma, y, si se quiere, de intereses. Así es que las guerras púnicas pueden ser consideradas como la lucha entre la raza jafética y la camítica, representada la primera por Roma y la segunda por Cartago. Y á esto se debe aquel encarnizamiento conque terminaba todos sus discursos Catón en el Senado romano, pidiendo el exterminio de Cartago.

Explicados estos antecedentes, ya se podrá comprender la causa de las guerras púnicas y la facilidad con que los cartagineses fueron expulsados de sus dominios en España, y se podrán poner en claro algunos hechos que nos ha transmitido la historia.

Desde tiempos muy antiguos aparece Cartago en la historia como una república poderosa, unida con otras más insignificantes, hijas de la misma madre que ella. Siendo su vida el comercio, recorría todas las playas del Mediterráneo, y, como otra Inglaterra, procuraba tener en todas las comarcas algunas poblaciones que sirvieran de escala y refugio á sus barcos, y de depósito para los artículos de su comercio. Hasta el año 620 antes de Jesucristo no tenemos noticia alguna de que hubieran aportado por nuestras costas; pero es muy creíble que se acercaran á ellas para comerciar con los naturales. Parece que entró en su designio apoderarse de todas las islas del Mediterráneo; se apoderaron de algunas, y trataron de hacer lo mismo con las Baleares; mas no pudieron lograrlo. No sabemos si intentaron poner el pie en el continente, porque ninguna memoria hay de ello.

La causa de haber venido á España, no fué el deseo de conquistar, según se dice, sino el ayudar á los fenicios de Cádiz, que los habian llamado para que los auxiliasen contra los españoles. Lo cierto es que vinieron, y se quedaron en España, como auxiliares, ó como huéspedes, ó como dueños de los fenicios. Los historiadores dicen que, venidos á España los cartagineses en socorro de los fenicios hacia el año 620 antes de Jesucristo, se quedaron en ella de asiento, comerciando unas veces y guerreando otras con los españoles, y alzándose, por último, con la soberanía de Cádiz.

Desde esta plaza, como de centro, salieron muchas expediciones cartaginesas á recorrer las costas del Atlántico, no cuidándose mucho, al parecer, ó, más probablemente, no pudiendo extenderse por el interior de España. Tal vez la causa de esta moderada conducta de los cartagineses fué la continua lucha en que estuvieron con los pueblos de África y con las islas del Mediterráneo, para la cual necesitaban soldados, y les era muy conveniente tener á su devoción á los españoles, para llevárselos como mercenarios, según cuenta la tradición que se los llevaron. Así corrieron las costas, hasta próximamente el año 300 antes de Jesucristo, en que se encendió la primera guerra púnica, á la cual tuvieron necesidad los cartagineses de aplicar todo su poder. Con

este motivo, según se dice, sacudieron los de Cádiz el yugo cartaginés, acabando de esta manera la primera época de la dominación cartaginesa en España. Qué extensión hubiera alcanzado ésta entre los pueblos españoles, no es fácil averiguarlo: lo probable es que no hubieran mediado entre unos y otros sino relaciones comerciales, y que los cartagineses sacaran de España algunos soldados mercenarios para sus guerras y acaso se apoderaron de alguna población.

Concluida la primera guerra púnica, se amotinaron los soldados mercenarios contra Cartago porque no les abonaba su paga, y pusieron en conflagración el África. Cinco años de apuros costó á los cartagineses aquella guerra, terminada la cual, volvieron los ojos á España, tanto para recobrar lo que en ella poseían, cuanto para alcanzar nuevos dominios. En este punto empieza lo más interesante de la dominación cartaginesa en España, que duró apenas veintisiete años, habiendo acerca de ella muchos puntos que poner en claro.

La época verdaderamente histórica de la dominación cartaginesa en España puede dividirse en cuatro períodos: el primero dura nueve años, que es el tiempo que duró el mando de Amílcar; el segundo comprende la dominación de Asdrúbal, y dura ocho años, desde 226 hasta 218 antes de Jesucristo; el tercero desde la elección de Annibal por gobernador de España, en 219, hasta su salida para Italia, en 217 antes de Jesucristo; y el cuarto desde dicho año hasta el de 206, época en que los cartagineses fueron expulsados completamente de la Península.

Concluida la guerra de África, mandaron los cartagineses á España al general Amílcar, uno de los que más se habían distinguido en las guerras púnica y africana. ¿Qué hizo Amílcar en España? Muchos historiadores han hablado de sus hechos, lo cual no quita que sigan hasta hoy en la obscuridad. Cornelio Nepote recapitula la historia de los nueve años de su gobierno en estas palabras: «Después que Amílcar cruzó el mar y llegó á España, »llevó á cabo grandes empresas con próspera fortuna; subyugó »naciones muy grandes y belicosas; enriqueció toda el África de »caballos, armas, hombres. El noveno año, después que llegó á »España, fué muerto peleando contra los vettones».

Si hemos de creer á algunos de nuestros historiadores, en los nueve años de su gobierno sometió Amílcar á la dominación cartaginesa todas las naciones que habitaban en España; edificó

ciudades, trasladó gentes de unas provincias á otras; en una palabra: dispuso de los españoles como si fueran mansos corderos. Si así hubiera sucedido, hay que confesar que tuvo una habilidad muy superior á la de los romanos, á los cuales costó doscientos años de guerra lograr lo que dicen que Amílcar casi logró en nueve.

Cuando Amílcar llegó á España, las fuerzas de la república cartaginesa estaban muy debilitadas, y sus tesoros exhaustos, pues precisamente la causa de la guerra de África había sido el no poder pagar á los soldados mercenarios. Necesitaban, por lo tanto, de paz, de dinero, de fuerzas y de crédito, y adquirir todo esto es, á mi juicio, lo que se propuso Amílcar cuando vino á España, sin negar por eso que abrigara en su pecho intención de mayores cosas.

Dicen que durante la primera guerra púnica se hicieron independientes los gaditanos, y, concluida, vinieron los cartagineses á recobrar su dominio. Yo no sé hasta qué punto se hicieran independientes las poblaciones que en España estaban sujetas á los cartagineses, porque es de suponer que al empezar la guerra no las abandonasen, por más que sacasen de ellas parte de las guarniciones, ni que ellos dejasen de continuar traficando con los españoles. Y si no se habían hecho independientes, no se explica el aparato de guerra con que dicen los historiadores que fué enviado Amílcar á España. Es posible que no haya en el asunto ni más ni menos que lo siguiente. Durante la guerra se había distinguido Amílcar entre los generales cartagineses; cuéntase que la paz se hizo en contra de su voluntad, y sin duda por esta razón le nombraron jefe de la guerra de África; y concluida ésta, le dieron, para entretener su ardor bélico ó para premiar sus méritos, el gobierno de España, teniendo además la mira de que extendiese por aquí su dominio, sacando de ella dinero, auxiliares para sus guerras, armas y caballos, que sin duda por entonces abundaban ya mucho en España.

Entre las conquistas que se suponen hechas por Amílcar, se citan la Turdetania, la Bastitania y la Iberia. En la época anterior á la guerra, cuando las fuerzas de Cartago estaban en toda su plenitud, habían tratado inútilmente los cartagineses de hacerse dueños de la Turdetania, país rico y floreciente, que había resistido á los fenicios de Cádiz y aun á los mismos cartagineses, sin dejarles adelantar un paso en su territorio. Y es cosa notable

que cuando volvían ahora sin crédito ni fuerzas, pudieran en un solo año conquistar y despojar una nación tan populosa y rica. Aquí no cabe más que uno de dos supuestos. Primero: los cartagineses apaciguaron á los mercenarios con la promesa de traerlos á España á enriquecerse con los despojos de ésta, trayendo, por consiguiente, un ejército numerosísimo que la avasalló. Segundo: que venido á España Amílcar por gobernador de las posesiones cartaginesas, explotó en grande la buena fe de los turdetanos, vendiéndose por amigo é instrumento suyo para vengarlos de sus enemigos, haciéndose su general, auxiliándolos al mismo tiempo con las tropas cartaginesas. De esta manera lograba dos cosas: hacerse para los españoles el hombre necesario, y enriquecerse con los socorros de los amigos y con los despojos de los enemigos. Estos enemigos, á quienes Amílcar hubo de combatir, debieron ser algunos pueblos de raza céltica de los que habitaban las costas del Atlántico y el interior de España, y acaso también algunas ciudades de la Turdetania, pues de las relaciones que hacen los historiadores se colige que entonces no formaban un solo reino, sino que estaban divididos en pequeños Estados. Lo que al parecer ha de creerse de esta conquista de Amílcar, es que se apoderó de algunos puntos importantes, y de grado ó por fuerza obligó á toda la nación á hacerse amiga ó tributaria de Cartago. Y aun esto lo hubo de lograr con el auxilio de los naturales, porque Cartago era una potencia marítima, que podía disponer de grandes escuadras, pero no de fuerzas terrestres, que había de reclutar entre las naciones amigas á fuerza de dispendios.

En el segundo año dicen que conquistó Amílcar todas las costas españolas del Mediterráneo, desde el Estrecho de Gibraltar hasta el Ebro, ó por lo menos hasta el Júcar. Esta conquista continuó en los años posteriores, y en ese tiempo se apoderó de Hélice. Fundó la ciudad de Acra-leuca, no se sabe dónde. Penetró con sus barcos por el Ebro, fundando en el interior otra ciudad, á que dió el nombre de Cartago, y después se llamó Cartago-vetus. Algunas de estas relaciones carecen de fundamento, porque después de su muerte encontramos que los cartagineses nada poseían en la Bastitania. Es de suponer que Amílcar recorrería todas las costas de la Contestania, comerciando con los naturales, engañándolos si podía, y nada más. Si acaso, podemos suponer que ocupó algunos puntos de la costa, estableciendo factorías ó colonias.

El tercer país que nuestros historiadores dicen, tomándolo de Apiano, que sujetó Amílcar, fué la Iberia. ¿Qué se debe entender por Iberia? Puede entenderse toda España, y de aquí habrá nacido la opinión de los que suponen que los cartagineses sujetaron toda la España. Para conocer cuán errada es esta opinión, basta leer los hechos de Anníbal en España, aunque sea admitiéndolos tal como los pintan los historiadores. Si por Iberia entendemos la Turdetania, nada de nuevo nos dicen con la noticia, puesto que ya en particular hablan de ella. Si por Iberia se entiende la parte comprendida entre el Ebro y los Pirineos, entonces hay que hacer algunas observaciones. Si la conquistó Amílcar, ¿cómo se dice después que la conquistó Anníbal, sin decir que se había perdido? Por otra parte, al poco tiempo de ser Asdrúbal gobernador de la España cartaginesa, dice Tito Livio que renovaron Cartago y Roma el antiguo tratado, por el cual era el Ebro el límite hasta donde podían extenderse las conquistas de unos y otros; y es muy extraño que los romanos, que tan celosos se mostraban de lo que pudiera hacer Asdrúbal, mirasen con indiferencia lo que estaba haciendo Amílcar. Así que, las conquistas de Amílcar al otro lado del Ebro deben ser miradas como fabulosas. Todo el fundamento de estas conquistas no es más ni menos que la fundación de Barcelona, de que voy á ocuparme.

Han acostumbrado los fundadores de ciudades á poner su nombre á las que edificaban; así lo hizo Alejandro Magno, y así lo han hecho otros muchos, antes y después de él, y de ello tenemos abundantes ejemplos en España. Esta costumbre indujo á nuestros historiadores á dar crédito á las falsas crónicas que para cada ciudad, para cada río, y aun para cada provincia, introdujeron en la historia un personaje que les diese nombre. Son, sin embargo, disculpables hasta cierto punto, porque esta manía es muy antigua en el mundo, como dije al hablar de Sagunto. Al número de estas ciudades, cuyo nombre se quiere que incluya la historia de su fundación, corresponde Barcelona, cuyas cuatro primeras letras son las mismas que las cuatro primeras del apellido de Amílcar, y eso ha bastado para que se la suponga fundada por él. Ya indiqué la dificultad que ofrecía el suponer que Amílcar había pasado más allá del Ebro; por consiguiente, esas mismas dificulta des hay para suponer que á él se deba la fundación de Barcelona. Por otra parte, el nombre de Barcelona

presenta el mismo aspecto que los de otras varias poblaciones de los pueblos que he llamado ibéricos en estos estudios; por ejemplo, Tarraco, Turiaso y otros. Es, por lo tanto, más natural suponer que Barcelona debió su fundación al pueblo ibero, sobre el cual ningún extranjero dominó hasta que tuvo la poca precaución de hacerse amigo de los romanos.

Atribuyen los historiadores á Amílcar la fundación de otras varias ciudades, dos de las cuales citan con sus nombres, llamando á una Cartago-vetus y á otra Acra-leuca. Cosa bien rara, por cierto, que, siendo Amílcar cartaginés, diera nombre griego á una ciudad. El sitio de estas dos poblaciones no se puede fijar con precisión. Puede asegurarse que fué en la España ulterior, pero no otra cosa. Es casi seguro que fundó algún establecimiento en la costa del Mediterráneo que pertenecía á la Contestania, á fin de introducirse en esta comarca. ¿Quién sabe si Cartago-vetus y Acra-leuca estuvieron en esta costa y no en el interior, como quieren suponer de Cartago-vetus? De Acra-leuca hablaré después. Cartago-vetus fué acaso el primer fundamento de la que se llamó después Cartago-nova, pues aunque no estuviera en el mismo sitio, la pudo trasladar Asdrúbal al sitio que hoy ocupa. La verdad es que sobre las fundaciones de Amílcar es casi nada lo que se sabe de cierto. De Tito Livio se desprende que fundó una ciudad en las inmediaciones de Sagunto, y la fundó probablemente llevando á ella colonos de la Turdetania, con los cuales tuvieron lugar las diferencias entre saguntinos y turdetanos, que fueron causa de la ruina de los primeros; pues, hablando de las empresas de Lucio y Gneo Scipiones, dice que, luego que sometieron algunas poblaciones de la Bastitania, volvieron hacia Sagunto, se apoderaron de ella, la restauraron, demoliendo á su rival, vendiendo á sus habitantes, para reparar con este hecho la injuria que Roma había inferido á Sagunto con su demora en socorrerla. A los habitantes de la ciudad llama Tito Livio turdetanos, lo cual ha dado motivo para que algunos historiadores imaginasen que los turdetanos, además del territorio de Andalucía, ocupaban otro al Mediodía de Sagunto.

De la narración de Tito Livio en el libro XXI, cap. II, y en el libro XXIV, cap. XIX, se desprende que estos turdetanos eran, no una nación, sino una ciudad; que esta ciudad confinaba con Sagunto, y que si admitimos que el nombre de turdetanos no está equivocado, ó la ciudad se llamaba Turdeto, ó era alguna de

las que fundó Amílcar, acaso Cartago-vetus, que fué poblada con turdetanos, y por esta razón son así llamados. Si admitimos el parecer de Apiano, no fueron turdetanos los enemigos de Sagunto, sino turboletas ó habitantes de Túrbula, ciudad de la Bastitania. Esta opinión, aunque á primera vista parece no ofrecer dificultades, las presenta no pequeñas, porque entre los saguntinos y bastitanos estaban los ólcades y parte de los edetanos, y, por otra parte, los bastitanos eran poco amigos de los cartagineses, como demuestra el que Anníbal los tuvo que sujetar por la fuerza de las armas, y que, en cuanto los Scipiones llegaron á España, dos de sus principales ciudades los abandonaron para unirse á los romanos, entregándose á ellos toda la nación sin resistencia. No es, pues, creíble que fueran los turboletas, bastitanos, los enemigos de Sagunto.

El punto más controvertible del gobierno de Amílcar en España es su muerte. Para proceder con claridad, diré que todos los historiadores convienen en los siguientes puntos: primero, que murió en una batalla; segundo, que esta batalla se dió al lado de un río; tercero, que estaba haciendo la guerra á una de las naciones españolas. El lugar donde se dió esta batalla ha sido colocado por los historiadores al lado de los principales ríos de España. Para ver si puede aclararse algo la verdad de este punto, examinaré el texto de Tito Livio, que, con el de Diodoro Sículo, son los únicos autorizados acerca de este pasaje histórico. Dice así:

«Publio Cornelio Scipión, pasando con su ejército rápida»mente al otro lado del Ebro, acudió oportunamente á los áni»mos dudosos de los aliados; fijó primeramente su campamento »al lado de Castro-alto, lugar insigne por la muerte del grande »Amílcar». Aquí ocurre preguntar: ¿por dónde pasó Scipión el Ebro? Aquel *primeramente*, *primo*, que dice Tito Livio, ¿quiere decir al fin de la primera marcha? De lo que se conteste á estas dos preguntas depende la resolución del problema.

Para contestarlas es necesario tener presente la marcha que llevaron en España las conquistas de los romanos. El año 218 antes de Jesucristo fué mandado á España con una escuadra y un ejército Gneo Cornelio Scipión, que desembarcó en Tarragona y empezó á granjearse las voluntades de aquellos antiguos aliados de Roma, que se habían separado de ella á consecuencia de la toma de Sagunto. En esta ocupación pasó aquel año, y al si-

guiente invadió las Baleares, corrió las costas de Levante hasta Cartagena, cuyos alrededores taló; entrando por tierra adentro, llegó hasta Castulón, entregándosele la ciudad de Iliturgi, y se volvió á su campamento, establecido cerca de Tarragona. Publio Cornelio, su hermano, que había concluido su consulado y había sido nombrado procónsul de España, llegó á Tarragona con una escuadra y nuevo ejército; y uniéndose á su hermano, bajaron hasta Sagunto y se volvieron á invernar á sus cuarteles, habiéndose granjeado la amistad de algunos príncipes españoles. Al año siguiente de 216 bajaron á las bocas del Ebro, donde pelearon con los cartagineses, pasando allí el verano, para impedir el paso de Asdrúbal á Italia. El año de 215, habiendo recibido de Roma nuevos refuerzos, marchan á Iliturgi, que, por haberse aliado con los romanos, estaba sitiada por todo el grueso del ejército cartaginés, y habiendo hecho levantar el sitio, tuvieron que marchar poco después sobre Incibili para rechazar á los cartagineses, que trataban de tomarla por fuerza; y habiéndolos derrotado, se volvieron á Tarragona, después de haber traído á su amistad muchas naciones de España, y dejando una guarnición en Iliturgi. Al año siguiente, ó sea el 214 (a. C.), antes de que los romanos empezasen la campaña, habiendo reunido los cartagineses un poderoso ejército, atacaron y derrotaron numerosas fuerzas españolas, con lo cual muchos pueblos empezaron á entrar de nuevo en su amistad, á cuya noticia, conmovidos los romanos, pasaron el Ebro precipitadamente, y fueron á establecer sus reales en Castro-alto, donde había abundancia de víveres y un castillo fortificado. Pero estando infestado de enemigos todo el territorio, se retiraron de allí y fortificaron su campo junto al monte de la Victoria. Desde allí dirigieron sus operaciones sobre Iliturgi, Bigerra y otros puntos.

Esta es, en resumen, la historia de las operaciones militares de los Scipiones en los cinco primeros años de su gobierno en España. Por la simple lectura de Tito Livio se ve que en los cuatro primeros años no se internaron en España, ocupándose sólo en correr la Bastitania y en impedir la marcha de los cartagineses á Italia. Dedúcese también que el país comprendido entre la cordillera ibérica y el mar era mirado por los romanos como suyo, por más que no poseían ciudad alguna en él, y los cartagineses tenían á Cartago, Sagunto, y acaso algunas otras ciudades. Colígese, en tercer lugar, que el sitio de Castro-alto,

escogido por los romanos para establecer en él su cuartel general durante la campaña del año 214, no era población, sino sólo una fortaleza, y de ahí el nombre que le da Tito Livio de *Castrum-altum* (castillo elevado). En cuarto lugar, este sitio no estaba situado en el país que habían corrido los años anteriores, pues dice que, encontrándose en él rodeados de enemigos, se retiraron de allí, *acercándose á los lugares pacificados* (propius pacata loca), según unos, y según otros *por los sitios pacificados antes* (per prius pacata loca). Cualquiera que sea la versión que se adopte, nos dice que estaban fuera de la Bastitania, y que se acercaron á ella ó entraron en ella, estableciendo el cuartel general junto al monte de la Victoria, donde se juntaron los dos hermanos Scipiones. Dedúcese que el sitio de Castrum-altum no estaba situado en las márgenes del Ebro, porque al verse los romanos atacados allí, le hubieran repasado en vez de correrse más abajo; además de que ninguna ventaja les traía el tener su cuartel en sitio poco seguro, cuando á pocos pasos podían tenerle en país amigo. Tampoco debía estar en las inmediaciones de Iliturgi, puesto que acudió Asdrúbal, hijo de Gisgón á detenerle, no por otra razón que la de impedirle que avanzase hasta Andalucía, mientras el otro Asdrúbal atacaba á dicha ciudad. Podemos, por consiguiente, decir con probabilidad de acierto que el ejército romano pasó el Ebro en las inmediaciones del Segre; bajó hacia Teruel, estableciéndose en las inmediaciones del Guadalaviar, del Cabriel ó del Júcar, bajando después por la orilla de uno de estos ríos hasta la Batistania. Debía estar, por consiguiente, Castro-alto en la ribera de uno de estos ríos. No podemos suponer que fuera en las riberas del Mundo ó del Segura, por caer ya muy abajo y fuera del camino que debían llevar los romanos desde el Ebro á Iliturgi.

¿Será cierto que cuando Amílcar recibió la muerte volvía de hacer la guerra á los vettones? No es fácil determinarlo. La simple inspección del mapa parece dar á entender que no es posible. Para acometer á ese pueblo, podía ir desde Cádiz ó Cartagena. Desde Cádiz tenía el país amigo ó súbdito de los turdetanos, y acaso el de los beturios, hasta cerca de los cuales bajaba el país de los vettones. Por mar podía subir con su escuadra por la costa del Atlántico hasta la embocadura del Duero, y cruzando el país de los bracarios, se encontraba inmediatamente con los vettones. Desde Cartagena tenía que cruzar la Carpeta-

nia, la Bastitania y la Oretania, y atravesar ríos caudalosos. Si subía por más arriba, se encontraba á su paso los edetanos, los ólcades, los celtíberos y los carpetanos, pueblos indómitos hasta entonces, que no le hubieran dejado pasar fácilmente. Por consiguiente, no debe creerse que la guerra que costó la vida á Amílcar fué contra los vettones, sino contra otro pueblo que estaba más cerca de la costa de Levante, cerca de la cual, como se ha dicho, estaba el sitio donde murió.

Resta tratar un punto relacionado con la dominación de Amílcar y con su muerte. Diodoro Sículo (libro xxv) dice que Amílcar fundó en España una ciudad á la cual dió el nombre de *Acra leuce*. Estas palabras son griegas, y significan castillo blanco. Bien se comprende que siendo Amílcar cartaginés no había de poner á su ciudad un nombre griego; por consiguiente, el nombre de Acra leuce era traducción del nombre cartaginés de la ciudad. El texto de Livio, donde nos habla de la muerte de Amílcar, da á la ciudad el nombre de *Castrum altum*, ó, como leen otros, *Castrum album*, *Castillo blanco*. Siendo el nombre latino traducción del cartaginés que tenía la ciudad, resulta que el lugar donde murió Amilcar tenía el mismo nombre que la ciudad fundada por él; lo que nos autoriza para suponer que era la misma, en cuyo caso quedan resueltos dos problemas: la situación de Acra leuce y el pueblo que dió la muerte á Amílcar, el cual no pudo ser otro que el bastitano.

En lo que va dicho, parece á primera vista que incurro en manifiesta contradicción, pues digo en una parte que el campamento romano de Castrum altum estaba en una fortaleza ó castillo, y no en población, y en otra supongo que ese mismo Castrum altum era la ciudad de Acra leuca ó Acra leuce, que fundó Amílcar. Tiene fácil explicación. Al internarse Amílcar en España para hacer esa fundación, es casi seguro que no le llevaría el deseo de establecer una colonia, sino el de hacer una fortaleza donde tener una guarnición y dominar el país. Probablemente escogería el sitio para esto cerca de una ciudad, á la cual seguramente llamarían los cartagineses con el nombre de la fortaleza por ellos edificada. En esta fortaleza iba, sin duda, á refugiarse Amílcar, huyendo de los bastitanos, cuando fué muerto, puede decirse que al pie de las mismas murallas. Por otra parte, los romanos, como es sabido, no establecían su campamento dentro de las ciudades, sino que le fortificaban en puntos estratégicos

inmediatos á ellas ; y Acra leuce debía ser buen punto, como lo demuestra el haber sido escogido por Amílcar. Así es que, al llegar allí Scipión y ver un punto ya bien fortificado, cerca de un río y de una ciudad, no dudó elegirle para centro de sus operaciones. Había, pues, un castillo, Castrum album ó Acra leuce, y una ciudad, que es nombrada por griegos y romanos con el mismo nombre del castillo.

El gobierno de Asdrúbal en España duró casi ocho años, desde 226 antes de Jesucristo hasta entrado el de 219, en que perdió la vida á manos de un español. Tito Livio refiere la historia de este general en las siguientes palabras : «Dirigiendo los »negocios por el consejo más que por la fuerza, aumentó el do»minio cartaginés, más que con la guerra ó las armas, con el »favor de los régulos, atrayéndose nuevas naciones, ganándose »la amistad de los jefes. El pueblo romano, receloso de su grande »habilidad en solicitar las naciones y traerlas á su imperio, renovó »con él el tratado que ya existía, por el cual era el Ebro límite »de las conquistas futuras de ambos imperios, quedando los sa»guntinos libres entre uno y otro».

Resulta, pues, que Asdrúbal no hizo la guerra á los españoles para sujetarlos, sino que, amigablemente, fué ganando sus voluntades, y acaso de este modo se empezó á introducir con los pueblos de más allá del Ebro, excitando con ello el recelo de los romanos. Con este proceder, aunque alguna vez hiciese la guerra, granjearía la amistad de los príncipes españoles, atrayéndolos á la alianza con Cartago ; pero de esto á dominar en España, va mucha diferencia.

Habiendo Asdrúbal crucificado á un príncipe del país, fué asesinado por un esclavo de éste. Acerca del matador de Asdrúbal están divididos los historiadores; diciendo unos que era esclavo de Asdrúbal, y otros del español crucificado; pero, como se ve, el asunto tiene poca importancia. También algún historiador nuestro ha creído que dicho esclavo era galo, no teniendo en cuenta que al llamarle Polibio *celta* ó *galo,* no quiso decir que era de las Galias, sino del interior de España, de donde sería también el príncipe muerto por Asdrúbal. Los habitantes de Francia que los romanos llamaban *galos,* dice Julio César que se daban á sí mismos el nombre de *celtas;* de donde resulta que galo y celta eran palabras sinónimas. Y siendo celtas gran parte de los pueblos de España, nada tiene de particular que Polibio los llamase galos.

Atribúyese á este general la fundación de Cartagena. Es cierto que en su tiempo encontramos á los cartagineses establecidos en esta ciudad, pero también lo es que al mismo tiempo eran ciudades florecientes Ilici, al Norte, y Urci, al Sud de Cartagena. ¿Es creible que los contestanos no hubieran visto la hermosa porporción que ofrecía el puerto de Cartagena para fundar en él una gran ciudad? Presumo que Cartagena existía antes de que llegaran á España los cartagineses, y éstos, viendo la gran proporción que ofrecía este puerto, natural para servir de apostadero general de sus escuadras, se apoderaron de él, sin que sepamos cómo, dieron á la ciudad el nombre de Cartago por la semejanza que vieron tenía su puerto con el de la ciudad africana, y la hicieron el depósito general de sus riquezas en España.

El mando de Annibal en España duró próximamente tres años, desde el 220 antes de Jesucristo, en que tomó posesión de él, hasta el de 218 ó 217, en que salió para Italia. Sus empresas son bien conocidas, pero no sucede lo mismo con las regiones en que tuvieron lugar. Para proceder con acierto, dando, si es posible, algo de luz á un punto tan obscuro. conviene hacer primero relación de los hechos, tomando por guía á Tito Livio.

Dice este historiador: «Desde el día en que fué proclamado »general, como si le hubiera cabido en suerte el gobierno de »Italia y le hubieran encomendado hacer la guerra á los romanos, »juzgando que no debía dilatarla, no fuese que algún accidente »imprevisto le quitase la vida, como á su padre Amílcar y des»pués á Asdrúbal, determinó hacer la guerra á los saguntinos. »Para combatir á éstos, llevó primero su ejército contra las »tierras de los ólcades, para que no se creyese que había aco»metido á los saguntinos, sino que había sido arrastrado por la »serie de los acontecimientos á hacerles la guerra después de »domadas las naciones limítrofes, á fin de unirlas á su imperio. »La nación de los ólcades estaba en la España ulterior, en la »parte de los cartagineses más bien que bajo su dominio. Anní»bal ganó por fuerza de las armas su capital Altea, y la saqueó; »por miedo de lo cual, las otras ciudades menos importantes se »sometieron al imperio cartaginés, pagando un tributo.

»Á la primavera siguiente llevó la guerra contra los vacceos; »tomó por fuerza á Elmántica y Arbócala. Los que habían huido »de Elmántica unidos á los ólcades expatriados, levantaron á los »carpetanos, y habiendo acometido á Annibal cuando regresaba

»de los vacceos, no lejos del río Tajo, pusieron en confusión el »ejército cartaginés, que iba cargado con la presa.... Annibal, »talados los campos, en el término de pocos días sometió tam»bién los carpetanos á su dominio.»

Los puntos que es necesario aclarar en esta relación son dos: Primero: ¿dónde habitaban los ólcades? Segundo: los vacceos atacados por Annibal, ¿eran el pueblo que conocemos bajo ese nombre? Examinadas esas dos cuestiones, viene, naturalmente, la resolución de otras dos. Tercera: ¿dónde estaba Altea? Cuarta: ¿qué ciudades modernas corresponden á Almántica y Arbócala?

En el citado pasaje y en otros de que anteriormente se ha hecho mención, se establece más ó menos terminantemente:

1.° Que en tiempo de Annibal, ni los carpetanos, ni los vettones, ni los vacceos, ni los ólcades, ni los celtíberos estaban sujetos á la dominación cartaginesa. ¿Cómo, pues, se permiten algunos historiadores decir que Amílcar sujetó toda España?

2.° Que el propósito de Amílcar, lo mismo que el de Annibal, era chocar con los romanos; por consiguiente, ¿á qué habían de entrar en el corazón de España, y menos á qué habían de buscar cuestiones con los pueblos que habitaban cerca del Atlántico, cuando los aliados de Roma estaban en las costas del Mediterráneo?

3.° Que los saguntinos debían ser los mismos que los edetanos. Los griegos y romanos nombraron á los pueblos de España con el nombre de su capital; así, llamaron oretanos á los que tenían por capital á Oreto; turdetanos á los que tenían á Turdeto; bastitanos á los que tenían á Basti, y así de otros muchos. Es, por lo tanto, muy probable que llamaran saguntinos á toda la nación que tenía por capital á Sagunto. Destruida ésta, entró una nueva ciudad á ser capital de los restos de la nación, que tomó el nombre de Edetania.

4.° Que los ólcades estaban en el camino desde Cartagena á Sagunto. Siendo Annibal dueño de la Contestania, y habiendo hecho su primera campaña contra los ólcades á fin de dirigirse hacia el Norte, es prueba que éstos habitaban entre los contestanos y saguntinos, y, por lo tanto, ocupaban la costa entre el cabo de Palos y el de la Nao, y, mejor todavía, entre la desembocadura del Júcar y la del Segura. Son notables las palabras con que Tito Livio indica la situación de los ólcades. Esta nación,

dice, estaba al otro lado del Ebro *in parte magis quam in ditione Carthaginiensum*. Si conociéramos los tratados entre Roma y Cartago, por los cuales se señalaba á los saguntinos como nación independiente entre una y otra república, sabríamos lo que debía entenderse por la expresión *in parte*. Desconociendo los romanos la extensión de España, al señalar el Ebro como límite de ambos imperios, añadiendo la condición de que los saguntinos quedarían independientes, parece que se debe entender que se fijaron sólo en la desembocadura del Ebro y en la costa y no en el interior, y, por consiguiente, al decir Tito Livio que los ólcades estaban en la parte de los cartagineses, aunque no sujetos á ellos, quiere dar á entender que habitaban cerca de Cartagena y eran independientes, la cual interpretación está enteramente conforme con lo expuesto anteriormente.

5.° Que los vacceos no eran el pueblo que conocían los geógrafos antiguos con este nombre, sino otro pueblo vecino de los ólcades y de los saguntinos. Annibal deseaba someter todos los pueblos que rodeaban á Sagunto, porque tenía prisa por chocar con los romanos. ¿Qué mira, pues, había de llevar deteniéndose un año más para hacer la guerra á unos pueblos tan distantes de Sagunto como los que se conocen con el nombre de vacceos? Todos conceden á Annibal las cualidades de un gran general. Además del valor, le reconocen astucia y sagacidad más que cartaginesa. ¿Y podemos creer que hay ni astucia, ni sagacidad, ni prudencia en ir á pelear con los vacceos atravesando el país de los bastitanos, oretanos y carpetanos, que estaban sin sujetar y debían ser considerados como enemigos? No se diga que Annibal no marchó contra los vacceos desde Cartagena, sino desde los ólcades, porque entonces hubiera tenido que atravesar la Celtiberia, país mucho más peligroso que la Carpetania, tanto por la aspereza del suelo como por la fiereza de los habitantes. He leído en un historiador que la causa de haber declarado la guerra á los vacceos fué porque éstos dieron acogida á los ólcades que habían escapado de la destrucción de Altea. ¿Tan grande era el miedo de aquellos prófugos, que no se creyeron seguros en ninguno de los países que rodeaban el suyo? En consecuencia, los vacceos contra quienes luchó Annibal en su segunda campaña, debían habitar al Norte de Cartagena y al Oeste de los ólcades y al Sur de los edetanos ó saguntinos. Eran, pues, los bastitanos, á quienes tal vez los primeros historiadores llamaron

basteos, y los siguientes, creyéndolo una equivocación, les dieron el nombre de vacceos.

Determinada con alguna probabilidad de acierto la situación de los ólcades y vacceos, resta determinar la de sus ciudades que figuran en la guerra cartaginesa. Con respecto á la capital de los ólcades, yo no tendría dificultad alguna en admitir que correspondía á la moderna Altea. Situada en el centro de una bahía, en el camino desde Cartagena á Sagunto siguiendo la costa, y, sobre todo, rodeada de muchos vestigios de población antiquísima, tiene cierto derecho á que se la considere como sucesora de la capital de su mismo nombre. Almántica y Arbócala sabemos eran dos ciudades muy importantes, acaso eran independientes, si es que la capital de los bastitanos y alguna parte de la nación habían caído ya en poder de los cartagineses. Cómo quiera que sea, debían estar al Norte del Segura; mas como en la región que se extiende desde el Segura hasta el Guadalaviar se encuentran tantos restos antiguos de poblaciones muy importantes, no es fácil adivinar cuáles serán los de aquellas dos heroicas ciudades. La semejanza del nombre y otros indicios no despreciables inducen á fijar la situación de Almántica cerca de la moderna Almansa. Arbócala debía encontrarse más al Norte, puesto que la primera que atacó Annibal fué Almántica, indudablemente por ser la primera que encontró á su paso. Una objeción muy grave puede hacerse á esta opinión. Si Almántica y Arbócala estaban en el campo espartario ó en sus inmediaciones, ¿cómo es que al volver Annibal fué atacado á las inmediaciones del Tajo? La dificultad, como se ve, es de mucho peso. Contestaré á ella lo que en otro lugar tengo escrito: *Tab*, en lengua egipcia, significa río, y como yo creo que la Contestania y Bastitania pertenecieron durante muchos años á los egipcios, nada tiene de particular que en esas regiones la palabra *tab* tuviese la misma significación, y latinizada por los romanos se convirtiese en *Tagus*. Por consiguiente, nada tiene de particular que, al oir los romanos la relación de la correría de Annibal, entendiesen que había sido atacado junto al *Tajo*, cuando les decian que había sido junto á un río. Me parece que no es necesario apelar á otras interpretaciones ni explicaciones que pudieran darse.

Para concluir estas discusiones acerca de la dominación cartaginesa en España, digamos una palabra acerca de Cádiz. ¿Pertenecía esta ciudad á los cartagineses, ó era independiente? La

conducta de los cartagineses, ocupando primero todo el centro de Andalucía y luego las costas de Levante, aunque tiene explicación con respecto á Amílcar y á Annibal, que buscaban á Roma, no así con respecto á Asdrúbal, cuyas inclinaciones pacíficas son conocidas, y menos cuando le vemos fundar ó engrandecer á Cartagena, haciéndola el depósito general de las fuerzas cartaginesas en España. ¿Á qué venia esto, si tenían á Cádiz y no había en España más que un gobernador cartaginés? Si á esto se agrega la autonomía que conservó Cádiz, como lo demuestran sus monedas, y la consideración con que fué tratada por los romanos, es casi seguro que ni estuvo sujeta á los cartagineses, ni se tomó mucho interés por ellos.

En vista de todo lo dicho, creo que la historia de la dominación cartaginesa en España puede formularse de la siguiente manera:

Llamados los cartagineses por los gaditanos, vinieron á socorrerlos contra los españoles, ganando para sí algunos pueblos de la Turdetania. Después de la segunda guerra púnica vino Amílcar, con objeto de gobernar y aumentar los dominios anteriormente adquiridos; se apoderó de la Turdetania y de algunos puntos de la costa en la Contestania; fundó tierra adentro, en las riberas del Segura ó del Júcar, una fortaleza, junto á la cual murió peleando contra los habitantes del país.

Asdrúbal, en los ocho años de su gobierno, se granjeó la amistad de muchos príncipes españoles, haciendo sus reinos aliados de Cartago.

Annibal, en los tres años que mandó en España, se apoderó por la fuerza de las armas de toda la costa del Mediterráneo, hasta cerca de Valencia; sometió á los bastitanos y carpetanos, y por último se apoderó de Sagunto. Todos los restantes acontecimientos de la dominación cartaginesa pueden considerarse como pertenecientes á la dominación romana.

ARTÍCULO IV.

LOS ROMANOS EN ESPAÑA.

No hay cosa más común entre nuestra gente del campo que exclamar, llenos de convicción, cuando se les pregunta por algún edificio notable y de utilidad: *Esto lo hicieron los frailes.* Y del mismo modo, cuando se trata de algunos viejos paredones, ó de algún castillo, ó de alguna mina, aunque claramente se vea que es natural, se les oye exclamar con mucho aplomo: *Esto es cosa de moros.* Yo veo estas opiniones muy naturales, porque el pueblo sabe que los frailes levantaron muchos edificios sólidos y de mucha utilidad, y á ellos les atribuyen todos cuantos se presentan á sus ojos. Así también la noticia que tienen de nuestras guerras con los moros y de las aficiones de ese pueblo, hace que crean pertenecerles cuanto está en relación con la opinión que de ellos tienen.

Esto entre el vulgo ordinario; pero no está exento de semejantes aprensiones el vulgo de los sabios. Sabemos que los romanos estuvieron en España, dominando en ella por muchos siglos, y con esto hay sobrado motivo para que por muchísimos años se les hayan atribuido, y aun todavía se les atribuyan, cuantos monumentos presentan aspecto de alguna antigüedad; de modo que apenas se halla puente, ni muralla, ni edificio de regular solidez que no les deba, á juicio de los sabios, por lo menos los cimientos. Por eso me parece que en estas Tradiciones históricas» debo consagrar á los romanos algunas páginas.

Al hablar del pueblo romano en sus relaciones con España, se presentan desde luego tres cuestiones que resolver: Primera: ¿Cómo conquistaron la España? Segunda: ¿Hubo fusión entre romanos y españoles? Tercera, que es la consecuencia de las

dos anteriores, y lo que principalmente indagamos: ¿Qué debió España á Roma en punto á civilización y población?

Dos maneras de conquistar usaron los romanos: la fuerza de las armas y la política, si política puede llamarse la más refinada perfidia. Los griegos y cartagineses, al caer bajo el peso de las armas romanas, parece que dejaron á sus vencedores por herederos de aquella *dudosa fidelidad*, que tantas veces éstos les habían echado en cara. En la época de mayor gloria del pueblo rey, se encuentra una monstruosa mezcla de grandeza y perfidia, que á todas sus empresas les acompañaba, y que en ninguna parte se ve más de relieve que en la conquista de España.

Los españoles habían buscado la amistad de los romanos, y éstos vinieron á España con pretexto de auxiliar á sus amigos contra las pretensiones de los cartagineses. Llegaron á Tarragona, y no les pareció mal el sitio para hacerle centro de operaciones. Cerca de los Pirineos, cerca de sus enemigos, tenían para recibir refuerzos y comunicarse con Roma dos caminos, que difícilmente se les podían cerrar; estaban, además, en buena situación para atacar al enemigo sin hacer grandes marchas, y poderse retirar en caso de ser derrotados, sin exponerse á graves riesgos. Con estas ventajas, no es de extrañar si no pensaron en soltar la presa de que con tanta facilidad se habían apoderado. De huéspedes y amigos llegaron á convertirse en señores y tiranos, haciendo á Tarragona su cuartel general, estableciendo en ella magistrados y sacerdotes romanos, construyendo edificios públicos, llevando á que la habitasen familias de Roma. Grande fué, sin duda, la importancia que adquirió Tarragona; pero, al fin, era la esclava de un gran señor, arrancada por medio de la astucia del dominio paterno para servir á un déspota extranjero.

Algunos españoles se convencieron, aunque tarde, de que, huyendo del yugo cartaginés, había caído sobre ellos el no menos pesado de Roma. Pero ¿en qué tiempo lo llegaron á conocer? Cuando ya no tenían fuerzas ni unión. Con pretexto de arreglar sus diferencias, los romanos se habían ido ingiriendo en sus negocios, y, á título de amigos y libertadores, gobernaban las regiones. Esto contribuyó poderosamente á desprestigiar los gobiernos nacionales; porque no es posible que tenga prestigio un gobierno que necesita de los consejos y dirección de otro. Tomando las tropas españolas como auxiliares, les habían quitado la costumbre de obrar por sí mismas, y á los jefes españoles

habían logrado reducirlos á simples instrumentos de los jefes romanos. Pretextando vengar ofensas particulares y atacar á los cartagineses, sus enemigos, hicieron que los españoles peleasen unos contra otros, con lo cual los dividieron entre sí; y cuando fué necesario que se unieran para arrojar de casa al sagaz enemigo, las discordias particulares y la falta de jefes militares y civiles lo hicieron imposible.

Sin embargo, á pesar de esto y de las innumerables traiciones y perfidias de los generales romanos, imposible hubiera sido que sujetasen la España, si no hubieran puesto en práctica otros medios, como fueron la fundación de colonias y el conceder derechos á las poblaciones. Según iban conquistando las regiones, al lado de las ciudades que destruían ó en los sitios que creían más conveniente, levantaban otras nuevas, que poblaban con gentes traídas de otros países, aun de la misma España, y principalmente con los legionarios que cumplían su servicio. En los sitios que creían más á propósito para dominar una comarca, establecían los romanos un campamento, que era una verdadera plaza fuerte, para una ó dos legiones. Los campamentos estaban rodeados de un foso y tenían á la parte de adentro un vallado, que hacía las veces de muralla, y dentro de esta muralla se levantaban las tiendas de los soldados, divididas en calles, de modo que tenían el aspecto de una ciudad fuerte. Como la legión llegó á tener hasta 9,000 soldados, resultaba que, al licenciar uno de estos cuerpos, estableciéndole en alguna provincia, levantarían la nueva ciudad á manera de campamento, la cual poblarían de diez á veinte mil almas, entre los soldados, sus mujeres y los naturales que, por una causa ó por otra, se les agregaran; y de este modo se levantaba una plaza fuerte, dentro de cuyas murallas habitaban de seis á ocho mil hombres capaces de tomar las armas y acostumbrados á llevarlas, motivos más que suficientes para imponer respeto á los pacíficos habitantes de toda la comarca.

Estas nuevas poblaciones no podían menos de mantenerse al servicio de Roma, porque, siendo de diferente raza, hablando diferente lengua y teniendo diferentes usos y religión que los españoles, no podían en manera alguna unirse con éstos, que además los miraban como invasores y usurpadores de su terreno. Debe tenerse presente que en cuanto sobre este punto, decimos, sólo hacemos referencia á los tiempos de la República, porque

durante el Imperio variaron mucho las costumbres políticas de Roma.

Como medios auxiliares, y en realidad de grandísimo efecto, emplearon el conceder los derechos de ciudadanía á nuestros españoles, elevar muchas ciudades á la categoría de municipios, con lo cual las obligaban á tomar la forma de gobierno de Roma, y, por último, ir destruyendo todos los monumentos de nacionalidad que pudieran recordar á los españoles la independencia del tiempo pasado.

Alguno creerá que, estableciéndose los romanos en España, se mezclaron con los españoles, llegando á formar un solo pueblo. Pero pregunto yo: ¿hay alguna vez fusión entre vencedores y vencidos? ¿Se mezclan alguna vez las razas diferentes, sobre todo cuando esta diferencia va acompañada de la diferencia de religión? No tenemos necesidad de acudir á otras partes por ejemplos que nos lo digan, pues en España los tenemos abundantísimos. Los godos se apoderaron de España, arrojaron de ella á todos los pueblos que no eran españoles, lograron hacerla florecer, y, sin embargo, en una sola batalla perdieron toda su gloria, y en dos años se quedaron reducidos á la nada. ¿En qué consistió esta caída tan espantosa? En que no se habían mezclado con los españoles. Es verdad que se habían convertido al catolicismo; pero lo habian hecho ya cuando el odio de raza había llegado á ser casi inextinguible. Y, sobre todo, eran los opresores; y así como por librarse de los romanos los habían admitido á ellos los españoles, del mismo modo se les veía ahora caer con indiferencia y se admitía sin repugnancia á los árabes. Porque, entre dos opresores, siempre están los pueblos dispuestos á entregarse al nuevo, dejando al antiguo, aunque no sea más que por los visos de vengador que aquél lleva consigo.

Aunque los españoles admitieron sin repugnancia á los árabes, nunca se mezclaron con ellos. Hoy está fuera de duda que en todas las poblaciones principales, hasta en la misma Granada, hubo mozárabes; es decir, que la raza española no huyó toda á las montañas del Norte, porque todos no hubieran podido retirarse á ellas. Ni tampoco fué toda pasada á cuchillo, á pesar de que se cometieron muchísimas crueldades contra ella, porque entonces España hubiera quedado desierta, pues no es posible que los árabes hubieran traído habitantes para colonizarla toda. Los españoles, pues, permanecieron en sus casas, viviendo con los ára-

bes y gobernados por ellos, pero sin fundirse, y esa circunstancia contribuyó después no poco á la reconquista. Ni obsta el que muchos españoles abrazaran el islamismo y se afiliaran en las tribus musulmanas, pues esos fueron excepciones.

En Galicia se establecieron los suevos. Por la historia sabemos que, aun después de convertidos al cristianismo, no se fundieron con los antiguos habitantes. Hoy se ven claramente en Galicia dos razas distintas, que corresponden bastante bien á la céltica y á la germánica. Idéntica observación puede hacerse en Francia, donde la diferencia entre las dos razas es aún más notable que en Galicia.

Los romanos, pues, nunca se mezclaron con los españoles; y no se mezclaron, por dos motivos: Primero, porque eran los vencedores, y como tales estaban llenos de orgullo y despreciaban á los vencidos. Segundo, porque tenían diferente religión que los españoles.

Sería, por cierto, una cosa bien extraña que los romanos hubieran usado con moderación de la victoria, porque con seguridad serían el único ejemplo de vencedor moderado. Muy de otro modo se retrataron ellos mismos. Basta leer á Salustio para convencerse de que los generales y soldados romanos, aun en los buenos tiempos, sólo deseaban ir á las provincias para robar. La multitud de reclamaciones hechas y las causas seguidas contra los pretores y procónsules, ¿qué prueban, sino la inmoralidad y despotismo con que gobernaban? De algún pretor sabemos que se hacía adorar, obligando á que le quemasen incienso en un altar. Á Vatinio le decía Cicerón: «¿Á qué te he de preguntar sobre tus tropelías y asquerosísimos robos en España? ¿Qué linaje de improbidad y maldad dejaste de cometer en aquella tu magistratura?» De Julio César se cuenta que cuando vino á España de pretor, se veía acosado por multitud de acreedores; y cuando volvió á Roma, no sólo pagó todas sus deudas, sino que aún quedó en disposición de divertir largamente al pueblo con juegos y brillantes espectáculos. Puédese colegir cómo dejaría los pueblos sujetos á su gobierno.

Añádase también que las poblaciones de origen romano gozaban de muchos privilegios, de que carecían las otras, y esto necesariamente había de producir antipatía y despego de los oprimidos hacia los opresores. Pocas cosas producen peores resultados que los privilegios. Y si en España, durante aquella

época, los pueblos todos hubieran tenido iguales derechos, de presumir es que hubieran sido menos frecuentes los levantamientos. Las guerras civiles, sociales y serviles de Roma, no tuvieron otra causa que la diferencia de derechos entre ciudadanos y ciudadanos, entre romanos é italianos, entre libres y siervos. ¿Cómo habían de producir amistad y buenas relaciones entre españoles y romanos, cuando la mayor distancia de la metrópoli hacía que se exagerasen más, y, por lo tanto, fuesen más odiosos los privilegios?

Con estos antecedentes, no es de extrañar que los españoles estuvieran tan dispuestos á levantarse contra los romanos apenas oían una voz que los llamaba al combate. Esta animadversión, pues, de unos contra otros, hija de las crueldades y desprecios de los vencedores para con los vencidos, hace ver que durante los tiempos de la República, y por lo menos en los primeros del Imperio, los romanos no se mezclaron con los españoles.

Es verdad que de los romanos no puede decirse que eran de diferente raza que los españoles. Por lo menos, alguna parte de la población de España tenía el mismo origen que la de Italia. Pero en aquellos tiempos aun las familias de una misma raza estaban entre sí aisladas: mucho más cuando las separaba el idioma, las costumbres, las inclinaciones, las leyes, y, sobre todo, el país.

También fué otro obstáculo, y acaso mayor que todos, la diversidad de religión de uno y otro pueblo. Sabido es que cuando las creencias son diferentes, con dificultad se unen los ánimos. Porque como no puede haber religión sin culto exterior, siendo contrarias las creencias, han de ser también contrarios los cultos, y esto es una causa permanente de disturbios y descontento entre los que han de vivir íntimamente unidos. Por esta razón se observa que en los pueblos donde las opiniones religiosas están divididas, rara vez se unen entre sí los que pertenecen á diferentes creencias. El hombre, en sus opiniones, suele, aunque con dificultad, transigir algunas veces; pero en las religiosas, nunca ni con nadie transige.

En casi todas las naciones de Europa, entre las dos ó tres clases sociales que en ellas existen, hay una división tan marcada, que no se podrá creer sino teniendo en cuenta la insuperable repugnancia que los hombres tienen á la fusión de razas. Así es que, á pesar de todos los esfuerzos de la filosofía, de las violen-

tas conmociones que en lo que de este siglo ha transcurrido se han experimentado, y de los incesantes ataques que contra la distinción de clases se han dirigido, nada, absolutamente nada se ha podido conseguir ni se conseguirá. Véase si, con sobrada razón, puede asegurarse que entre romanos y españoles no llegó á verificarse la fusión que confundiera á las dos razas.

Podrá objetarse contra esta mi opinión la multitud de matrimonios verificados entre soldados romanos y mujeres españolas. Convengo en que debieron verificarse muchos matrimonios de esa clase; pero ¿cuántos fueron todos ellos? Y los que se casaban en España, ¿se establecían aquí, ó se marchaban á Italia con sus mujeres? Teniendo en cuenta que las leyes romanas no admitían semejantes matrimonios, y que los hijos nacidos de ellos eran considerados como ilegítimos, se abstendrían de ellos los romanos. Los que sabemos se hicieron son relativamente muy pocos, y sus resultados nada satisfactorios.

En el capítulo II de la *Historia de España* de D. Fernando de Castro, se dice: «Enteramente avasallada España por los romanos, tomó de ellos la religión, las letras, las costumbres y el idioma». Ante una afirmación tan absoluta, cualquiera pensará que las ciudades de España se habían convertido en otras tantas Romas, y que los españoles en nada se diferenciaban de los romanos. Porque, ¿quién ha de suponer que un historiador como D. Fernando de Castro y algunos otros que son de su mismo modo de pensar, sientan proposiciones de esta naturaleza sólo por redondear un período ó por dar un golpe de efecto? Sin embargo, ni D. Fernando de Castro ni otros que se explican en términos parecidos fueron contemporáneos de los sucesos que relatan, y los autores que de ellos escribieron están muy lejos de expresarse de ese modo en los puntos á que nos referimos. Por consiguiente, mientras las cosas no se prueben, no merecen más crédito que el que voluntariamente quiera cada uno atribuirles, y yo, por mi parte, no estoy dispuesto á concederles alguno mientras no vea las pruebas que las confirmen. Por cuya razón me he permitido poner la opinión de D. Fernando de Castro y otros historiadores en el número de las tradiciones históricas que carecen de fundamento, y voy á exponer las razones que á ello me inducen, analizando uno por uno los cuatro puntos en que se dice haberse romanizado España en tiempo de lo emperadores.

Empezando por lo del idioma, digo que no se hallará un solo rincón de la tierra donde los romanos pusieron sus plantas que no esté marcado con alguna inscripción. Dondequiera que llegaron sus águilas, allí se levantaron pilastras y se erigieron altares en honor de los emperadores y de los dioses del imperio. Dondequiera que moría un romano, allí se consagraba un monumento que recordase su nombre y el de su esposa, hijos ó amigos. Bien parece que todos estaban persuadidos de la opinión de que sus almas gozarían después de su muerte de la popularidad que tuviesen sus nombres; y como en España dominaron tantos siglos, naturalmente dejaron nuestro suelo lleno de lápidas latinas. Esto, sin duda, junto con alguna aserción que se encuentra en los historiadores de aquellos tiempos, es lo que ha movido á creer que la España tomó de los romanos el idioma, religión y costumbres.

Comprendemos que hay razones para apoyar esa opinión, aunque, á decir verdad, son razones de poco peso, y que desaparecen á poco que se reflexione. Los escritores romanos de los mejores tiempos se quejan de que haya necesidad para vivir en Roma de saber muchas lenguas: la latina, para tratar con la buena sociedad; la vulgar, muy diferente de aquélla, para hacerse entender del pueblo, y otras para poderse entender con los forasteros. Mas, aunque esto sea una exageración, no lo es que á las mismas puertas de Roma habitaban varios pueblos que tenían idiomas diferentes, y que la duradera dominación de Roma no los pudo hacer olvidar. ¿Y habremos de creer que fué ésta más afortunada con los españoles, y que éstos fueron entonces tan prontos para olvidar lo que después han conservado con la mayor tenacidad? Siete siglos hace que en Galicia y Asturias es oficial la lengua castellana, y, sin embargo, aún no se habla más que en los actos oficiales y por personas que, casi sin faltar á la verdad, puede decirse no son del país.

Todos los monumentos latinos que en España se encuentran son puramente de origen romano, y nada arguyen en favor de la opinión que sostiene que los españoles dejaron su lengua por la latina. Esto necesita alguna explicación. Siendo tantas las inscripciones latinas que hay en España, podría alguno preguntar si todos los romanos vinieron á la Península á dejar su nombre grabado en una piedra. No es necesario tanto. Teniendo en cuenta que España estuvo sujeta á Roma siete siglos, durante

los cuales todos los gobernadores fueron romanos, todos los jefes militares romanos, muchos de los soldados romanos ó italianos, lo que parece extraño es que no sean mucho más numerosas las inscripciones latinas, dada la grande afición que los romanos tenían á ellas y los muchos que debieron morir en la provincia en el espacio de tantos siglos. También se trasluce que los soldados establecidos en las colonias, aunque hubieran venido de Roma, no debían ser todos romanos, pues de otro modo serían más en número los monumentos romanos que de aquella época nos quedan.

Tampoco prueba gran cosa que los españoles que por sus letras florecieron entonces, escribieran en latín. El valenciano que hoy quisiera escribir una obra seria no lo haría en su lengua materna, sino en castellano, que es el modo de hacerse entender en toda España. Por la misma razón los literatos escribían entonces en latín ó en griego, y no en las lenguas particulares de las comarcas. Fuera de esto, los escritores de entonces escribían en Roma, y si no eran romanos, eran casi todos oriundos de Roma, y es probable que ni aun supiesen las lenguas que en España se hablaban, cuando ni siquiera hacen mención de ellas.

Una cosa digna de atención encontramos en España á la caída de la dominación romana y durante el reino visigodo, acerca del lenguaje. El que se encuentra en algunos monumentos de entonces, y más particularmente después de la entrada de los árabes en España, es tan diferente del latín, que á primera vista se comprende que tiene un origen muy distinto del que se le ha querido suponer. No diré que sea hijo de la primitiva lengua de España, porque ya he indicado que no fué una sola. Lo que sí afirmo es que se compuso de los restos del latín mezclado con las antiguas lenguas, alguna de las cuales pudo muy bien tener el mismo origen que aquél, del cual se diferenciaría tanto como éste del actual castellano.

Para mayor prueba de esta verdad, y contra la opinión de algunos que inconsideradamente sostienen que la lengua latina se hizo general en todo el imperio, citaré los testimonios de Plinio y Apuleyo.

El primero dice que «la colonia Cesárea Augusta (Zaragoza) se había asemejado tanto á la metrópoli, que sus habitantes vestían á la romana y hablaban en latín». ¿Qué significarían estas palabras si fuera cierto que los españoles habían tomado las cos-

tumbres de Roma? Nada ciertamente. Y cuando Plinio refiere el caso con alguna admiración, es prueba de que en las demás colonias sucedía lo contrario. ¿Qué sucedería en los pueblos donde el elemento romano no existía?

Apuleyo dice que cuando fué á Roma por primera vez, no sabía hablar latín, á pesar de que su padre era decenviro de la colonia romana Medaura *(Asno de oro)*. En otra parte dice que su hijastro ni sabía ni quería aprender latín. *(Apol.)* Tenemos aquí al hijo y al nieto de un ciudadano romano, empleado en una colonia romana, que públicamente hacen alarde de no saber la lengua oficial. ¿No tenemos derecho para suponer que en las colonias de España sucedería lo mismo que en las de África? Las colonias habían sido antes poblaciones insignificantes, convertidas en grandes ciudades por los romanos, que establecieron en ellas soldados cumplidos y otros ciudadanos, de los cuales hablarían latín los que habían nacido en Roma. No es de extrañar que hablasen latín los que no habían aprendido otra lengua. Lo que extraña es que los historiadores españoles hayan creído tan dóciles á nuestros padres de entonces, que tan fácilmente se avinieron á dejar su idioma para tomar el de sus enemigos.

Con respecto á la literatura, poco es lo que se puede decir. Si hemos de dar crédito á los historiadores antiguos, los pueblos del Mediodía de España habían alcanzado un alto grado de cultura, encontrándose más atrasados los del centro y el Norte. Sujetos unos y otros por los romanos, hubieron de pasar por la condición de todo pueblo que pierde su nacionalidad, que pierde con ella su literatura.

No faltaron en España buenos ingenios que cultivaron la literatura latina; pero estos fueron, sin duda, descendientes de romanos, ó españoles que, dejando su patria, fueron á la capital en busca de fortuna; y hubiera sido una tentativa singular escribir allí en una lengua desconocida y despreciada. Ni debe sorprendernos que ninguno de tantos escritores como hablaron de las cosas de España, se haya ocupado en dar una ligera noticia del idioma de los españoles, porque lo mismo hicieron con los demás pueblos, incluso los de Italia, que vivían á las puertas de Roma.

Un dato, aunque insignificante, nos da algo de luz en este punto. Hasta los tiempos de Tiberio se acuñaron monedas en España, y aunque muchas de ellas tienen la leyenda en latín, otras la tienen en caracteres desconocidos, lo que nos autoriza

para suponer que están igualmente en idioma distinto del latino, y, por consiguiente, que la lengua nacional continuaba en uso y que en ella se escribía.

Más adelante, cuando el cristianismo se difundió por todas partes, el latín, que por fuerza tenía que ser estudiado por muchos, por ser la lengua oficial del Estado, hízose también la lengua oficial de la Religión, y esto le hizo crecer en popularidad, hasta el punto que, aunque estoy persuadido de que nunca llegó á ser lengua popular, era conocido de la mayor parte. El cosmopolitismo de la Religión católica tenía necesidad de una lengua universal, y habiendo encontrado el latín con esa condición, le admitió desde luego para el Occidente, y esta es la razón por qué todos los escritores eclesiásticos escribieron en latín, no sólo en aquellos primeros tiempos, sino casi hasta los nuestros.

En resumen: cuando los romanos llegaron á España había en ella alguna cultura, si las monedas, las inscripciones y el testimonio, aunque vago de los historiadores merece algún crédito, pero durante el imperio no tenemos noticia alguna de literatura profana en la Península. Porque ni los Sénecas, ni Lucano, ni Quintiliano, ni Marcial pueden ser contados como literatos de España, puesto que se educaron en Roma, y allí vivieron y escribieron. La literatura sagrada, que tan rápido vuelo tomó en España, no se debe atribuir á los romanos, sino al catolicismo, que la hizo nacer y la fomentó.

Respecto á la religión, hay que advertir de antemano que son algunos los templos de dioses romanos y son muchas las piedras de votos consagrados que se encuentran en España. Era entre los romanos costumbre dedicar aras ó inscripciones á los dioses de su devoción en reconocimiento de haber salido de alguna enfermedad ó por algún otro beneficio recibido. De los españoles nada sabemos, á no ser que atribuyamos á ellos las que existen en España. Pero entonces hemos de suponer que al venir los romanos á nuestra patria perdieron esa costumbre, y que los españoles grabaron sus inscripciones en una lengua que no era la suya, y que tal vez no entendían. De los templos sólo diré que son poquísimos los que conocemos, comparados con la extensión de España y con la piedad religiosa de los españoles, que nunca ha sido corta. Y así como ahora apenas habrá pueblo, por insignificante que sea, donde no haya un templo capaz de

resistir á los siglos, lo mismo hubiera sucedido entonces si los españoles hubieran tenido la religión romana, tan abundante en divinidades. Tendríamos ahora innumerables ruinas de templos gentílicos, ó, por lo menos, por la historia y Concilios de España sabríamos que se habían hecho demoler ó habían sido consagrados al culto católico. Pero ningún dato se conserva de esto, ni los más antiguos templos que conservamos presentan indicios de haber sido gentílicos, ni por su forma, ni por alguna otra circunstancia. Sólo muy escasos monumentos de esta clase, como el templo de Marte, hoy consagrado á Santa Eulalia, y algunas ruinas, muy raras, pueden pasar por templos de dioses.

Entre las inscripciones votivas de España encontramos muchas consagradas á Isis, á Netón, Endovélico y á otros varios dioses que no eran de Roma. Estas inscripciones, si fueron puestas por los romanos, prueban que, en vez de abrazar los españoles el culto de sus conquistadores, abrazaron éstos el de los vencidos; y si las pusieron los españoles, prueba es de que continuaron con la religión antigua. El culto de Isis, tan extendido en España, no fué traído por los romanos, sino que se encontraba ya establecido á la llegada de éstos.

Una objeción se nos pudiera hacer, y es que por las inscripciones sabemos que en las colonias y municipios había sacerdotes de las mismas clases que en Roma. Pero esto, ¿qué significa? Que estando organizadas las colonias y municipios á estilo de Roma, tenían los mismos empleados, y entre ellos los sacerdotes. En las colonias era tanto más necesario, cuanto que en ellas dominaban los vecinos de origen romano. Lo que se debe creer es que, siendo los romanos un pueblo muy supersticioso (*religiosissimi homines* los llama Cicerón), hicieron en España lo que en todos los demás países que conquistaron; es á saber: adorar á las divinidades locales además de las suyas, y así se explica que en España continuaron el culto de Hércules en Cádiz, el de Salambona (*Sa-ram-bo, Isis de los cuernos de oro*) en Sevilla, el de Netón en Guadix, Endovélico en Villaviciosa y en otros puntos, Bandián en Galicia, y otros muchos que no es necesario nombrar, porque pueden verse en las inscripciones y en los historiadores.

Para hablar con acierto de las costumbres que, según Castro, tomaron los españoles de Roma, es preciso distinguir entre

costumbres privadas y públicas. Las privadas se han de considerar entre los cristianos y los gentiles, división que no puede menos de hacerse al tratar de la época del imperio. Las costumbres de los cristianos, como hijas de las mismas creencias, tenían que ser muy parecidas en todas partes; las de los gentiles, aunque muy estragadas, lo mismo en España que en Roma, habían de serlo todavía más en Roma, por la mayor abundancia de medios para entregarse al vicio. La corrupción en Roma era espantosa, como no podía menos de serlo en una ciudad, acaso la más populosa que se ha conocido, donde los ciudadanos, ó vivían de sus rentas, ó de las liberalidades públicas ó privadas, pero no del trabajo, ni de la industria, ni del comercio, cosas impropias de un romano. Además, la multitud de gente de mal vivir que de todas partes del mundo acudían á la metrópoli para ganarse la vida fomentando los vicios de los dominadores, y el sinnúmero de esclavos que con malas mañas habían de procurarse la libertad ó un bienestar relativo, eran medios más que suficientes para dar al traste con las costumbres privadas de la nación más morigerada del mundo, tanto más, cuanto que lo único que podía poner freno, que era la religión, era lo que fomentaba el vicio, con sus creencias y culto llenos de obscenidades. Y por si esto no fuera suficiente, la conquista del Asia había hecho á los romanos apasionarse del lujo y la molicie de los pueblos orientales.

Como se ve á primera vista, ninguna de estas causas de corrupción existían en España. Y aunque los empleados romanos vinieran inficionados de la relajación de Roma, su altanería, despotismo y exacciones los alejaban de los españoles lo suficiente para que no los contaminasen. Por otra parte, las poblaciones de España eran pequeñas en general; los españoles vivían del trabajo, y aunque los dominadores sembrasen muy mala semilla, ésta no podía arraigar sino muy poco, y eso en algunas poblaciones como Mérida, Tarragona y alguna otra, en que los habitantes eran de origen romano.

Las costumbres públicas de la Roma republicana se transformaron alguna cosa en la Roma imperial, aunque conservando su esencia, que era la falta de ocupación; es decir, la holgazanería. El romano del tiempo del imperio no acudía por las mañanas al foro á escuchar á los oradores que acusaban á los hombres públicos ó defendían las leyes, pero iba á oir á los retóricos

que declamaban; en los baños no se hablaba de política, pero se hablaba del gladiador, y del cochero, y de las larguezas del emperador; el pueblo llenaba los mercados, pululaba por la vía sacra, y después de comer y dormir la siesta, acudía á los teatros y á los circos. Esta vida de holgazanería y diversiones era buena para quien no tenía que pensar en la comida, que tenía asegurada por las distribuciones imperiales ni en pagar los tributos, que corrían por cuenta de las provincias. Fuera de Roma era necesario consagrar el día al trabajo; eran pocos los circos y teatros; costaban muy caras las escuelas de gladiadores, y los prisioneros de guerra iban á la capital, con lo que las diversiones quedaban reducidas á alguna función de teatro, cosa que no agradaba mucho á los romanos, y á los baños, en los cuales ni había las comodidades, ni la animación, ni la suntuosidad que en los de Roma. Y esto se hallaba sólo en las colonias, porque en las otras ciudades, ni aun señales hay de que haya existido. Es, pues, una aserción gratuita suponer lo que no era posible que sucediera.

Estoy viendo que algún ilustrado lector, al ver mi manera de apreciar las cosas, quede poco conforme, y, si pudiera, me preguntaría: ¿Las monedas, las medallas, las piedras, los bronces, los barros y tantos otros objetos como se han descubierto y se están descubriendo todos los días, y que todos los sabios unánimemente distinguen con el nombre de *arte romano*, de quién nos vinieron? Aunque es mal sistema el de responder preguntando, voy á permitirme cometer esa falta, y pregunto: Todos esos objetos que se llaman de arte romano, y yo digo que con razón, ¿son verdaderamente arte romano? No. Los romanos tuvieron siempre á deshonra dedicarse á las artes, y los que entre ellos las ejercían eran extranjeros, esclavos ó libres, procedentes de Grecia, Asia, Egipto y aun de España, los cuales, reunidos en Roma, tuvieron necesariamente que dar á sus obras un carácter especial, que por esa razón se conoce con el nombre de romano. Algunas de estas artes pudieron venir á España por conducto de los romanos; pero otras se cultivaban en España de antiguo, como los tejidos de Sétabis, las armas de Bílbilis, las vasijas de Sagunto y otras, que no es de mi intento enumerar. Y basta lo dicho para demostrar que no es exacto decir que España se hizo enteramente romana en el idioma, las letras, la religión y las costumbres.

En conclusión: ¿qué debió España á los romanos? Poco en punto á civilización, y nada en punto á población. Cuando digo poco respecto á civilización, no quiero decir que la civilización romana no entró en España. Entró, y tuvo un período floreciente; pero no fué la civilización popular; fué la civilización oficial, que cayó cuando cayeron los dominadores. Dejó, sin embargo, restos que se mezclaron con la civilización española en tiempo de los godos, principalmente por la influencia del cristianismo, que, estableciendo la unidad de razas, de patria y de creencias, tiende á hacer una la civilización de todos los hombres, y, además, que, siendo entonces romanos y españoles la clase dominada, es natural que se unieran, como se unen siempre los vencidos contra el vencedor.

Digo que nada debió España á Roma respecto á población, porque por muchas colonias que establecieran en nuestro suelo, ¿qué pudieron ser relativamente á la antigua población? La clase noble romana, ó emigraría ó desaparecería á la irrupción de los bárbaros. Los habitantes de las colonias, en ellas debieron permanecer, pero si no desaparecieron, se mezclarían con los antiguos habitantes, y de esa manera puede asegurarse que en España quedó sólo el antiguo pueblo español.

Mas aun suponiendo que los pobladores de las colonias fueran todos romanos ó extranjeros traídos por ellos, ¿pudo compensar su número el de las innumerables hecatombes de españoles que hicieron los generales romanos? Y el número de colonias fundadas por ellos, ¿iguala al de las ciudades que destruyeron? España fué siempre temible para los romanos, *vitanda, horrida est Hispania*, decía Juvenal, y esta frase prueba que les era poco agradable establecerse en la Península. Así vemos que los señores romanos tenían grandes posesiones en África, que muchos iban á pasar largas temporadas en Grecia, y que todos anhelaban empleos en Asia; lo que no sucedía con respecto á España, y eso es una prueba de que les era poco agradable venir aquí, y por consiguiente menos les sería el establecerse.

La historia es maestra de la vida, pero los hombres tomamos pocas veces sus enseñanzas. Ahora, sin embargo, podré yo tomar una muy aplicable al asunto de que trato, porque, habiendo sido muchos los pueblos conquistadores y los conquistados, estudiando las relaciones que ha habido entre unos y otros, sacaremos las que pudo haber entre españoles y romanos; y para

que la paridad sea completa, supondremos por un momento que los españoles, cuando fueron sometidos por Roma, vivían en estado semibárbaro. Lo que, según la historia cuenta, ha sucedido á las naciones salvajes ó bárbaras que han sido sometidas por otras civilizadas, eso podremos suponer que sucedió á los españoles.

Los pueblos más conquistadores de Europa han sido los españoles y los ingleses. Estos últimos han hecho grandes conquistas en América y en Asia. Los americanos eran salvajes, y ¿qué debieron á Inglaterra? Creo que nadie tratará de convencernos de que los americanos han sido civilizados por los ingleses. Es cierto que en América ha entrado la civilización; pero ¿de qué modo? Destruyendo poco á poco la raza indígena, para sustituir otra en su lugar, de modo que los ingleses no han civilizado á los americanos, sino que los han destruido. En la India no podemos decir que hayan hecho lo mismo; pero si poseyéramos datos estadísticos exactos de antes de la conquista y del tiempo actual, es muy posible que nos encontráramos con que la población indígena había disminuido y la cultura de los indios no había hecho algún progreso. Y no será ciertamente porque los ingleses no sean uno de los pueblos más ilustrados de Europa, sino porque los conquistadores que se apoderan de un país no lo hacen para hacer bien á sus habitantes, sino para aprovecharse de sus riquezas, explotándole cuanto es posible y gastando en él lo menos que pueden; por consiguiente, los habitantes subyugados quedan reducidos á la impotencia, y, en vez de mejorar en cultura, pierden la que tienen.

España ha sido sin disputa la nación que con más generosidad y nobleza ha procedido siempre en sus conquistas, y la razón es, porque nunca le ha guiado el deseo de su engrandecimiento, ni el afán de enriquecerse, ni el orgullo de dominar. Consúltese donde se quiera acerca de los móviles que han llevado las armas españolas á los países extranjeros, y se verá que nunca han sido otros que la religión. Los resultados han estado siempre en relación con las causas. Escritores extranjeros, movidos por envidia nacional, han desacreditado en todos tiempos nuestra conducta en los países conquistados; muchos escritores nacionales, ó por creer que sólo es sabio el que copia de los extranjeros, ó pretendiendo hacerse notables desacreditando á la madre patria, han declamado enérgicamente contra nuestro sistema de gober-

nar las colonias y pueblos sometidos. Como el asunto de que me ocupo no es poner en claro los errores ó aciertos de los españoles, no me detengo en este punto, y sólo le toco para demostrar mi objeto, diciendo al paso que, comparados con las demás naciones, hemos procedido paternalmente con los pueblos conquistados. Para verlo, no hay más que abrir los ojos y mirar que donde otras naciones conquistaron, si algunos individuos quedan de la antigua raza, viven aún en estado salvaje, al paso que en los dominios españoles se conserva la población primitiva, disfrutando de las ventajas de la civilización. Lo cual es debido exclusivamente á que el espíritu de que en general estaban animados los españoles al hacer la conquista, era profundamente religioso, por más que en los particulares entrara también por mucho el deseo de enriquecerse.

La consecuencia de todo lo dicho es bien clara: si Roma conquistó á España, no fué seguramente por el deseo de favorecerla, sino para explotarla. Roma no era una población industrial, ni mercantil, ni agrícola; el suelo de Italia es fértil y hermoso; pero las guerras habían diezmado su población, y muchos de sus campos habían quedado incultos, y, por consiguiente, no se bastaba á sí misma. Para alimentar, pues, aquella población que vegetaba en la holgazanería y en un lujo que hoy no puede concebirse, era necesario esquilmar á las provincias, y esto no se hace fomentando en ellas la cultura. De manera que si recién conquistada España no se hubiera introducido en ella el cristianismo, á la caída del imperio romano hubiera quedado sumergida en la barbarie, porque había perdido su primera civilización, y nada bueno había aprendido de las romanos.

ARTICULO V.

LOS GODOS EN ESPAÑA.

Interrumpida la serie de las tradiciones históricas para dar lugar á los dos artículos sobre la *División de las lenguas* y *Egipto y la primitiva civilización*, con objeto de que sirvieran de confirmación á alguna de las teorías sentadas en los artículos anteriores, justo será que vuelva á reanudar el interrumpido relato, ocupándome ahora de la dominación de los godos en España. Para proceder con claridad en este asunto, conviene distinguir tres partes: por qué entraron los bárbaros en España, cómo la conquistaron, cómo acabó su imperio.

¿Por qué entraron los bárbaros en España? Dos partes abraza este punto, y son: la causa que les movió á entrar y el fin que se propusieron en su entrada. En cuanto á lo primero, oigamos á uno de nuestros más famosos historiadores.

«Apaciguada la nación, dice el P. Masdeu, dejó Constante en »Zaragoza á su mujer y se volvió á Francia; pero antes de partir »cometió un error grande de política, porque, habiendo pedido »los españoles que se les fiase la guarda de los Pirineos, según »antigua costumbre, no condescendió á la petición, y dejó allí á »Geroncio con tropas de bárbaros del Norte, lo que dentro de »poco dió motivo á la pérdida de España». Más adelante dice: «Los soldados que dejó Constante para guardar los Pirineos se »aprovecharon de las turbulencias del tiempo para inquietar á los »españoles y talar sus haciendas; y como eran parientes de los »suevos, vándalos y alanos, que deseaban salir de Francia por la »guerra que les movieron los francos y los borgoñones, les abrie»ron la puerta de nuestra Península y se juntaron con ellos para »la ruina de España». *(Historia crítica de España*, t. x, págs. 4 y 5.)

Esta opinión del P. Masdeu ha sido adoptada por otros historiadores; pero ni el número ni la autoridad de los que la siguen son suficientes para dar solidez á lo que carece de todo fundamento. No me extraña que opinen de esta manera muchos auto-

res, porque son muchos los que escriben sin criterio propio, y así copian cuanto ven, sin reparar en la pureza de las fuentes. Pero me parece muy extraño que el P. Masdeu, el más furibundo crítico que pueda tomar la pluma para escribir historias, tenga la candidez de dar por razón de la pérdida de España el que los Pirineos estuviesen guardados por extranjeros y no por españoles. Lo más notable del caso es que pocas líneas antes de señalar un hecho tan poco importante como causa de importantísimas consecuencias, esgrime justísimamente su terrible crítica contra Montesquieu y otros, que, al indicar las causas de la caída del Imperio Romano, anduvieron tan desatinados como él al indicar las de la pérdida de España.

¿Se puede admitir en sana crítica que por no guardar los españoles las gargantas del Pirineo entraran en la Península las primeras hordas de los bárbaros? Para admitir esto es necesario suponer que no hubieran podido forzar ninguno de los pasos, y que no tenían otros medios para venir á España. Lo primero aún podía concederse de gracia, aunque es difícil creer que un pueblo de la naturaleza de los vándalos, alanos y suevos, impulsado casi por la necesidad, no hubiera podido forzar ninguna de las entradas defendidas por muy poca gente, pues los habitantes del centro y mediodía se habían de preocupar muy poco de un peligro que miraban bastante remoto para ellos. Pero aun supuesto que todos los españoles acudieran al peligro común, y defendieran heroicamente las gargantas pirenaicas, ¿no les quedaba á los bárbaros otro camino para entrar? Me parece que á hombres acostumbrados á pasar y repasar el Danubio y otros caudalosos ríos del Norte de Europa, no les faltaría ánimo para costear unas cuantas leguas en el golfo de León ó de Gascuña. Y los que hallaron poco después barcos para pasar á África desde España é Italia, también los hubieran encontrado para pasar desde Francia á España. Es más: á cualquiera se le ocurre que tanto los emperadores de Roma como los pueblos de Italia y Francia, les hubieran proporcionado, no solamente barcos, sino también marineros y cuanto hubieran necesitado, con tal de verse libres de ellos.

¿Á qué viene, pues, el lamentarse de que los Pirineos no estuvieran guardados? Esto pudo ser causa de que la invasión se hiciese por aquel punto ó de que se adelantase algunos días, pero no de que se verificase; porque si es cierto que los españo-

les estaban temerosos de que vinieran los bárbaros, y que deseaban guardar los pasos del Pirineo, y que las guarniciones allí puestas se volvían contra ellos, ¿cómo es que no se alzaron en armas y acudieron á cubrir aquellos pasos por donde temían que entrase el enemigo? Ciertamente que los españoles de entonces, además del terror que les inspiraban los bárbaros y de otras muchas razones que pudieran tener para ello, debían comprender mejor que nuestros historiadores que era inútil defender un paso cuando quedaban abiertos otros muchos.

Los anglos, los sajones, los normandos y los escandinavos, que durante la Edad Media dieron tanto que hacer en Europa, no estaban seguramente más civilizados que los vándalos y los alanos, y sin embargo se embarcaban todos los años en sus flotillas, y caían como aves de rapiña sobre los pueblos desprevenidos. No les hubiera sido muy difícil á sus hermanos hacer dos ó tres siglos antes lo que ellos hicieron después. Es, por consiguiente, ridículo suponer que el abandono de los Pirineos fué causa de la invasión de los bárbaros en España.

Si se ha de señalar alguna causa, que alguna hubo de haber indudablemente que motivara la entrada de los bárbaros en España, á mi entender pueden señalarse dos, que, si no son las principales y casi las únicas, no sé qué otras puedan existir. La primera es el deseo que tendrían los emperadores romanos y los pueblos de Italia y Francia de quitarse de encima tan molestos huéspedes, y es creíble que para lograrlo les indicasen más ó menos directamente que pasasen á España. La segunda es que los bárbaros no encontrasen ya bastantes despojos en los países de allende el Pirineo, y buscasen campos no talados todavía, donde pudieran saciar su codicia.

Si se quiere todavía otra razón, no tenemos más que considerar que los bárbaros eran un pueblo salvaje, y como tal tenían todas las inclinaciones que son comunes á todos los pueblos que se hallan en semejante estado social. Por consiguiente, es necesario que reconozcamos en ellos, como consecuencia de su estado, mucho amor á la rapacidad y grande aborrecimiento á las moradas fijas. Así los vemos andar robando y saqueando por la Europa meridional, sin fijar su residencia en ninguna parte, aunque atravesaban comarcas deliciosas, en que con toda seguridad y comodidad pudieran establecerse, porque al hacerlo, no sólo no los hubieran molestado los romanos, sino que

antes bien se lo hubieran agradecido. Pero su pueril inconstancia no se lo permitía, y buscando nuevas tierras que talar, llegaron á España.

Se dirá que los suevos, vándalos y alanos, y principalmente los godos, han sido calificados por la historia, no como salvajes, sino como bárbaros, que tenían algunas nociones de civilización; que algunos habían recibido ya el cristianismo; que tenían una organización y leyes, si no escritas, á lo menos conservadas por la tradición. Todo esto es verdad; pero el que la historia haya llamado bárbaros, y no salvajes, á los pueblos que invadieron la Europa al finalizar la edad antigua, sólo quiere decir que los historiadores modernos han copiado á los antiguos, los cuales llamaban bárbaros á todos los que no eran griegos ó romanos; así es que bajo la misma denominación comprenden á los germanos y á los egipcios, á pesar de la inmensa distancia que separaba á los unos de los otros.

De civilización no alcanzo á comprender qué nociones tenían. Carecían de poblaciones, carecían de industria, carecían de comercio, carecían de vías de comunicación, carecían, en una palabra, de todas aquellas comodidades de que disfrutamos los que tenemos el nombre de civilizados. ¿Cuáles eran, pues, las nociones de civilización de los pueblos bárbaros? Es verdad que los godos habían sido iniciados en el Cristianismo; pero ¿en qué Cristianismo? Habían sido imbuidos en las falsas doctrinas de Arrio, y, por consiguiente, se había empeorado su condición, pues es bien conocido el furor fanático de todos los sectarios, y en particular el de los arrianos, que tantos estragos causaron en la sociedad. Si queremos abrir los ojos, claramente veremos que cuantos pueblos han abandonado las luminosas verdades del Catolicismo, han ido poco á poco resbalando hacia la barbarie. No se ponga en contra el ejemplo de Inglaterra, Alemania y otros países, porque este es un argumento tan especioso como falso. Si esas naciones, no solamente no han retrocedido, sino que han progresado en el camino de la civilización, no se debe ciertamente á que abandonaron el Catolicismo, sino á lo que de él conservaron. Además, ¿acaso esas naciones están, en su totalidad, fuera de la Iglesia católica? Porque un Estado sea cismático ó hereje, ¿por eso lo son todos los súbditos? ¿Y quién dice que en esas naciones, cuya cultura es justamente ponderada, se deban los progresos á los elementos heréticos y no á los católicos? ¿Acaso no

hay Universidades católicas, cuyas enseñanzas están á la altura de cualesquiera otras? Por exceso de buena fe, por demasiada candidez, ó tal vez por algo de malicia, pretenden algunos que sólo hay católicos entre nosotros, y que esos sabios, cuyos nombres oímos citar á cada paso, ó no han tenido religión, ó ciertamente no han profesado la católica. Error grosero, que no puede caber sino en quien no conozca ni los principios ni la historia del Catolicismo. Pero volviendo á nuestro asunto, digo que el estar imbuidos los godos en el arrianismo, no fué ciertamente una ventaja, sino un inconveniente muy grande para España, porque tal religión no los hizo más cultos, sino más fieros; y si alguna cultura tenían cuando llegaron á España, no se debió al arrianismo, sino al trato que habían tenido con italianos y galos. Trato que, sin embargo, no les hizo abrazar costumbres sedentarias ni hábitos pacíficos.

Que los pueblos germanos tuvieran alguna organización y algunas leyes, ni es para maravillar, ni arguye cosa alguna en favor de su civilización. Pues no hay pueblo salvaje, por degradado que se le suponga, que no se encuentre en el mismo caso. Esa razón sería buena cuando fueran un hecho el *pacto social* y el *darwinismo*.

Los germanos, pues, eran naciones salvajes, que vivían, divididas en tribus, con los productos de la caza y de la guerra; ocupaban extensos territorios, sin tener moradas fijas, ni poblaciones, ni conocían la industria, ni el comercio: con estos hábitos bajaron á la Europa meridional, estuvieron algunos años sirviendo á sueldo en la guerra contra sus mismos hermanos, y devastando las Galias y la Italia cuando les faltaba este sueldo. Cansados de talar aquellos países, ó no encontrando ya en ellos bastante pábulo para sus depredaciones, buscaron en España un campo que para ellos estaba todavía sin explorar, agregándose á esto lo que indiqué al principio; es á saber: que los incitarían los habitantes de las Galias y de Italia, y los mismos emperadores, para librarse de ellos, pues por lo menos con los godos es cierto que así lo hicieron.

Lo que llevo dicho explica la naturaleza de la invasión. Sería un error suponer que los vándalos, suevos y alanos vinieron á conquistar la España para dominarla. Nada de eso: vinieron, ni más ni menos que á hacer correrías, á robar y saquear, talar y matar, para atender á las necesidades de su subsistencia, acaso

para adquirir entre los suyos timbres de gloria, al mismo tiempo que bienes de fortuna, y tal vez para satisfacer el odio de raza. Asegurar que traían intención de establecerse en España, lo tengo por muy aventurado. Creo que ni ellos mismos lo sabían, y es lo probable que su único pensamiento fuera el de enriquecerse, para volver después á sus bosques nativos cargados de despojos. Prueba de ello es la facilidad con que marchaban de una parte á otra, abandonando hoy el país que habían ocupado ayer, no fijándose en ninguno definitivamente, no escogiendo alguno que les sirviera de centro de operaciones, no ocupando alguna ciudad que les sirviera de plaza de armas ó de almacenes, llevándolo todo consigo. Todas estas cosas, síntomas evidentes de su barbarie, demuestran que ni sabían lo que iban á hacer, ni tenían la menor idea de lo que era una conquista. Como verdaderos salvajes, no tenían previsión alguna; hacían una correría robando y saqueando, y se retiraban á cualquier parte á disfrutar en la embriaguez y el juego del fruto de sus hazañas.

El segundo punto, ó sea cómo conquistaron los bárbaros la Península, abraza dos partes: la primera es lo que hicieron para conquistarla; y la segunda, por qué los españoles se dejaron avasallar sin resistencia. Las costumbres de los bárbaros, tal como las llevamos descritas, nos explican el modo que tuvieron de conquistar la Península, si conquista puede llamarse lo que hicieron. Forzado el paso de los Pirineos, cayeron sobre la España desprevenida aquellas furiosas hordas, llevando la desolación y el espanto á todas partes. No tardaron mucho en recorrerla en todas direcciones, sin fijarse en parte alguna, porque, como llevo dicho, no les había ocurrido el pensamiento de fijar aquí sus moradas. Si los suevos llegaron á establecerse definitivamente, formando un reino, no fué ciertamente por vía de conquista, porque no puede llamarse conquista ocupar un país que nadie defiende. Dícese que se apoderaron de Galicia, y en ella se establecieron. No es verdad. Cayeron, sí, sobre Galicia, y en ella establecieron, no un reino, sino una guarida de ladrones, un nido de águilas, desde el cual salían á sus depredaciones, y volvían á comerse la presa que habían recogido. Supongo que nadie osará decir que esto es conquistar un país ni fundar un reino. De este modo vivieron, á pesar de haberse convertido al Catolicismo, hasta que, avasallados por los godos, unos perecieron en la lucha, y los restantes, ó se incorporarón á los godos, ó se fundieron con los antiguos

habitantes. Cuando fueron conquistados, es de creer que su número había venido muy á menos, tanto por las guerras intestinas y por las que sostuvieron con los godos, cuanto por los vicios que lleva consigo la clase de vida á que se entregaban; pues retirándose después de sus correrías á disfrutar del fruto de sus rapiñas, mientras les durase habían de vivir en el ocio, en el juego, en la crápula, en la embriaguez y en todos los demás vicios.

Los vándalos y los alanos apenas hicieron asiento en España. Los godos merecen especial mención, porque su entrada en España tuvo carácter distinto de la de los otros pueblos, y encontrándose, como queda dicho, algo más civilizados, no obraron de la misma manera. Los escritores españoles de fines de la edad antigua y principio de la media, al hablar de los pueblos bárbaros, lo hacen de los godos de muy distinta manera que de los otros. Las razones que á ello les movieron deben ser: primero, que escribían bajo su imperio, y es muy difícil hablar mal del que manda cuando éste tiene en su mano el imponer silencio; segundo, que fueron los godos los únicos que lograron establecer un imperio duradero, lo cual previene en su favor; y tercero, que no entraron con las mismas condiciones que los otros. Los otros pueblos entraron como enemigos, tratando á los españoles como á enemigos; pero los godos entraron como señores; pues el emperador Honorio les había cedido su dominio, y trataron como siervos á los españoles, que ya estaban acostumbrados al ominoso yugo de los romanos. Al mismo tiempo, como llevaban muchos años en Italia tratando con los romanos en clase de aliados, habían adquirido algo de cultura; conocían lo que era un Estado, y tenían algunas nociones de gobierno y administración, por lo cual no necesitaban acudir á los latrocinios de los vándalos y los suevos, aunque al apoderarse del país es natural que despojasen á muchos poseedores para formar sus dominios, y que impusiesen fuertes tributos para atender á sus gastos y para enriquecerse.

¿Qué causas pudo haber para que los españoles les permitiesen apoderarse con tanta facilidad de su territorio?

Se dirá que los bárbaros cayeron sobre el Imperio romano como una terrible inundación, que cogieron desprevenidos á los pueblos; que éstos, aterrados por los estragos que causaban los invasores, no tuvieron ánimo para hacer resistencia. Todo

esto será muy poético, será muy bueno para un discurso en que se busque producir sensación en el ánimo de los oyentes; pero es inadmisible á los ojos de la Historia, por dos razones. La primera, porque las invasiones de los pueblos germánicos en los dominios de Roma eran muy antiguas, y se repetían con frecuencia; por consiguiente, no les cogería de improviso la última, que dió al traste con el Imperio, y empezó siendo una invasión como las que reprimieron Mario, César, Germánico y otros generales romanos; sólo que ahora no había quien se opusiese, y los bárbaros se internaron más, é incitados por la presa, vinieron unos pueblos detrás de otros. Cuando el torrente de los bárbaros llegó á España, llevaba muchos años corriendo por el Imperio, y de sobra se sabía lo que era; por consiguiente, no fué una sorpresa para los españoles. La segunda razón merece ser explicada con más detención. Cuando España estaba dividida en muchas nacionalidades, y, según cuentan, su civilización dejaba mucho que desear, pudo resistir doscientos años á las formidables legiones del pueblo-rey, derrotándolas muchas veces, y haciendo vacilar el poderío de Roma. Casi en nuestros días, el gran conquistador de la edad moderna, seguido de ejércitos numerosos, bien disciplinados y fascinados por el prestigio de su nombre, se estrelló contra las murallas de nuestras ciudades, fué derrotado en los campos de batalla por ejércitos bisoños; y los que habían inspirado terror y dado la ley á naciones poderosas, se vieron en España incesantemente acosados por bandas de héroes, casi sin armas, que no los dejaron descansar un solo instante, hasta que los vieron fuera de la Península. Si estos dos hechos parecen poco, recordemos que sólo el pueblo español ha sido capaz de sostener una lucha de ocho siglos para recobrar su independencia. Y, ¿es creíble que los que han dejado tales recuerdos en la historia, no tuvieran ánimo para alzar el grito de independencia, ni para empuñar las armas en defensa de sus hogares, al verse acometidos por pueblos salvajes?

Se dirá que, cansados los españoles de la tiranía de los romanos, no tuvieron dificultad en someterse á los bárbaros, y aun los miraron como sus redentores. Esta es una razón, como si dijéramos, para salir del paso; pues, ¿cómo era posible que los españoles mirasen como redentores á los que talaban sus campos, robaban sus ganados, incendiaban sus ciudades y pasaban á cuchillo á los habitantes?

Otras causas más poderosas debió haber, y esas son las que me propongo investigar. Creo que tratar de averiguar por qué se dejaron avasallar los españoles por los bárbaros, sin estudiar la situación en que se encontraba España bajo la dominación de los romanos, es caminar á ciegas por un terreno sembrado de tropiezos. Creo también que este es uno de esos problemas históricos cuya solución no puede darse sin tener á la vista muchos datos. Voy, pues, á describir ligeramente la situación de España en los últimos tiempos del Imperio romano, y esto me suministrará todos los datos necesarios para contestar á la pregunta que hice.

Las causas que contribuyeron á que los españoles no hicieran resistencia á los bárbaros que invadieron la Península, pueden reducirse á tres: la naturaleza de la invasión, la debilidad del gobierno y el sistema de centralización propio de la política romana.

Respecto á la primera, ya queda dicho lo suficiente. Los bárbaros vinieron á España, no como conquistadores, sino como merodeadores unos, y otros como propietarios, puesto que venían á tomar posesión de ella, en virtud de contratos celebrados con los mismos emperadores, y el oponerse á ellos hubiera sido oponerse á la suprema autoridad del Imperio. Los españoles, pues, no tuvieron otro recurso que someterse á los estragos de la invasión, mal que les pesara.

La segunda causa es la debilidad del gobierno imperial. Los dominios romanos habían llegado á tener tal extensión y estaban formados de elementos tan heterogéneos, que se necesitaba una inteligencia superior y un brazo de hierro para poder gobernarlos; y como los hombres de tales condiciones son seres excepcionales, que sólo aparecen raras veces, sucedió entonces lo que no podia menos de suceder; que á un emperador capaz y enérgico sucedía una serie de ellos incapaces de comprender el gobierno del Estado, y sin fuerza para tener á raya á los enemigos, tanto exteriores como interiores. Esta clase de gobernantes, en tiempos normales, ni dan ni quitan á las naciones, sino que las dejan ir marchando al impulso que les imprimieron otros mejores que ellos. Pero cuando los pueblos atraviesan situaciones críticas, sólo sirven para hacerlas correr más precipitadamente á su ruina, y esto es lo que aconteció en Roma con los sucesores del gran Teodosio. Débiles de alma y

de cuerpo, dieron en lo que no podían menos de dar: en suspicaces y tiranuelos.

Para demostrar lo primero no se necesita mucho esfuerzo, pues todo hombre de pocos alcances y débil es celoso de su autoridad, y sospecha de que traten de quitársela. Siendo, pues, tales los emperadores, tales tuvieron que ser los ministros y generales que los rodeaban, porque cada cual se rodea de quien se le parece, por lo cual su gobierno tuvo que ser un gobierno de celos, de envidias, de intrigas, de suspicacia. Prueba es de ello que no se viera sobresalir ningún hombre durante muchos años, habiendo ocasiones á propósito para producirlos. Si con tal sistema de gobierno se hubiera preparado una provincia para su defensa, se hubiera creído ver en ella un conato de independencia, ó la usurpación del Imperio por el que la gobernaba. Esta es la explicación de por qué Constante no permitió á los españoles armarse contra los bárbaros.

Que los últimos emperadores fueron tiranuelos de las provincias, no cabe duda; pues, no pudiendo dominar á los de fuera, se ensañaban con los de casa. Si no hubiera sido por el Cristianismo, el Imperio romano hubiera venido á parar en lo que fueron los antiguos imperios de Asia y en lo que son hoy los imperios musulmanes. Pero si el Cristianismo pudo evitar en gran parte la tiranía de los emperadores, no pudo evitar que se echaran en brazos de ministros ineptos, los cuales, atentos únicamente á medrar, sacrificaban impunemente las provincias.

En tiempos tan revueltos, y teniendo que sostener guerras tan numerosas y prolongadas, necesitaban exigir de los pueblos grandes sacrificios, con lo cual se los exasperaba y empobrecía. Agréguese á esto la impunidad de los gobernantes, cosa que debía suceder naturalmente, pues reinando en la corte el favoritismo, era consecuencia legítima que cada favorito tuviese á su vez una corte de servidores y aduladores, á los cuales repartiese los empleos lucrativos, y ellos, para pagar á sus bienchechores y para sostener después en Roma excesivo lujo, tanto más excesivo cuanto más pobre era el Imperio, necesitaban cometer en las provincias toda clase de exacciones. Así es que los pueblos se encontraban descontentos del gobierno supremo, que ni sabía ni podía defenderlos; disgustados de los gobernadores y de toda clase de empleados, que los vejaban sin piedad y los empobrecían sin resultado para ellos; y, por último, cansados de la mala administración.

La tercera causa para que los españoles no defendieran su independencia fué la centralización. Demasiado se comprende que un Imperio tan vasto como el romano necesitaba para su buen gobierno estar sometido á un sistema centralizador; pero este sistema, como cualquier otro, tiene sus ventajas y sus inconvenientes, y para ocasiones como las que voy describiendo, los inconvenientes sobrepujaron mucho á las ventajas. Un gobierno centralizador acumula toda la vida de la nación en un solo punto, y para eso tiene que robársela á las provincias. Así sucedió en el Imperio romano, en el que toda la vida residía en la corte; de allí salían todos los empleados; allí se alistaban los ejércitos; allí se nombraban los emperadores. Las provincias arrastraban una vida pasiva, reducidas á pagar los impuestos, sin tomar parte alguna en el gobierno.

Para la defensa del Imperio se necesitaba un ejército numeroso. Si los soldados de este ejército se hubieran reclutado en las provincias, aunque hubiera sido para ellas un gravamen, porque lo es gravísimo la contribución de sangre, por lo menos aquellos soldados, volviendo al seno de la familia, se hubieran considerado como individuos del gobierno, porque habían tomado una parte activa en la defensa de la patria. Pero en el Imperio romano el ejército se reclutaba en Roma y en Italia, y era una profesión el servicio militar, sin que el soldado tuviese más patria que el campamento; y cuando la legión se disolvía, sus individuos, ó iban á formar una colonia, ó pasaban á Roma á engrosar la turba de los esportularios. Cuando Roma y sus colonias no tuvieron suficientes hombres para formar el ejército, en vez de reclutarle en las provincias, se tomó á sueldo de los mismos bárbaros sus enemigos, con lo cual enseñaron á éstos á despreciar á los súbditos del Imperio y conocer la debilidad de éste. De donde resultaba que en las provincias no había hábito de empuñar las armas. Este sistema de servicio militar es muy propio de un gobierno centralizador, pues con él logra que el ejército no tenga más patria que el jefe del Estado, que paga, y se libra al mismo tiempo del miedo que pudiera infundirle la inclinación de alguna provincia á las armas.

Otro efecto de la centralización es la pérdida de la nacionalidad. Cuando los romanos sometían una nación á su Imperio, y le daban el título de provincia, no se ha de entender esta palabra en la misma acepción que le damos ahora. Con este título

daban á entender un territorio que había sido sometido por la fuerza de las armas, que había perdido todos sus derechos, y, por consiguiente, que no se consideraba como parte de la nación, sino de la misma manera que en la sociedad doméstica se consideraban los esclavos con relación á los demás individuos de la familia; es decir, como un ser que no se pertenece á sí mismo, y que ni aun puede percibir del fruto de su trabajo sino cuando el señor le concede. Por consiguiente, así como el esclavo perdía su individualidad, siendo considerado, no como persona, sino como cosa, así sucedia á las naciones, que, al ser agregadas al Imperio, perdían su nacionalidad; y cuando á alguno de sus individuos, ó á todos los de una población, se les concedía el título de ciudadanos, no era de su patria, sino de Roma, que es la única que se consideraba como nación. Consecuencia de este sistema era que los gobernadores fuesen romanos; los jefes militares, romanos; los que administraban justicia, romanos; la lengua oficial, romana; el culto oficial, romano; los sacerdotes de este culto, romanos; los recaudadores de contribuciones, romanos; los explotadores de todas las industrias, romanos; y romanos eran hasta los usureros, que esquilmaban el país, sacando de él lo que dejaba el Estado.

Sujeta España á este régimen por espacio de seiscientos años, tuvo necesariamente que perder su nacionalidad. Así es que al invadir los bárbaros la Península, se encontraron como un esclavo á quien abandona ó vende su señor, y no teniendo el hábito de empuñar las armas, ni jefes que se pusieran al frente del movimiento nacional, hubo de recibir pacíficamete á los invasores, sufriendo con resignación cuantas vejaciones quisieron hacer con ella.

Réstame tratar del tercer punto que me he propuesto, que es sin disputa el más controvertido entre los críticos, y por consiguiente el que más merece ser estudiado con detenimiento.

Varias son las opiniones que acerca de él hay entre nuestros historiadores. En vez de referirlas todas tomándolas de diferentes autores, citaré únicamente las palabras del P. Masdeu, que las ha recopilado en los siguientes términos:

«Como algunos modernos han atribuido la pérdida de España al rey Witiza por su desobediencia á la Santa Sede, así otros muchos, con igual desacierto, han buscado la causa de esta desgracia en los famosos amores de D. Rodrigo con la hija del Conde Don

Julián. Lo primero se inventó en siglos de superstición para sujetar á Roma todos los dominios temporales de los reyes contra la sentencia dada por el mismo Jesucristo: *que su reino no era de este mundo;* y lo segundo es una novela ridícula, formada en los tiempos de los romances, cuando las historias estaban arrinconadas y se prefería á las verdades más serias cualquier fábula de amores.»

Hay que perdonar al buen P. Masdeu la destemplanza de sus palabras, haciéndonos cargo de la situación en que escribía, pues, por sabio y prudente que sea un hombre, cuando él y los suyos se ven sometidos á pruebas tan rudas, es difícil que conserven la templanza y serenidad de ánimo que son necesarias al historiador. Y que el P. Masdeu no las tenía, no es necesario demostrarlo, pues basta leer sus palabras. En ellas hay que distinguir dos cosas: las ideas y la expresión.

Las ideas no son ni más ni menos que las que difundían en toda Europa los volterianos de su tiempo, y que pueden formularse de esta manera: *odio á la Santa Sede, y para fomentarlo propalar todo cuanto pueda denigrarla; hacerla aparecer como enemiga de las potestades de la tierra, y colmar de elogios á todos cuantos de una manera ó de otra la combatieron.* No fué ciertamente el P. Masdeu el único que se dejó arrastrar por esta corriente entre los escritores eclesiásticos de aquella época. Hubo varios que inconscientemente tropezaron en el mismo escollo, los unos porque se habían alucinado con la filosofía de Descartes, y los otros porque temblaban de miedo al leer las suaves amonestaciones del *pàternal gobierno de Carlos III.* En el P. Masdeu no influyó ciertamente esta segunda causa, sino la primera; y á ella se deben los interminables elogios que hace del pueblo godo, no teniendo en cuenta que aquellos golillas y ministros, de quienes *el buen Carlos III era pupilo*, tenían á mucha honra llamarse descendientes de Ataulfo y Alarico.

En cuanto á la destemplanza de sus palabras, no debe extrañarnos, teniendo en cuenta la rudeza de su carácter, que no le permitía expresar sus sentimientos sino tal como se encontraban en su alma. Por otra parte, su situación no era la más á propósito para que su pluma encontrara expresiones delicadas, y menos para que procurase averiguar si eran ó no ciertas las culpas que los escritores de su época echaban en cara á los que él consideraba como autores de su desgracia. Pero esto no hace

al caso, y así lo dejo para tratar de lo que interesa, es decir, si lo que él niega haber sido causa de la ruina del Imperio godo, pudo ó no serlo.

La historia de Witiza está envuelta en el misterio, y aunque no se le pueda defender del crimen de mal cristiano, es muy posible que su fama haya sido algún tanto denigrada por los historiadores, á causa del mal servicio que sus hijos hicieron á España. Pero, después de todo, siempre resulta que fué mal rey y mal cristiano, y que en su tiempo las costumbres se relajaron muchísimo; y si el P. Masdeu cree que esto no es motivo suficiente para que Dios castigue á las naciones, habremos de negar la Providencia y la Escritura. Respecto al crimen de D. Rodrigo, es mucho lo que se puede decir; pero yo me contentaré con hacer presente que, si los que vivieron doscientos años después se equivocaron, ¿qué probabilidades de acierto tendrán los que escriben á mil años de distancia? No diré yo que el crimen de D. Rodrigo ó los de Witiza fueran causas únicas de la pérdida de España. Creo que otras mayores culpas deberían cometer los españoles, pero eso no quita que existieran éstas, y las unas con las otras trajeran sobre España el terrible azote de los árabes. Añadiré que si la falta de D. Rodrigo es pequeña causa de mal tan grande, téngase presente que esa falta no fué sino la chispa que produjo el incendio, y que en la historia del mundo vemos con frecuencia acontecimientos extraordinarios nacidos de causas muy pequeñas.

Pasando el P. Masdeu á señalar los verdaderos motivos de la irrupción de los árabes en España, dice en el tomo XII, página 8:

«Sin ir á buscar razones fabulosas y vanas de la pérdida de España, las tenemos verdaderas y muy verosímiles en nuestros historiadores antiguos, únicos fiadores autorizados de los acontecimientos de aquellos tiempos. La ambición de reinar, enfermedad de todas las naciones y de todos los siglos, se apoderó muy en particular de la gente goda, cuyos príncipes por este motivo estuvieron muchas veces sujetos á muertes muy desgraciadas, como se ha visto en el discurso de la historia. Esta pasión, que produce los efectos más lastimosos, encendió el corazón de D. Rodrigo tan vivamente, que con todo el amor que tenían los pueblos á Witiza, logró, sin embargo, un partido de gentes muy poderosas, que en vida del legítimo soberano lo re-

conocieron por rey. El primer efecto de tan grande novedad debía ser una guerra civil entre las dos facciones, la que inició sin duda Isidoro de Beja cuando insinuó las matanzas de los émulos y los furiosos combates intestinos. Á los árabes, que ya tenían puesta la mira sobre España, y alguna otra vez habían tentado la suerte, no podía presentarse mejor ocasión, y mucho más si los parientes y partidarios de Witiza los llamaron en su ayuda, convidándolos con ofertas y promesas, aunque esta circunstancia no debe darse por cierta, por ser sobrado notable y muy digna de ser referida, y no hallarse, sin embargo, expresada en nuestras historias hasta la edad de Sebastián de Salamanca y del Monje de Albelda, que llegaron á los últimos años del siglo IX, pues el autor de la *Cronología Moissiacense de los reyes godos,* que refiere lo mismo, es extranjero y de época incierta. Mucho más todavía debe dudarse de lo que aseguran nuestros historiadores modernos, que, viviendo entonces dos hijos del rey Chindasvinto (otros dicen de Recesvinto), el uno llamado Theodofredo, padre del rey D. Rodrigo, y el otro Favila, padre del rey D. Pelayo, Witiza, para que no le hiciesen mala obra, sacó los ojos al primero y dió la muerte al segundo con un bastón, y desterró también á Pelayo de la ciudad de Toledo; maldades (añaden) de que luego pagó la pena, pues él, por orden de Don Rodrigo, fué cegado como Theodofredo, y sus hijos Sisebuto y Ebas (que otros llaman Expulión Farmario) desterrados como Pelayo. Estas noticias, que no tienen más autoridad que, ó la del Monje de Silos de los últimos años del siglo XI, ó la del Monje de Albelda, que escribió cerca de doscientos años después de los hechos de que trata, es aún más difícil que puedan subsistir, en la suposición de que Pelayo subiese al trono (como diré más abajo) unos cuarenta años más tarde de lo que dicen nuestras historias modernas.»

Resulta, pues, de la narración del P. Masdeu, que Witiza fué un gran rey, á quien han calumniado nuestros historiadores; que los pueblos le tenían un grande amor, lo cual no podía menos de suceder siendo desafecto á la Santa Sede; que son falsos todos los delitos que se atribuyen á Witiza; que sus hijos y partidarios no trataron con los árabes para traerlos á España; y, prescindiendo de otras cosas, que la única causa de la pérdida de España fué la guerra civil entre los partidarios de Witiza y Don Rodrigo. Pero oigamos á él mismo. «Lo cierto es, dice, que Es-

paña estaba revuelta, y dividida la nación entre dos reyes, uno contrario al otro, y que los árabes, acostumbrados á conquistas, viendo tan bella oportunidad, quisieron disfrutarla, porque consideraron que una de las dos facciones les sería favorable para poder dar contra la otra; y que, vencida ésta, más fácilmente podrían revolverse contra la primera y apoderarse de todo el reino.»

El P. Masdeu no estudió ciertamente este punto de nuestra historia, y puesto á escribir sobre él dominado por su antipatía á la Santa Sede, por el desprecio hacia nuestras antiguas historias y crónicas, que la vanidosa y superficial crítica de entonces trataba de poner en ridículo, dijo lo primero que se le ocurrió, señalando como causa lo que no pudo serlo, puesto que si entre Witiza y D. Rodrigo hubo guerra por la corona de España, se había terminado ya cuando entraron los árabes, encontrándose D. Rodrigo pacífico poseedor del trono.

Por mi parte, creo cuanto dicen nuestros cronicones sobre los últimos tiempos del reino godo; creo que sus autores no dijeron muchas cosas, ó porque no se dieron cuenta de ellas, ó porque no les convino decirlas; creo que la relajación de costumbres debía ser muy general en todas las clases sociales; creo que los godos estaban divididos entre sí, como no podía menos de suceder siendo electiva la corona, y creo, por último, que todas estas cosas pudieron ser causas de la ruina de España, pero no únicas cada una de por sí, sino todas reunidas, y que hubo otras muy graves.

Como el objeto que me he propuesto en este artículo es únicamente investigar las causas que produjeron la ruina de los godos y la conquista de España por los árabes, dejo á los historiadores de esta nación y á los más sesudos de España en nuestros tiempos, el cargo de defender á nuestros cronicones, que, dicho sea de paso, están escritos con tal candor é ingenuidad, que es necesario no haberlos leído para acusarlos de falsedad.

Cuando los godos entraron en España, es de suponer que no traerían consigo muchas riquezas: traerían probablemente algún dinero, algunas alhajas y algún ganado, resto de sus depredaciones al otro lado de los Pirineos. Todo ello bien poca cosa para mantenerse un pueblo numeroso que no cultiva la tierra ni se dedica á la industria ó al comercio. Mas aun cuando trajeran mucho, nadie habrá tan cándido que se atreva á creer que un

conquistador, por ilustrado que sea, se propone hacer felices á los pueblos que sujeta. Véase, pues, si los godos tratarían de favorecer á los españoles, y más viniendo pobres, como es de suponer. Necesitaron, por consiguiente, imponer fuertes tributos para sostenerse; y caso de que no los impusieran, los tomarían sin imponerlos; tomando igualmente de los rebaños y frutos de la tierra para su mantenimiento, telas para sus vestidos y armas y caballos para las continuas guerras que tuvieron que sostener contra vándalos, suevos, hunos, francos é imperiales. Después no se contentarían con esto; pues, habiéndose establecido definitivamente, necesitaron casas para vivir, y es bien seguro que no compraron solares para edificarlas, sino que tomaron las mejores que encontraron edificadas, desposeyendo de ellas á sus antiguos dueños, ó degollándolos para no tener descontentos. Para tener rentas seguras y terrenos donde descansar y recrearse en los escasos momentos de paz que les dejaba la guerra, procurarían tener tierras, que sin escrúpulo ninguno quitarían á los propietarios. Y como nadie les iba á la mano en estas cosas, se despacharían á su gusto, tanto más, cuanto que en España había mucho en que cebar su codicia, y que los vándalos, alanos y suevos habían abierto el camino. ¿Qué hacían los romanos cuando sometían una región á provincia romana? ¿Qué hacían los españoles cuando arrancaban á los moros algún territorio? Repartirse buenamente las casas y las tierras sin escrúpulo alguno de desposeer á los dueños, porque el vencedor se cree siempre dueño de los bienes y la vida del vencido; y si algo de ello le deja, aunque sea para más explotarle, cree que le presta un favor muy grande. Así, pues, al entrar los godos en España, se creyeron dueños de su territorio, y tomarían lo que les viniera en voluntad.

Consecuencia de esto debió ser el hacerse inmensamente ricos en posesiones y adquirir hábitos de despotismo, pues á los hispano-romanos, antiguos poseedores del terreno que ellos tomaron en propiedad, debieron mirarlos como siervos, y es seguro que como á tales les tratarían, por lo menos en los primeros tiempos, hasta que fueran adquiriendo hábitos más humanos.

Por lo que hace á sus personas, debían ser una raza fuerte; y mientras duraron las guerras, la vida del campamento, el estruendo de las batallas, las emociones de las campañas los ten-

drían ocupados y distraídos, con lo cual conservarían el vigor del cuerpo y el valor del alma. Así se mantendrían en cierta rudeza de costumbres y relativa moralidad. Pero cuando, sometidos los suevos y expulsados los imperiales, no les quedaron enemigos domésticos que los mantuvieran en continua alarma, quedando dueños absolutos de la Península y en posesión de inmensas riquezas, debieron degenerar rápidamente. Ellos no cultivaban las ciencias, y tal vez ni aun sabrían la lengua del país la mayor parte; no se dedicaban al comercio, ni á las artes, ni á la industria; no tenían necesidad de cultivar la tierra. ¿Qué habían de hacer? Ajenos casi por completo á toda instruccion, pasarían la vida en el ocio y caerían necesariamente en el lujo, en la molicie, en la afeminación y en todos los vicios que trae la ociosidad consigo; y como consecuencia natural vino la degeneración de la raza.

No sé si alguno creerá una blasfemia histórica lo que digo de la falta de instrucción de los godos; á mí me parece una cosa muy natural. Cuando vinieron á España, nadie negará que eran ignorantes, y por largo tiempo sólo pensaron en guerras ó conquistas, ocupación no muy propia para instruirse en las ciencias. Por otra parte, la lengua culta era la latina, y ésta, á mi entender, era desconocida de la inmensa mayoría de los godos, que hubieran tenido á menos el aprenderla; por consiguiente, no estaban en condiciones favorables para dedicarse al estudio: y prueba de ello es que cuando se convirtieron al catolicismo, sus Obispos estaban en punto á ilustración muy por bajo de los españoles, como lo prueba el que hasta los tiempos de Witiza vemos á los Prelados de raza española ocupar las primeras sillas; pues aunque San Ildefonso parece por el nombre de raza goda, los nombres de sus padres, Estéban y Lucia, dan á entender bien claro que no lo era.

Las guerras con los extraños en los primeros tiempos de su imperio, y despues las civiles, consecuencia natural de ser electiva la corona, y además de esto la afeminación y los vicios, no pudieron menos de producir en los godos lo que han producido siempre en todos los pueblos, empobrecimiento de razas y diminución de la población. Así es que el pueblo godo, en vez de aumentarse en España, había disminuido notablemente en los últimos años, y me fundo para hacer esta suposición en tres razones. La primera es que en la batalla del Guadalete el ejército

godo era pequeño para la empresa que acometía de expulsar de la patria un ejército invasor auxiliado por súbditos rebeldes. Llama sobre todo la atención el que, después de la derrota sufrida, no haya otro ejército que vaya á detener al vencedor. Y aunque hay un general, Teodomiro, que reune los restos que se salvaron en Andalucía, tiene que huir, sin encontrar quien se le una al paso por tantas poblaciones como tuvo que atravesar desde Jerez á Orihuela, ni quien acuda allí á reforzarle. ¿Qué se había hecho de los godos? Indudable cosa es que quedaban pocos, y esos afeminados. Señal es también de la escasez de la gente goda la parte activa que los españoles tomaban en el gobierno. Y, por último, el haberse empezado á mezclar los godos con los españoles aun antes de su conversión, es para mí una prueba de su debilidad, pues de otro modo no se lo hubiera permitido el orgullo.

Á los españoles sucedió lo contrario que á los godos. Cuando éstos entraron, se encontraban aquéllos en un alto grado de cultura, como lo demuestran los escritores de aquel tiempo, y aun me parece que con motivo de las invasiones hubo de venirse á España mucha gente principal del Imperio por creerla punto más seguro.

Aunque al principio los godos tomaran sin escrúpulo cuanto se les antojase, luego que se establecieron de asiento se contendrían en este punto y entrarían en relaciones amistosas con los españoles; por lo que, estando ellos ocupados en la guerra y en el gobierno, éstos serían los que cultivasen la tierra, la industria, el comercio, las artes y las ciencias, aunque en algo de esto debían tomar parte muy activa los judíos. De todas maneras, resulta que como el saber se impone siempre á la ignorancia, y las riquezas suelen ir á buscar la instrucción, toda la riqueza que los godos sacaban de los españoles volvería otra vez á éstos, que llevaban la ventaja de su mayor instrucción.

Andando el tiempo, la superioridad de los españoles, tanto intelectual como material y numérica, se sobrepuso al poder y fuerza material de los godos, de lo cual tenemos algunos indicios antes de su conversión. Cuando llegó ésta y se encontraron los unos enfrente de los otros, se vió claramente que los conquistados valían más que los conquistadores. Parece que al llegar este feliz suceso, los dos pueblos debieron fundirse en uno; mas no fué así: el recuerdo de las antiguas persecuciones, el

odio natural á los usurpadores del territorio, la antipatía de razas, y hasta la misma diferencia de cultura en que unos y otros se encontraron, los mantuvieron separados. Entonces sucedió lo que sucede cuando se encuentran dos ríos, que por algún trecho marchan las aguas de uno y otro pareadas sin mezclarse. Al convertirse los godos, se unieron ambas naciones; pero ambas siguieron independientes, aunque aumentando el poderío de los españoles y disminuyendo el de los godos. Es indudable que con el tiempo hubieran llegado á mezclarse ambas razas, desapareciendo la goda, en razón á ser insignificante con relación á la española; pero la invasión sarracena hizo que desapareciera sin mezclarse.

Que los españoles llegaron á tomar mucha preponderancia, se comprende al leer las firmas de los Concilios, en los cuales, no sólo son de origen español la mayor parte de los Prelados y los más notables, sino que ya se ven nombres españoles entre los palaciegos que firman con el Rey. Es natural que así sucediera; pues Recaredo, que había podido apreciar la fuerza del partido español en las guerras de su padre y hermano, trataría de atraérselo, dando participación en el gobierno á los hombres más importantes que en él hubiera, siendo esto además una medida de equidad que seguirían sus sucesores. Nos lo demuestran el conde Paulo y el rey Ervigio, á quienes los historiadores hacen griegos de nación, acaso porque eran naturales de la parte oriental de España, donde por muchos años dominaron los griegos. El conde D. Julián, como su mismo nombre lo indica, debía ser también de raza española, y aun es muy posible que lo fuera el mismo D. Pelayo; pues creo más fácil que los españoles tomaran nombres godos, que no lo contrario. Esto nos prueba que ya los españoles se habían equiparado á los godos, y formaban un partido bastante numeroso y potente para oponerse á los conquistadores. Por consiguiente, al deshonrar D. Rodrigo al conde D. Julián, es muy posible que todo el partido español se le pusiese en contra.

Los dos Reyes anteriores á D. Rodrigo se encontraron con dos partidos formidables: el godo, único dueño, hasta Ervigio, de la corona, que veía escapársele de las manos, y el español, que ya se creía con fuerza para pretenderla. La elevación de Ervigio debió irritar y hacer recelosos á los godos, y acaso tomaron medidas más ó menos directas contra los españoles. De lo que hicieron en el estado civil nada nos consta; pero sí de lo que

hicieron en la Iglesia; pues, como débiles que eran, no encontrando en ella la resistencia que en los seglares, trataron de avasallarla, y los nombres de Oppas, Sinderedo y otros, al frente de las dos primeras Iglesias de España, demuestran que habían pretendido convertir la Iglesia en patrimonio de la corona, elevando á la gente goda, con lo cual acabarían de enajenarse la voluntad de los españoles, que á los santos y sabios Prelados de su raza veían suceder hombres ignorantes y ambiciosos de la enemiga.

Recapitulando todo lo dicho hasta aquí, resulta:

1.° Que los godos vivieron muchos años en España, doscientos próximamente, separados de los españoles, por costumbres, por idioma, por condición y por religión.

2.° Que durante este tiempo debieron venir á menos, por las continuas guerras que hubieron de sostener.

3.° Que vinieron en estado de ignorancia; y que en España, viviendo separados de los españoles, no pudieron ilustrarse por sí mismos.

4.° Que los españoles entraron á formar parte del gobierno del Estado y del personal del palacio real.

5.° Que los reyes se ingirieron en el gobierno de la Iglesia.

6.° Que la ambición de reinar produjo muchos asesinatos, venganzas y trastornos civiles.

Con estos hechos que la historia nos enseña, y todos admiten como ciertos sin discusión, pueden probarse que son igualmente ciertos, como íntimamente unidos con los anteriores, los siguientes:

1.° Que al convertirse los godos al catolicismo y ponerse más en contacto con los españoles, se encontraron muy inferiores á éstos en inteligencia, en número y en riquezas.

2.° Que el ocio, el poder y las riquezas debieron influir mucho en que degeneraran; y como esto coincidió precisamente con su conversión al catolicismo, de ahí nace el que la decadencia del reino godo se inicie pocos años después de Recaredo.

3.° Que la ingerencia del poder civil en los negocios de la Iglesia debió producir, como consecuencia natural y legítima, la relajación del clero y del pueblo.

4.° Que los españoles, dada la constitución del Estado, formaron un partido, si no tan fuerte, por lo menos más numeroso que el de los godos.

5.° Que en cualquier trastorno civil el partido nacional había de tomar parte en favor de alguno de los bandos; y siendo electiva la corona, tenían que existir forzosamente estos bandos y el germen de la guerra civil.

De todo lo que precede puede sacarse en consecuencia que las causas de la ruina del reino godo fueron varias, y de ellas unas remotas y otras próximas. Entre las primeras se deben contar la relajación de las costumbres públicas y privadas, especialmente entre los godos, y la división que existía entre los godos y entre godos y españoles. Entre las segundas deben contarse:

El haberse indispuesto Witiza con el partido español, sin que sepamos por qué, siendo consecuencia de ello el nombramiento de personajes godos para las altas dignidades eclesiásticas y el desarme del pueblo español, que eso debe significar, y no otra cosa, la ley que mandaba desmantelar las plazas fuertes y convertir en instrumentos de labranza todas las armas.

La doble guerra civil, primero por haber D. Rodrigo subido al trono apoyado en el partido español, pero que, ya encumbrado, trató, como es natural, de atraerse á los godos, y éstos, no sintiéndose capaces de contrarrestarle, se unirían á él por necesidad; mas habiendo luego provocado D. Rodrigo á los españoles con la ofensa hecha al conde D. Julián, trataron éstos de vengarse, y no sintiéndose bastante poderosos para ello, llamaron en su auxilio á los moros, que vinieron del mismo modo que los romanos, no como conquistadores, sino como auxiliares.

Réstame añadir:

1.° Que después de la batalla del Guadalete, los restos del ejército godo, capitaneados por Teodomiro, se recogieron en Orihuela y sus inmediaciones, donde acabaron de consumirse. Los que permanecieron en sus casas fueron sorprendidos en ellas por el ejército invasor. Las matanzas que los árabes hicieron en algunas ciudades fueron probablemente de godos, aunque no dejarían también de perecer muchos nobles españoles de quienes los moros pudieran tener recelos.

2.° Que los españoles debieron desengañarse cuando vieron que los árabes, no sólo no les entregaban las conquistas, sino que hacían venir nuevas fuerzas de África y se repartían la tierra. Entonces fué, sin duda, cuando los españoles, capitaneados en Asturias por D. Pelayo, y en otros puntos de las cordilleras del Norte por otros guerreros desconocidos, empezaron la reconquis-

ta, luchando, no los bárbaros del Norte contra los bárbaros del Mediodía, como equivocadamente dice César Cantú, sino los antiguos habitantes de España contra los bárbaros de Asia y África. Si en los héroes de la reconquista encontramos nombres como Fruela, Ramiro y otros, no son ciertamente nombres godos; son restos de la dominación sueva en Galicia, donde los suevos que quedaron se unieron á los españoles en el peligro común, formando con ellos un solo pueblo, siendo una parte insignificante de la población total.

3.° Que España debió en gran parte á los godos la formación del espíritu nacional. La conquista romana borró casi por completo las innumerables nacionalidades en que estaba dividida; pero hizo á los españoles habitantes del Imperio y cuidadanos de Roma. Establecido el reino godo, los españoles fueron habitantes y ciudadanos de España. La invasión sarracena, aunque desmembró la nación, puso las armas en su mano y acabó de establecer su nacionalidad.

ARTÍCULO VI.

LOS ÁRABES EN ESPAÑA.

Al pasar la vista por lo que han escrito algunos historiadores de España, casi nos vemos en la precisión de confesar que los españoles son los hombres más incapaces de aprender.

España, dicen, debe su civilización á los fenicios, á los griegos y á los romanos; los godos la convirtieron en una nación floreciente y culta; los árabes nos enseñaron la agricultura, las artes, las ciencias y la cortesanía. Somos, pues, la nación más afortunada del mundo, puesto que todos los pueblos de la tierra se han tomado la molestia de venir á enseñarnos. Lo que no sé yo es lo que se ha hecho de tanta enseñanza como hemos recibido, si es cierto que nos encontramos á la altura que nos suponen, y por eso digo que debemos ser incapaces de aprender, ó, por lo menos, de retener lo aprendido. Hay entre nosotros escritores que, al ocuparse de la historia patria, han creido más conveniente copiar de escritores extranjeros, que registrar los archivos y estudiar los monumentos. Y como los extranjeros que han caido en sus manos, acaso porque eran los únicos que comprendían, han sido los franceses, y éstos desde muy antiguo se han mostrado poco benévolos con nosotros, más que por otra cosa, por la rivalidad que produce el ser vecinos, resulta que tales escritores españoles no han hablado de su patria, ni como ellos debían, ni como ella merece. Al ver cómo en sus libros nos tratan de ignorantes, de atrasados y de fanáticos, casi casi nos vemos en la precisión de confesar que nos hallamos á la misma altura que los turcos. Me admiraba yo, siendo joven, de que un hombre como el P. Isla, queriendo hacer un compendio de historia de España, hubiera tenido la triste ocurrencia de traducir uno del francés. Pero ya no me admiro: no porque me parezca bien el hecho, que antes por el contrario le tengo por muy digno de censura, sino porque he visto que otro espa-

ñol, autor de otro compendio, cita al mismo P. Duchesne como autoridad en nuestra historia.

Como si este mal fuera pequeño, hemos tenido la desgracia de que algunos novelistas, disfrazándose de historiadores, escriban de nuestras cosas, con lo que han llegado á quedar bien turbios algunos puntos de la historia de España. Esto ha sucedido muy principalmente en la época de los árabes; y como ésta ha sido la inmediata á la nuestra, y algunos sucesos de ella han influído en nuestras leyes y costumbres, de ahí es que sobre ella haya sido más viva la discusión.

No debía ocuparme de este asunto, porque escritores de nombre muy popular en España y de reconocida competencia se han ocupado y se están ocupando de él, poniendo las cosas en el lugar que les corresponde. Sin embargo, para no dejar incompleto este trabajo, diré alguna cosa acerca de lo que España debió á los árabes en punto á civilización, tocando muy ligeramente algunos hechos de los que son cuestionables.

El año 622 de nuestra Era da principio la de los árabes con la salida forzosa de Mahoma de la Meca. En esa época eran los árabes un pueblo inculto, por más que no le podamos calificar de bárbaro; y el hombre más importante por su saber y por su ingenio que entonces presentan, es indudablemente Mahoma. La vida de este personaje en sus primeros años estuvo consagrada á los servicios domésticos y al comercio, y aunque tuviera mucha capacidad y mucha afición al estudio, no podría hacer grandes progresos en las ciencias, por encontrarse reducido á los esfuerzos aislados de su ingenio, puesto que hasta aquel tiempo no consta que en la Arabia se hubiesen cultivado las ciencias. Á su gran ingenio reunió Mahoma una gran penetración y profundo conocimiento del corazón humano, y estando dominado al mismo tiempo de una inmensa ambición, trató de aprovecharse de los conocimientos que había adquirido en sus viajes y del carácter impresionable de sus paisanos.

Resulta, pues, que al lanzarse los árabes á la conquista del mundo á mediados del siglo VII, eran un pueblo ignorante. Durante la larga época de sus conquistas pudieron aprender mucho, porque entraron en relaciones con pueblos muy cultos. No seré yo quien niegue la posibilidad; pero, ¿aprendieron? Esta es la cuestión. Sus ocupaciones durante muchos años fueron la guerra y la conquista, ocupaciones ciertamente poco favorables para el

cultivo de las ciencias. Su religión, sensual y fatalista, no solamente no los impulsaba al estudio, sino que los substraía de él. Estaban, pues, por parte suya en malas condiciones para aprender, y, en prueba de ello, véase lo que han aprendido, ni ellos, ni los turcos, ni los africanos, ni pueblo alguno de los que abrazaron el islamismo. Y eso que, como he dicho, las circunstancias exteriores no pudieron serle más favorables, pues conquistaron los países más florecientes por su civilización, cayeron en su poder las mejores bibliotecas del mundo, y dominaron á la vez en los países más ricos de Europa, Asia y África. Á pesar de todo esto, ¿cuántos sabios ha producido el islamismo? Y los que ha producido, ¿pueden en manera alguna compararse con los de otros pueblos, antiguos y modernos? Las maravillas que de ellos se cuentan con respecto á las artes y á la industria, ¿eran de ellos ó de los pueblos conquistados?

Cuando los árabes llegaron á España en 714, hacía medio siglo próximamente que habían salido de la Arabia los primeros conquistadores, y en tan corto espacio, ni habían tenido tiempo para ilustrarse, porque un pueblo no marcha al mismo paso que un individuo, ni habían perdido el furor fanático que les comunicó Mahoma y sostuvieron los primeros Califas. Así es que miraban todavía como una profanación y un delito religioso el aprender otra cosa que lo que enseña el Korán. Pudiérase suponer que con los árabes vinieron á España muchos hombres sabios de Oriente; pero esto no es admisible. Lo primero, porque aquellos pueblos estaban recién conquistados, y no es de creer que ya hubieran abrazado el islamismo; y lo segundo, porque la situación de España hasta Abderramán I fué de revueltas y guerras, y nada á propósito para el progreso de las ciencias. Posteriormente, cuando los árabes orientales, con el trato de los pueblos conquistados, adquiriesen alguna cultura, algo de ella se reflejaría en los árabes españoles, por el trato que debieron tener unos con otros; pues, cortadas sus comunicaciones mercantiles con las naciones cristianas de Europa, tuvieron necesariamente que sostenerlas con las de Asia y África, y por este conducto vendrían á España los adelantos científicos de Asia. Pero, ¿cuántos fueron éstos? ¿Cuáles de ellos pasaron á los españoles? Esto es lo que se debía demostrar, y no se ha demostrado todavía, contentándose los historiadores con indicar en general que los árabes nos enseñaron muchas cosas, ó con manifestar que tal ó

cuál costumbre la aprendimos de los árabes. Esto, sin embargo, es como si nada se dijese; porque mientras las cosas no se prueban con la fuerza de las razones ó con la autoridad de los testigos, nada valen las afirmaciones.

Si se quiere que sea condescendiente, no tendré inconveniente alguno en admitir, como suele decirse, á bulto, que los árabes nos enseñaron mucho; pero siendo natural en el hombre el deseo de penetrar las cosas ocultas y la razón de todas ellas, deseo yo que me digan los partidarios de la influencia árabe en España, qué cosas son las que los árabes nos enseñaron. ¿Fueron relativas á las ciencias? ¿Lo fueron á las artes? ¿á la industria? ¿al comercio?

En cuanto á las ciencias, es necesario distinguir. En la de Derecho, nada pudieron enseñarnos, porque ni la conocían, ni la conocen: y aun cuando quisiéramos afirmar que algo habíamos aprendido de ellos, bastaria abrir los ojos y ver las leyes que en todos tiempos han regido á España, para conocer que ni en su origen ni en su desarrollo tienen punto alguno de contacto con la legislación árabe, si es que podemos asegurar que existe tal legislación.

En cuanto á la historia, creció mucho á principios de este siglo el crédito de los árabes españoles, lo cual estimuló á los hombres estudiosos á conocer los tesoros que se creían ocultos para ilustrar nuestra historia. Desgraciadamente, tantas esperanzas salieron casi fallidas. Si D. José Antonio Conde mereciera algún crédito, bastaría leerle con un poco de atención para convencerse de que los árabes nada enseñaron á los españoles en punto á historia. En el mismo prólogo en que dice que «cuando en Europa sólo sabían leer los Obispos y los Abades, eran doctos los árabes, así en Oriente como en África y en España»; y donde asegura que los árabes han tenido gran copia de escritores, confiesa igualmente que los españoles tienen historiadores contemporáneos de la conquista de España, no sucediendo lo mismo á los sucesores de Mahoma. El autor árabe más antiguo de quien él dice que toma su narración, es casi trescientos años posterior á la pérdida de España. ¿Y qué historias son las que escribieron? Véase lo que el mismo Conde, su panegirista, dice de ellas, y quien no esté lleno de fanatismo en favor de los moros, tendrá que convenir conmigo en que no merecen el nombre de historias, y en que valen mucho más que ellas nuestros injustamente

vilipendiados cronicones. No digo con esto que sus libros no merezcan ser estudiados, pues algo se ha de sacar de su estudio para nuestra historia. Lo que digo es que, siendo acaso inferiores á los de nuestros historiadores, poco ó nada debieron enseñarnos. Sobre todo, si es verdadera la acusación que se hace contra nuestros historiadores de no tener noticia de lo que escribieron los árabes, dicho está que no pudieron aprender de ellos, y por consiguiente que nada les debemos en ciencias históricas.

¿Les deberemos acaso en literatura? Según claramente manifiestan algunos escritores, es mucho lo que aprendieron los españoles de los árabes. Dice Conde que «son tantas las palabras, modismos, frases y locuciones que nuestra lengua tomó de la arábiga, que puede mirarse como dialecto arábigo aljamiado». Dice también que «nuestro romance procede de la métrica árabe». Negar que en nuestra lengua hay palabras árabes, sería cerrar los ojos á la luz; pero afirmar que son tantas que parezca el español un dialecto arábigo, es no conocer ni el español ni el árabe. La mayor parte de las palabras arábigas que hay en español son geográficas; pero de las que se emplean en el uso ordinario, son muy escasas las que tienen ese origen. De los modismos, frases y locuciones, no niego que pueda haber algunas que tengan su semejanza con las árabes; pero si de esto hemos de colegir que el español desciende del árabe, con el mismo derecho podremos asegurar que desciende del latín, del griego, del sanscrito, del hebreo y del egipcio, porque en todas estas lenguas hay modismos, frases y locuciones que parecen hermanas de las que usamos en España. Del verso, sólo digo que no sé si Conde entiende por romance la clase del verso ó la rima. Si entiende lo primero, habremos de decir que en España no había habido poesía nacional, y que se había perdido la tradición de los versos jámbicos latinos. Si se refiere á la rima, no sé qué razón habrá para que el rimado español sea hijo del árabe, y no lo sean el francés, el alemán, y sobre todo el italiano, que tanto se parece al nuestro.

¿Les deberemos mucho en ciencias naturales? Si algo hicieron en estas ciencias y nos lo enseñaron, se han perdido sus conocimientos y los que nosotros adquirimos, pues casi hasta nuestros dias no se ha sabido más historia natural que la que enseñaron Aristóteles y Plinio, ni más física y química que la que enseñaban los escolasticos y los alquimistas en toda Europa.

Dicen que á los árabes se les debe la introducción del álgebra en Europa, y también que eran muy versados en estudios astronómicos, así como igualmente en la medicina, en la cual no hicieron, ciertamente, progresos, pero conservaron los conocimientos que ya tenían griegos y romanos. Con mucho gusto concedo todo esto, y aun me satisface el suponer que dichas ciencias se enseñaban con provecho en las celebradas escuelas de Córdoba, adonde la generosidad de los sultanes españoles hacía venir eminentes sabios de Oriente. Pero, aun concedido eso, no es suficiente para asegurar que se les deba el progreso de las ciencias en España; tanto más, que antes de su venida habia en España hombres, como San Eugenio de Toledo, que eran excelentes en las matemáticas y astronomía.

Lo que llevo dicho respecto de las ciencias, debe entenderse también con respecto á las artes. No hablaré de la pintura y escultura, pues ya sabemos que su ley les prohibía cultivarlas. En arquitectura formaron los árabes una escuela que hasta nuestros días lleva su nombre; pero que, bien estudiada, no es ni más ni menos que la arquitectura bizantina, que ellos tomaron de otros pueblos. No se les puede conceder la gloria de haber sido sus inventores, aunque es cierto que introdujeron algunas modificaciones. En España se empleó también en las construcciones el estilo bizantino; pero ciertamente no le aprendieron los españoles de los árabes sino en el mismo Oriente, ó de arquitectos venidos de Oriente antes que los árabes. Concederé que los árabes fueron los inventores de la arquitectura que lleva su nombre, y que la trajeron á España. Pero, ¿quién dirá por eso que se la enseñaron á los españoles? ¿Acaso se ha empleado alguna vez en España ese género sino en poquísimos y muy toscos ensayos? Algo más me detendría en este punto; pero no lo hago, porque no hace mucho he leído que ha de ocuparse de él con toda extensión uno de los sabios que más honran nuestra patria [1]. En cerámica es indudable que trabajaron con perfección los moros españoles; pero comparadas sus obras con los barros saguntinos y con otros descubiertos en diferentes puntos de la Península, nada tienen éstos que envidiar á los árabes, porque les son superiores en el dibujo y en la labor, compensando los

[1] Al dar este artículo á la estampa, encuentro que ha visto la luz en el *Boletín del Centro artístico* de Granada la conferencia dada sobre este punto por el ilustrado catedrático D. Leopoldo Eguílaz.

arabescos con las pinturas y figuras de relieve y el vidriado con el barníz. El vidriado y algunas otras obras de barro es cierto que no se encuentran en España hasta el tiempo de los moros; pero ¿quién dice que ellos lo trajeron y lo enseñaron? No tengo inconveniente en conceder que trabajaran con más perfección; pero no admitiré que ellos fueran en España los maestros de este arte, pues para esto era necesario demostrar que toda la cerámica que usaban los españoles era fabricada por los moros, y esto no lo encuentro muy fácil.

Para no ir recordando una por una todas las industrias, haré una observación, que da bien á entender cómo no es fácil que los árabes enseñasen á los españoles en punto á industria. La industria vive del comercio, y éste de las costumbres de los pueblos. ¿Cómo, pues, había de existir comercio entre españoles y árabes, cuando, salvo muy cortos intervalos, vivían en continua guerra? Las costumbres de los españoles eran diametralmente opuestas á las de los árabes, tanto las domésticas como las públicas; por consiguiente, diferentes eran los muebles de las casas, los adornos de sus personas, los materiales de sus fabricaciones; en una palabra, todo cuanto usaban. Así es que, ó es necesario suponer que los árabes se dedicaron á industrias á que no estaban acostumbrados, haciendo con sus enemigos un comercio de contrabando para dar salida á sus mercancías, ó hay que admitir que poco ó nada nos enseñaron, puesto que poco ó nada tenían aplicación en España la mayor parte de las industrias que pudieran los árabes traer de Oriente.

Más natural creo yo que los industriales que trabajaban en la España árabe fueran españoles, pues las diversas invasiones que la historia nos cuenta haber pasado de África á España fueron de guerreros y no de industriales, y los españoles que en la época de la invasión había en España, se quedaron en sus casas, y lo probable es que siguieran ejerciendo sus industrias; sólo que trabajando para los árabes y para los muchos españoles que debieron pasarse al islamismo, modificarían sus artes para acostumbrarse al gusto dé los nuevos consumidores, y, por consiguiente, cambia de aspecto la cuestión. En este asunto, como en todos aquellos en que las opiniones se dividen, suele suceder que el origen de la cuestión es falta de inteligencia entre los contendientes. Así, en el presente caso, los que opinan que una parte de nuestra cultura se debe á los árabes, pierden completa-

mente de vista lo que eran los españoles cuando aquellos vinieron. Cuando al desgraciado D. Rodrigo se le escapó de la mano tan sin fortuna ni gloria el cetro español, ¿á qué altura se encontraba España? Para demostrar que los árabes nos enseñaron, era necesario probar que cuando se perdió España en la batalla del Guadalete no había en ella ni cultura, ni industria, ni artes, ni comercio; ó, por lo menos, si algo de esto había, era inferior á lo que había entre los árabes; pues el que ha de enseñar, necesita saber algo más que el que aprende.

En lo que principalmente se han hecho famosos los árabes españoles ha sido en la agricultura. En este ramo de la industria, si hemos de creer á los ardientes admiradores ó partidarios de la civilización musulmana, es donde echaron el resto, dejando muy atrás á todos los pueblos agrícolas. No sé lo que podrá haber en ello de verdad; pero me llama la atención que los árabes, habiéndose mostrado tan holgazanes en todos los países que han conquistado, fueran en España tan activos, que levantaran la agricultura á su mayor grado de esplendor. Sabemos que á la llegada de los cartagineses las regiones de Andalucía se hallaban en un estado floreciente; que en la época de los romanos la población era muy numerosa y rica; que bajo la dominación visigoda floreció como ningún otro pueblo de su tiempo; si entonces no se cultivaban bien las tierras, no sé de qué manera pudieran mantenerse.

Bien podrá ser que todas las maravillas que los árabes trajeron á España en punto á agricultura, sean como la introducción de las palmeras. Refiere Conde con mucho aplomo la sabida historia de la palmera de Abderramán, y dice que de ella descienden todas las demás palmeras que hay en España. Es ciertamente de admirar que no se le ocurriese á ninguno de los árabes el plantar palmeras hasta que vino Abderramán, y aun esto me da motivo para creer que á España no vinieron más dátiles que el que trajo para semilla el primer Rey moro de Córdoba; pues es bien seguro que si algunos más hubieran venido, aunque á los moros no se les hubiera ocurrido el sembrarlos, hubiéramos tenido palmeras mucho antes. La semilla de este árbol brota sin dificultad dondequiera que se la arroja; así es que si alguna vez antes de aquella época vinieron dátiles á España, ó los españoles se tragaron los huesos, ó los devolvieron religiosamente á Berbería. El moro de quien Conde tomó su narración no tuvo presente que una pal-

mera sola no da fruto; por consiguiente, ó fué una palmera milagrosa, ó fueron dos las que plantó Abderramán con tan buena mano, que salieron macho y hembra.

El señor marqués de Molins, en una Memoria que publicó hace muchos años, si mal no recuerdo, sobre la situación de la antigua Ilici, dice también que el cultivo de la palmera fué traído á España por los árabes. No son estos los únicos autores que siguen la misma tradición; porque habiendo gozado Conde durante muchos años de gran prestigio entre nuestros historiadores, sus consejas han pasado sin dificultad á la categoría de historias. Si fuera cierto que en España no se conocían las palmeras antes de los árabes, no sé cómo se les ocurrió á los antiguos españoles poner una palma como emblema en algunas de sus monedas. Y no solamente una palma, sino también una palmera se encuentra en alguna de ellas. No se diga que la tomaron de otros países; porque así como en las demás monedas pusieron la espiga, el buey, el caballo, en una palabra, signos de lo que tenían á la vista, así debió suceder con la palmera y con sus ramas; si así no fuera, sería caso raro el que se les hubiera ocurrido poner ese emblema á los mismos pueblos en que después se había de cultivar el árbol. En Italia no hay duda de que era conocida la palmera en tiempo de los romanos; pues Virgilio, en las *Geórgicas*, al hablar de los colmenares, dice:

Palmaque vestibulum aut ingens oleaster inumbret.

Sería cosa muy extraña que siendo conocida en Italia la palmera, y habiendo en España regiones tan propias para su cultivo, á nadie en tantos siglos se le hubiera ocurrido plantar una.

Por no ser difuso en la cita de autoridades, aduciré únicamente otra más de un español, andaluz, que debía saber lo que había en su tierra en el siglo primero de nuestra era, en que vivió. Este español, que no es otro que L. Junio Moderato Columella, hablando de las viñas en el libro v, cap. v de su obra *De re rustica*, dice que su tío M. Moderato Columella, al empezar la canícula, cubría las cepas con sombrajos hechos de ramas de palmera, *palmeis tegetibus*. Sea que por *tegetes* queramos entender *esteras* ó *zarzos*, sea que entendamos sencillamente *cobertizos*, siempre resultará que los materiales eran palmas; y no es de suponer que Columella hiciese venir de Africa ó de Asia estos enseres, que le hubieran costado muy

caros, pudiendo proporcionárselos más económicos en España hechos de otras materias. Lo que se debe suponer es que en la misma Bética se criaban las palmeras, puesto que sus ramas se empleaban en usos tan vulgares.

Es tanto lo que han exagerado algunos historiadores la influencia de los árabes en la Península, que en un Compendio de historia de España que estuvo muy en uso á mediados de este siglo, hablando de la guerra de la Independencia, dice el autor: *Como los franceses no tuvieron con los árabes tanto trato como nosotros, no entendían el arte de las guerrillas.* Es cuanto me queda que oir. De modo que, según Ranera, que este es el afortunado autor, Viriato y aquellos otros españoles que tan maravillosamente practicaron el arte de las guerrillas, ó hemos de suponer que estuvieron en Arabia, ó que hicieron venir de allí algunos abuelos de Mahoma para que enseñasen en España ese arte que tanto crédito nos ha dado, y que en Arabia sin duda debia saberse por inspiración. No sé si acertaré llamando guerrilleros á Viriato y otros españoles que tanto dieron que hacer á los romanos; pero aunque me equivoque y no merezcan ese título, creo que el sistema de pelear en guerrillas es el que describe César con estas palabras: *Genus erat pugnae militum illorum ut magno impetu primo procurrerent, audacter locum caperent, ordines suos non magnopere servarent, rari dispersique pugnarent: si premerentur pedem ferre et loco excedere non turpe existimarent.* El Sr. Ranera no conocia sin duda estas palabras de César; pero no nos extrañe, porque quien cita al P. Duchesne como autoridad en las cosas de España, de sobra da á entender que no conoce las verdaderas fuentes de nuestra historia.

Ya que hablo de fuentes, no será excusado manifestar aquí las que han contribuido á desfigurar el verdadero carácter de la España árabe. Á mi juicio, el origen del mal nació de nuestros romances, en los cuales los poetas pintaron las cosas como les convenía que fueran, pero no como eran en sí. Ginés Pérez de Hita, apoyado en los romances, escribió la primera parte de su obra sobre los bandos de los moros granadinos, en la cual, con un lenguaje castizo y un estilo encantador, nos pinta á los árabes como los caballeros más cumplidos del mundo. Algunos, sin duda, no teniendo en cuenta que el libro de Ginés Pérez de Hita era una novela, han tomado por lo serio lo que en ella se dice de los moros españoles en sus últimos tiempos. Después vino la

historia de Conde, sacada de las crónicas árabes, según refiere el autor, á confirmar lo que el otro había dicho, aumentando algunas cosas más. Estas autoridades han extraviado el buen juicio de varios escritores, hasta el punto de que un hombre como el Sr. Cortada, que se muestra muy sensato y buen crítico al juzgar la España árabe, al llegar á este punto dice:

«El rasgo más distintivo de las costumbres de los árabes es el hablar respetuoso, delicado y seductor al mismo tiempo, á que se ha dado el nombre de galantería. Su extremada deferencia para con las mujeres inspiró aquel lenguaje, y les hizo poner en práctica aquellos modales atentos y sumisos que hicieron de la mujer una criatura considerada casi de una esfera superior á la del hombre. Servirlas, complacerlas, conservarlas miramientos delicados y nimios en todas circunstancias y lugares, era para un árabe un deber tan sagrado como observar los preceptos del Corán. Ocho siglos de comunicación más ó menos inmediata enseñaron ó hicieron adoptar á los españoles aquella delicadeza de sentimientos y palabras, que aun hoy se llama galantería española, y que, perdida enteramente entre los árabes cuando, vueltos á su antigua ignorancia, lo perdieron todo, se ha conservado y conserva entre nosotros.»

Poco antes había dicho el mismo autor: «lo que queda árabe en España son algunas palabras de la lengua, las imágenes y el ingenio de la poesía, los delicados y graciosos conceptos de los andaluces....»

Mis lectores, sin que yo se lo diga, comprenderán que con ninguna de estas apreciaciones estoy conforme, tanto por lo que dan á los árabes, como por lo que quitan á los españoles. En cuanto á la galantería de los arábes, ya confiesa el Sr. Cortada que hoy no la tienen, y señala como causa el haber perdido su antigua cultura. Á esto respondo que la cultura de los árabes es hoy poco más ó menos la misma que en tiempo de Mahoma. El Corán, como dice muy bien el Sr. Cortada, fué en un principio la síntesis de la civilización árabe, y todavía lo es, hasta el punto que, si algo ha cambiado, no ha sido ciertamente para empeorar, sino para mejorar. Si conquistaron una gran parte del mundo, no fué ciertamente por su cultura, porque si á ésta se debieran las conquistas, pocos hombres hubiera habido más cultos que Gengiscán y Atila. Lo que tan admirablemente canta Ginés Pérez de Hita, ¿puede ocurrírsele á nadie que sea verdad

entre hombres que profesan por ley religiosa la proligamia? La galantería española debió ser ya conocida de los romanos, como lo acreditan las palabras de Horacio:

Seu navis hispanae magister
Dedecorum pretiosus emptor.

Con respecto á las consideraciones guardadas al sexo débil, el slamismo se encuentra exactamente en igual caso, lo mismo hoy que en el siglo VII, que todos los pueblos de Oriente antes de su conversión al cristianismo, y una prueba de ello es el notable contraste que nos ofrecen las dos Españas, cristiana y árabe, desde el siglo VII al XV. Mientras en la primera encontramos muchas mujeres notabilísimas como Doña Sancha, Doña Berenguela, Doña María de Molina, Santa Isabel de Portugal é Isabel la Católica, entre los árabes sólo encontramos una ó dos sultanas de las cuales se ocupa la historia, y no ciertamente por algún hecho notable, sino por alguna que otra intriga palaciega. ¿Qué prueba esto, sino que entre los árabes españoles era la mujer un ser tan despreciable como lo es hoy entre los turcos de Constantinopla?

Gracioso es seguramente decir que los andaluces heredaron el genio alegre y chistoso de los árabes. Si esto fuera cierto, preguntaría yo: Si el trato con los moriscos dió á los andaluces su natural gracia y desenfado, ¿cómo no se les comunicó igualmente á los huertanos de Valencia y Murcia, que puede asegurarse son los únicos que han conservado algún resto de la época árabe? Esto es en el supuesto de que cuando los árabes vinieron, no eran ya lo que son hoy los deliciosos países que habitan. Si hasta el siglo VII no fueron graciosos ni poetas los andaluces, no sé por qué en el tercero llama Marcial elocuente á Córdoba y graciosa á Cádiz, ni por qué Cicerón en el anterior á nuestra Era habla de los poetas cordobeses. Pero basta la autoridad de Marcial, que como español debía conocer su patria. Describiendo al *homo bellus*, el hombre elegante, ó, como si dijéramos, *el gomoso*, dice que entre otras cualidades ha de tener:

« Cantica qui Nili, qui *gaditana* susurret ».

El más negado podrá ver en estas palabras que ya entonces había algo de *cante flamenco*, y era conocido en Roma. De los

bailes andaluces, que no falta quien pretenda que son moriscos, dice el mismo, hablando de Telesina:

> «Edere lascivos ad *baetica crusmata* gestus,
> Et *gaditanis* ludere docta *modis*».

Léanse sin pasión estas palabras, y véase si no hablan de la *soleá* y del *jaleo.*

En conclusión: la falta de consultar las verdaderas fuentes de la historia; el seguir ciegamente á algunos escritores nuestros á quienes injustamente se ha concedido demasiada autoridad, y no pocas veces el tomar como autoridades á los extranjeros que desde tiempo inmemorial han escrito de nuestras cosas sin conocimiento de causa, han sido los motivos de que se admitan como ciertos en la historia algunos hechos que están muy lejos de haber sucedido.

ARTÍCULO VII.

ESPAÑA AUTÓNOMA.

Á esta última parte de mi trabajo le doy el nombre de *España autónoma*, porque se refiere á los Estados constituidos en España por españoles gobernados por sí mismos. Comprenderá, pues, con relación á los tiempos, desde la proclamación de D. Pelayo en Asturias hasta nuestros días. La España bajo los godos no merece el nombre de autónoma, porque si bien es cierto que formó un Estado independiente, también lo es que estuvo gobernada por extranjeros. Los primeros tiempos de nuestra historia no se deben incluir en esta clasificación, por más que naturalmente caben en ella, porque el orden natural de las cosas pide que no se traten los hechos dislocándolos de sus propios lugares, para evitar la confusión, y porque los Estados autónomos que entonces existieron apenas son conocidos.

Muchos y variados son los hechos que nuestra historia nos cuenta como verdaderos, apoyados en tradiciones más ó menos fundadas. Ocuparse de ellos con la debida extensión, procurando poner en claro lo que en cada uno hay de cierto y de dudoso, sería un trabajo muy largo, y ajeno, por consiguiente, á la índole de estos estudios. Por eso trataré solamente de algunos, muy pocos, de los que me parecen más interesantes, por más que no sean de los principales.

Porque no se diga que paso en completo silencio los Estados cristianos desde el siglo VIII al XIV, tocaré ligeramente lo del tributo de las cien doncellas, pasando en silencio lo relativo á la cultura de las regiones cristianas en aquellos tiempos, á las relaciones entre cristianos y moros, y á otros varios puntos ciertamente muy interesantes, pero que ya han sido estudiados concienzudamente por algunos de nuestros sabios. En la Edad Moderna es fácil poner en claro los hechos, porque ya abundan los documentos; y si la historia se escribiera en vista de ellos,

se evitarían muchos errores al entendimiento. De esta época sólo trataré tres puntos : conquistas y colonias de los españoles, nuestra decadencia y sus causas ; Felipe II y Carlos III.

Pasaré en claro la conversión y expulsión de los moriscos, ó, á lo más, haré de ello una ligera mención, porque aunque es un punto muy importante, como quiera que los que principalmente nos acriminan en este punto son los extranjeros, y no estando escritos estos artículos para vindicar á España de las calumnias que los extraños levantan contra ella, solo debo tratar de lo que entre nosotros es cuestionable.

El tributo de las cien doncellas ha sido tratado muchas veces y por muchos escritores de los útimos tiempos, no tanto para poner en claro la verdad ó falsedad del hecho, cuanto para afirmar ó negar las consecuencias que de uno y otro supuesto se deducían. Los historiadores antiguos, ó lo afirman, ó lo callan; los modernos no lo callan, pero lo niegan comúnmente. El señor Cortada, cuya historia es un moderado reflejo de las tendencias modernas, se expresa en estos términos :

«Algunos autores dicen que Mauregato compró la protección de los árabes para conservar su corona por medio de un vergonzoso tratado, por el que se obligaba á darles en tributo todos los años cien doncellas, las cincuenta nobles y las otras plebeyas ; mas esto no nos parece probable, ni está tan justificado que pueda sentarse como un dato histórico.»

Que el tratado celebrado por Mauregato con los moros sea vergonzoso, nadie hay que lo niegue ; pero eso no es suficiente razón para que no sea probable. Vergonzoso es que dentro del territorio español haya una plaza fuerte ocupada por una nación extranjera, y sin embargo tenemos á Gibraltar hace más de un siglo en poder de extranjeros. Para que el tributo de las cien doncellas dejara de ser un hecho probable, era necesario que encerrara alguna repugnancia, ó por el mismo hecho, ó por parte de Mauregato, ó por parte de los moros. El hecho, tan bochornoso como es en sí, y tan contrario á nuestras costumbres, ha sido bastante frecuente en la historia, tanto bajo la forma de tributo como bajo la de castigo impuesto por el vencedor á los vencidos. Por consiguiente, ninguna repugnancia hay en que ocurriera en España lo que tantas veces ha ocurrido en otras naciones, y lo que hasta hoy están fomentando en

África naciones civilizadas, por más que traten de revestirlo de apariencias especiosas.

Si Mauregato hubiera sido un rey digno de la corona, ó por su justicia, ó por su valor, ó por cualquiera otra razón, costaría trabajo creer que se hubiera degradado hasta el punto que le degrada el ominoso tributo que le imputan nuestros historiadores. Diré más : si los nobles y guerreros de la corte de Pravia hubieran sido tales como la imaginación nos pinta á los héroes de los tiempos antiguos, yo sería el primero en resistirme á creer la existencia del tratado y del tributo. Pero todos los historiadores están conformes en que los cuatro reyes que nuestra historia califica de usurpadores, no solamente asaltaron el trono, sino que reinaron en medio de discordias civiles. Y bien sabemos, porque la historia nos lo demuestra, que cuando las disensiones civiles se apoderan de una nación, los hombres de ella pierden toda idea de justicia y de decoro, y están siempre dispuestos á las mayores bajezas. En la caída del reino godo tenemos un ejemplo ; los últimos años de Polonia son una demostración elocuente, que puede convencer al más obstinado. No hay, pues, repugnancia alguna en que Mauregato apelara á medios vergonzosos para conservar un trono usurpado, del que temía, con razón, que pudieran arrojarle.

También perdería el hecho su probabilidad si uno de los pueblos contratantes no fuera el musulmán. Pero en las costumbres de este pueblo cabe perfectamente, sin repugnancia alguna, que impusieran á Mauregato un tributo que han impuesto á otros pueblos en varias ocasiones.

La causa de negar nuestros modernos historiadores el tributo de las cien doncellas, no es ciertamente la repugnancia que en sí encierre este tributo, ni la vergüenza que les cause el que le pagasen nuestros abuelos. La causa verdadera es el que este tributo se supone motivo de la batalla de Clavijo, y, por consiguiente, del voto de Santiago ; y tratándose de quitar el voto sin aparecer en lucha abierta con la Iglesia, fué necesario negar la causa para poder negar los efectos. «Contrato detestable, dice D. José Ortiz y Sanz al hablar de este tributo, que hubiera cubierto de execración el nombre de Mauregato si fuera cierto. Pero como su único apoyo es el fingido ó falseado privilegio de los votos de Santiago, comenzado á divulgarse á principios del siglo XIII, no hacemos de él mérito ninguno. D. Rodrigo, arzobis-

po de Toledo, es el autor más antiguo que habla de este tributo. Debió de verlo en dicho privilegio, que comenzó á correr cuando escribía su historia, concluida el año de 1243, y creyéndolo sin examinarlo, admitió la noticia del infame tributo.» El Sr. Ortiz, que escribió su historia en los últimos años del siglo XVIII, es eco fiel de las ideas de los cortesanos del príncipe de la Paz, á quien se la dedica. Pero tanto los satélites de Godoy, como los golillas de Carlos III, á quienes tanto dolía que los españoles pagasen el referido voto, debieron tener de los españoles del siglo XIII una idea muy poco ventajosa. Según ellos, el único origen del voto es el privilegio de D. Ramiro, que debió ser indudablemente fingido por el arzobispo de Santiago, y creído ciegamente por todos los españoles. Por consiguiente, en España sólo había entonces dos clases de personas: el arzobispo de Santiago, bribón desalmado que trató de robar á todo el mundo con capa de religión, y todos los demás españoles, á quienes ni siquiera les ocurrió preguntar por qué no se había pagado antes dicho voto. Se necesitaba mucha candidez en aquellas buenas gentes del siglo XIII para que fuesen tales como el Sr. Ortiz implícitamente las supone. ¿Y qué diré de la buena fe de este historiador, puesto que ilustración no puede negársele, al defender á Mauregato? Diré lo que dije de otros al hablar de los godos, que era sumamente difícil y en extremo peligroso que en el reinado de Carlos IV, bajo el imperio de D. Manuel Godoy, dijera la verdad tratándose de un hecho que entonces había interés en negar.

Mucho es lo que pudiera decirse sobre este asunto; pero es tanto lo que se ha escrito, y se han puesto tan en claro los hechos, que el negarlos sólo puede atribuirse á mala fe, y contra ésta no hay razones que valgan.

Aquí debía decir algo de la conversión de los moriscos y de su expulsión de España, puntos importantísimos, y por causa de los cuales se nos quita no poca honra.

Quien no conozca los hechos y lea lo que algunos dicen sobre el primer punto, casi deben verse forzados á creer que los moriscos fueron convertidos á golpes. No negaré que hubiera excesos, cosa inevitable, por parte de algún catequista ó gobernante que quisiera adular con un exagerado celo la piedad de los monarcas. ¿Pero cómo se atreven por la falta de uno á llamarnos á todos intransigentes, los que ensalzan á las nubes el mérito de

Diocleciano y de Juliano? Llamar intransigentes á los españoles que vivían en tiempo de Lutero, Zuinglio, Calvino y Enrique VIII, es llamar tinieblas al sol y claridad á la media noche.

Los historiadores y economistas extranjeros ó *semiextranjeros* no acaban de lamentarse de nuestra desgracia por haber sido expulsados los moriscos de la Península. ¡Lástima grande que no sepamos agradecer tanto interés como por nosotros se toman! Dos mil años hace que los judíos andan errantes de una parte á otra, arrojados de todas, y nadie tiene compasión de ellos ni acusa á las naciones que los expulsaron. Los reinos de Valencia, Murcia y Granada, donde en gran número habitaban los moriscos, no han dejado de ser de los más poblados y florecientes de España, mientras otras comarcas donde no los había se encontraron y se encuentran sin población y sin industria. Con esto he dicho lo suficiente.

Hubo un tiempo en que España, por el valor de sus hijos y por la habilidad de sus monarcas, llegó á ser la primera nación del mundo. Las naciones que la rodeaban, abatidas unas, sometidas otras y envidiosas todas, trataron en paz y en guerra de hacerle todo el daño que podían, apelando, no solamente á las armas para destruirla, sino también á las plumas para desacreditarla; y tanto escribieron contra ella, que aún hoy día corren por el mundo las opiniones más absurdas acerca de nuestras costumbres. En una gramática italiana del siglo pasado recuerdo haber leído, por vía de ejemplos, tales cosas acerca de la barbarie de los españoles, que casi no les quedaba otra cosa que el ser caníbales; y hace pocos días, en una revista francesa, escrita por por profesores, leí que en España existía la bárbara costumbre de mutilar á los niños para especular con ellos. Pues bien: todas estas absurdas opiniones datan desde la época de nuestra grandeza, en que se inventaron por odio á nuestro poder, y han sido sancionadas por la candidez de algunos escritores españoles que han tenido el poco patriotismo de beber sus conocimientos de la historia patria en cenagosos charcos, en vez de acudir á las verdaderas fuentes.

Sería largo de relatar todo cuanto se ha escrito contra España desde el siglo XVI hasta ahora, especialmente contra su crueldad con los pueblos conquistados, sin que los españoles se hayan tomado gran trabajo en defenderse de tales acusaciones, aunque no ha faltado alguna vez quien salga á la defensa. No es mi

propósito hacer aquí una apología de España, defendiéndola de todas las inculpaciones que le han dirigido los extranjeros y han repetido los españoles, porque eso pediría un libro muy grande y un trabajo distinto de la índole de estos artículos: mas porque no se diga que con mi silencio me hago reo de la falta que condeno en otros, voy á decir aquí unas cuantas palabras.

Dos clases de conquistas debemos distinguir: de pueblos cultos, y de pueblos salvajes. ¿Cómo se portaron los españoles con unos y con otros? La razón más convincente que puede alegarse en favor de España, el argumento que más abonará su causa, es la comparación de su conducta con la de otras naciones conquistadoras.

En este supuesto, fijemos la vista en la Polonia y la Irlanda de nuestros días, y comparémosla con la Italia y la Flandes de otros tiempos. Italia y Flandes, cuando estaban sujetas á España, tenían que estar naturalmente disgustadas, porque no hay nación en el mundo que sufra con paciencia el yugo extranjero, por suave que sea; pero ni perdieron su lengua, ni su literatura, ni sus artes, ni su industria; antes por el contrario, nuestros reyes se esmeraban en protegerlas, y ellas hacían con España un lucrativo comercio. Sin embargo, España pasa por bárbara en el siglo XVI, mientras Inglaterra, Austria y Alemania pasan por cultas en el XIX, en que tenemos á la vista Irlanda y Polonia.

Todo lo que han dicho los escritores extranjeros y nacionales, principalmente contra Felipe II por su conducta con los Países Bajos, es nada en comparación de lo que han dicho y dicen en historias y en novelas acerca de las crueldades, atropellos y vejaciones de todas clases cometidas por los españoles contra los pobres indios. Y, sin embargo, ¡qué diferencia tan notable entre los países conquistados por España y los conquistados por otras naciones! En los países que España conquistó y que estuvieron sujetos á su dominio, existe todavía la población indígena, mientras en los conquistados por otras naciones ha desaparecido. En los países conquistados por España, la población indígena fué convertida al catolicismo y civilizada, al paso que en los conquistados por otras naciones se ha tenido buen cuidado de mantenerla en la barbarie, de fomentar en ella todos los vicios, y de no concederle ningún derecho de los que gozan los conquistadores, á fin de destruirla poco á poco.

La legislación española es una prueba bien clara de que su conducta en los países conquistados lleva muchas ventajas á la

de otras naciones que se tienen por más cultas. Se dirá que las leyes se escribían, pero que á tanta distancia de la metrópoli no era fácil hacer que se cumpliesen, y que los mismos gobernantes encargados de velar por su cumplimiento serían los primeros en prescindir de ellas, por el provecho que sacarían. No niego que habría gobernantes indígenas que abusarían de su poder, que algunos se venderían á explotadores; esto sucede siempre y en todas las naciones; pero sería el colmo de la injusticia y de la maledicencia suponer que todos, ó la mayor parte, hacían lo mismo, tanto más, cuanto que los virreyes y capitanes generales que se mandaban á las colonias eran personas distinguidas, y su solo nombre era una garantía contra los abusos.

Había, además, otra garantía que llevaba ventaja á la dicha, y es la de los Obispos y las Ordenes regulares. Cada Obispo, cada comunidad religiosa, y hasta cada fraile de nuestras colonias, era un defensor decidido de los indios. El que quiera convencerse de ello, no tiene más que abrir las actas de los Concilios provinciales de América, y allí verá si es posible hacer en favor de los indios más de lo que hicieron los españoles. Y cuenta que la protección de éstos no era una protección de vanos deseos, sino que pasaba al terreno de la práctica. Los Prelados y los religiosos gozaban en las colonias españolas de una gran preponderancia, porque nuestros monarcas, que conocían su desinterés, los escuchaban, y los gobernantes, que no querían perder el favor de la corte, procuraban no indisponerse con los que sabían eran atendidos en ella, y para eso no había otro camino que tratar bien á los indios. Con estas condiciones, ¿cómo es posible que fuera tiránico el dominio de España?

La culpa de nuestro descrédito se atribuye generalmente á las violentas declamaciones del P. Las Casas, que los extranjeros se dieron buena prisa á traducir en todas las lenguas; pero más que á eso se debe á la inquina con que ingleses y franceses miraron siempre nuestro poder en América. En las acusaciones que dirige el P. Las Casas contra los gobernantes de América, hay que reconocer que, aunque tuvieran algún fundamento, entra por mucho en ellas el exagerado celo de aquel buen religioso; pues santos y sabios Obispos y religiosos hubo en América desde los primeros instantes de su descubrimiento, y aunque pidieron en favor de los indios, no lo hicieron de la manera virulenta que él lo hace. Lo cierto es que la población indígena

de América poco ó nada se disminuyó con la conquista de los españoles, y aun hoy día forma casi la mitad de la población de la antigua América española, mientras en la América inglesa se halla casi completamente extinguida. Refieren los historiadores que algunas regiones americanas estaban muy pobladas cuando llegaron los españoles. Esto, si se reflexiona un poco, se verá que es una ilusión. En primer lugar, porque es por muchas razones imposible que un pueblo salvaje sea muy numeroso, tomando esta palabra en su acepción absoluta; y en segundo lugar, porque en la historia del descubrimiento se lee que los conquistadores tenían que recorrer extensos territorios sin encontrar habitantes, siendo además pequeñas las poblaciones que hallaban. Y, sobre todo, ¿dónde están las estadísticas que acreditan los miles de almas que poblaban aquellos vastos territorios?

Otra razón: los españoles creo que no sean hoy mejores que en los siglos XVI, XVII y XVIII. La legislación española con respecto á las colonias no puede haber variado tanto, que sea completamente distinta; y aun cuando hubiera variado, no variando los españoles, nos encontramos en el mismo caso que antes. ¿Hay, sin embargo, alguna nación moderna de las que tienen dominios en Asia, África, América y Oceanía que pueda blasonar de mejor y más suave dominio con los pueblos sometidos? Tan palpable es lo que digo, que tengo la íntima convicción de que sólo los extranjeros que hablen sin conocimiento de causa y los declamadores españoles que, por hacerse notables, reniegan de la verdad y de la patria, pueden dejar correr sus plumas en descrédito de la dominacion de España en otros países.

No es menos deshonroso para España lo que á cada paso estamos viendo en libros extranjeros acerca de nuestra cultura; y como los libros escritos en francés ó en castellano, con mengua de nuestro idioma y de nuestros intereses, inundan las regiones americanas de lengua española, resulta que donde debíamos tener más crédito, allí es precisamente donde le tenemos más perdido. ¿Por culpa de quién? Por culpa nuestra, que, encontrándonos satisfechos con nuestra medianía, no tenemos el menor interés en salir de ella; pues, por lo demás, medios tenemos de sobra para recobrar el crédito perdido.

Si comparamos la España de hoy con la España de otros tiempos, es indudable que hemos retrocedido algo, por más que

no estemos en la escala de la cultura tan bajos como nos suponen. Muchos son los libros y memorias que se han escrito para pintar el estado de decadencia en que nos encontramos, las causas que le han producido y los medios para atajarle. Sobre el primer punto, los extranjeros por ensañamiento y los españoles por llamar la atención con un fin más ó menos patriótico, han caído en lamentables exageraciones. Sobre el segundo, se han dicho cosas muy lindas, especialmente en Francia, no habiendo quedado uno solo de los que han tratado de esto que no haya señalado como principales causas de nuestra decadencia la Inquisición y el aumento del clero; pero á poco que se reflexione, se comprenderán cuán infundados son uno y otro motivo. ¿No florecieron, por ventura, en los tiempos de la Inquisición los hombres más grandes que ha producido España? ¿De qué época son nuestros grandes historiadores, teólogos, filósofos, legistas, literatos, poetas, arquitectos, pintores, escultores, navegantes, militares y políticos? Precisamente nuestro siglo de oro es aquel en que la Inquisición estuvo más pujante. Podría haber algún pretexto para suponer que la Inquisición fué una de las causas de nuestra decadencia, si ésta se hubiera iniciado en el terreno científico; pero en lo que primero empezamos á decaer fué en la agricultura, en la industria y en el comercio, y me parece que la Inquisición no se debía preocupar de que los tejidos de lana, por ejemplo, se elaborasen con mucha ó poca delicadeza, ni de que los labradores escardasen ó no sus sembrados, ni de que podasen á tiempo sus vides y olivos. Podrá decirse que por miedo á la Inquisición no venian los extranjeros á establecer sus industrias en España. Prescindiendo de las ventajas que esto pueda tener, la venida de los extranjeros hubiera contribuido á que hiciéramos algunos progresos, dado caso que fuéramos incapaces de hacerlos por nosotros mismos; pero sin ellos nos hubiéramos sostenido á la altura en que nos encontramos. Mas no fué así, sino que verdaderamente retrocedimos, y los casi desiertos telares de colchas de la Sierra de Alcaráz hacen recordar tristemente los magníficos tapices que se ven todavía en muchas de nuestras iglesias. No debe, pues, en sana crítica caer sobre la Inquisición; la culpa de haber destruido lo que ella misma estaba interesada en conservar. Los extranjeros tenían un miedo cerval á la Inquisición; pero los españoles no la temían; y solamente la aborrecieron algunos porque se oponía á sus miras

propagandistas, y otros la han combatido porque la han visto combatida, cosa muy común entre los hombres.

Lo del aumento del clero es más infundado todavía. ¿Profesarían diariamente en el siglo XVII, entre todas las religiones que había en España, más personas que las que entran en nuestros días en presidio? ¿Y los presidios y los cuarteles están hoy menos poblados que entonces estaban los conventos? ¿Y qué utilidad saca, no digo España, sino Europa, de tantos centenares de miles de hombres como mantiene ó encerrados en los presidios ó acantonados en los cuarteles? Si hemos de ser justos, preciso es que convengamos en que si el aumento del clero era un mal que contribuyó á nuestra ruina, ese mal se ha agravado, y sin embargo se da como hecho indiscutible que vamos progresando.

Las cárceles, se dirá, son una necesidad para la corrección de los criminales y para el bienestar de la sociedad: los ejércitos numerosos y permanentes, sobre ser necesarios para la defensa, son una prueba de la preponderancia del país. No lo niego. Pero también la quina es de necesidad para cortar las fiebres intermitentes, y no por eso deja de ser una desgracia tener necesidad de usarla. Además, que no es esto lo que yo trato de probar. Lo que digo es que si el aumento del clero fué causa de la despoblación de España, el aumento de la criminalidad, que tanto hace multiplicar los presidios, es mucho mayor, y sin sin embargo nadie para mientes en ello. Á los economistas les sucede lo mismo que á los demás mortales: ven las cosas del color que desean.

Mayor causa de decadencia debía existir en las numerosas emigraciones á los países recién descubiertos, adonde marchaban multitud de españoles en busca de una riqueza inmensa y fácil de adquirir, abandonando sus ocupaciones, y con ello privando de brazos y de inteligencia á la madre patria. Este mal, que verdaderamente lo era, también existe ahora, y mucho más grave que antes; pues antes, aunque salían de la Península, no dejaban de pertenecer á la patria; y hoy salen en igual ó mayor número para poblar países extranjeros.

La causa principal de nuestra decadencia, la que dió origen á otras muchas y fomentó las que ya existían, fué la imbecilidad de los hombres que estaban al frente del Gobierno. Sin embargo, no he visto todavía quien formalmente señale esto como causa. Si Felipe III, Felipe IV y Carlos II, ya que por sí mismos

eran incapaces de gobernar, hubieran tenido al menos el talento de escoger buenos ministros, la nación hubiera continuado prosperando, y no nos hubiéramos visto postergados, con descrédito y pérdida de intereses.

Para que se vea el poco tacto y mal criterio de nuestros gobernantes en aquellos siglos, me limitaré sólo á citar un dato relativo á la enseñanza. En tiempo de los Reyes Católicos, de Carlos I y Felipe II, habían florecido en España los buenos estudios. Los pueblos y las iglesias habían gozado de entera libertad para establecer escuelas, y puede decirse que no había población de alguna importancia que no tuviera algún establecimiento literario. Esto era consecuencia natural del favor que nuestros Reyes venían concediendo á los hombres de letras. Pero desde el momento en que las consideraciones se guardaron, no al saber, sino á la procedencia, y los empleos se dieron, no á la ciencia, sino al linaje, el saber se consideró como inútil porque ninguna ventaja producía, y la ciencia se tuvo por inferior á los títulos. Á este mal se agregó otro no menos grave, que fué el monopolio, el cual, si acarrea graves perjuicios á la industria, al comercio y á las artes, ¿cómo es posible que no haga lo mismo con las ciencias? Así sucedió, porque no podía por menos de suceder, que empezó á decaer la enseñanza desde el punto en que se marcó de Real orden á los profesores cómo habían de hacer sus explicaciones, y no se pudo enseñar gramática sino por la obra de Nebrija, reformada por el P. Lacerda, ni se pudieron estudiar artes ni ciencias en libros nacionales ó extranjeros, sino sólo en los impresos por la Universidad de Cervera; disposiciones y privilegios emanados respectivamente de los Felipes II, III y V. Con esto se cerraron las puertas á los profesores para emplear sus talentos en bien de la enseñanza, y se les obligaba á emplear libros que no estaban en armonía con sus métodos. Amparados los monopolizadores por la ley, ningún temor tenían á la competencia, y no ponían cuidado en mejorar sus obras. Así se ven esas ediciones de clásicos tan pobres de comentarios como plagadas de errores de imprenta. Este mal, que tanto lamentamos ahora porque estamos tocando sus funestas consecuencias, las produjo idénticas en aquellos tiempos, y entonces, como ahora, fué un obstáculo para el progreso literario y una de las causas de la decadencia de nuestros estudios, como lo es ahora, y lo será siempre, en todos aquellos ramos de la en-

señanza en que el Estado se meta á legislar, y mucho más á monopolizar. Notoria es la poca capacidad de todos los monarcas que rigieron los destinos de España desde Felipe III á Felipe V.

Mas aunque hubieran sido incapaces, el mal hubiera sido menos grave si hubieran tenido el tino de elegir buenos ministros. Pero aun en esto fueron desgraciados, pues eligieron siempre á hombres que valían tan poco como ellos. Así es que á monarcas y á ministros les sucedió lo que á todos los débiles; tuvieron mucha afición á legislar, y poca fuerza material y moral para hacer ejecutar sus órdenes. Y como esto sucedió en todo, no es extraño que se iniciara alguna decadencia, que fué excesivamente ponderada, á causa del cambio de dinastía; pues los partidarios de la Casa de Borbón tuvieron interés en desprestigiar los reinados anteriores de la Casa de Austria.

Obsérvase en la historia que cada dinastía tiene un carácter determinado, y casi todas las que han existido tienen la particularidad de haber producido un individuo que fué, digámoslo así, la representación genuina de toda su raza. Esto ha sucedido en todas las dinastías, y esto, por consiguiente, ha debido suceder en las dos últimas que han ocupado el trono de España.

Dos reyes efectivamente han regido los destinos de España; uno en la dinastía austriaca, y otro en la borbónica, que llaman vivamente la atención por la influencia que sus respectivos reinados ejercieron en los sucesivos tiempos y por el carácter personal de ambos monarcas, y es curioso estudiarlos á la vez, tanto por las semejanzas como por las diferencias que entre ellos existen.

Uno y otro fueron colmados de elogios mientras duró su dinastía, ó, mejor dicho, mientras duró la idea que ellos personificaron. Al caer la dinastía austriaca y subir al trono la de Borbón, todos los elogios que se habían tributado á Felipe II se convirtieron en crueles recriminaciones. El día que la influencia filosófica, posesionada de España en tiempo de Carlos III, deje de influir en nuestra literatura, sabe Dios cómo librará el crédito de este Monarca. Uno y otro pueden considerarse como el tercero de su raza. Uno y otro, cuando subieron al trono de España, habían sido reyes en Italia, se habían acreditado de hábiles para el gobierno, de poco aficionados á las armas, siendo ambos hijos de padres guerreros; pero Felipe II había sido edu-

cado en España por españoles, según las doctrinas que entonces dominaban en España; Carlos III lo había sido por maestros italianos, según las ideas de Francia.

Uno y otro eran de carácter dominante; pero Felipe II nada hacía sin consultar, y Carlos III nada consultaba. Felipe II valía tanto ó más que sus ministros, y los hacía obrar como él quería; Carlos III valía bastante menos que los que le rodeaban, y creyendo hacer su voluntad, hacia en todo y por todo la de sus ministros.

Ambos monarcas se encontraron al empuñar el cetro con una nación que acababa de transformarse. La España de Felipe II acababa de salir del aislamiento en que le había encerrado la guerra con los árabes, y guiada por la gran cabeza y robusto brazo de Fernando V, Cisneros y Carlos I, había llevado su dominacón al Norte, al Mediodía, al Oriente y al Occidente. La España de Carlos III acababa de ser reducida en Europa á sí misma por las naciones que favorecieron la entrada de los Borbones, constituyéndola en un humillante pupilaje de Francia, que en parte pesa todavía sobre nosotros. Felipe II trató de sostener, y sostuvo con el dinero y las armas de España, la dominación y el prestigio que había heredado de sus mayores; Carlos III ni aun pudo recobrar todos los dominios que dentro de la misma España se habían perdido á la venida de su abuelo.

Los hombres que rodearon á Felipe II se habían formado en España en tiempo de su padre y de su abuelo, y representaban fielmente el carácter español; los ministros de Carlos III se habían educado en el extranjero, y representaban en España el espíritu filosófico del siglo XVIII desconocido por la generalidad de los españoles, y mal mirado por los que le conocían. Los de Felipe II secundaban las miras del Monarca, que también eran las suyas y las de su pueblo; los de Carlos III le engañaban y le obligaban por este medio á mandar lo que ellos querían, que no siempre era lo que el pueblo deseaba.

De uno y otro Monarca nada ha tenido que decir la historia en cuanto á sus costumbres privadas; ambos de genio activo, Felipe II se entregaba á gobernar por sí mismo la Monarquía más vasta del mundo; Carlos III se entregaba con pasión á las fatigas de la caza. Ambos de carácter dominante, Felipe II se opuso con tesón á las exigencias populares ó aristocráticas cuando todavía estaba reciente la memoria de las Comunidades;

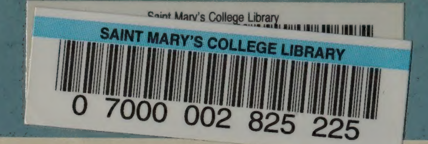
Carlos III huyó despavorido ante las voces de unos cuantos hombres del pueblo de Madrid pagados por los ministros.

Uno y otro de espíritu profundamente religioso, Felipe II era inclinado á la rigidez, Carlos III al fanatismo; Felipe II favorecía y pedía á la Iglesia, Carlos III quería dominarla hasta el punto de prescribir á los Obispos lo que habían de decir los confesores á sus penitentes. Felipe II escuchaba con sumisión las advertencias de una monja; Carlos III prohibía de real orden que se murmurase *de los que en nombre de Dios gobernaban*. ¡Y estas palabras eran dictadas por los volterianos ministros que gobernaban en su nombre!

Mucho más podría añadir, así acerca de ambos reyes como sobre los efectos de su Gobierno; pero concluiré diciendo que Felipe II fué el primero de los reyes absolutos de España, y Carlos III el de los constitucionales. Sin embargo, las tendencias absolutistas de uno y otro reinado están bien marcadas, sin otra diferencia que la de imponerse en tiempo de Felipe II el absolutismo del Rey, y en el de Carlos III el depotismo de los ministros. Así lo comprendieron nuestros padres, cuando le llamaron *pupilo* del

«....gran Leopoldo primero,
Marqués de Esquilace augusto».

La historia de Felipe II, á pesar de haber sido escrita bajo una dinastía enemiga, por tradición y por ideas, de la suya, no ha podido privarle del carácter de grandeza que reviste; la de Carlos III, escrita en tiempo de sus nietos y por los hijos de los que le habían engañado en provecho de sus doctrinas, más que historia verídica es el bullicioso aplauso de bajos aduladores. Cuando pasen los años, y cambien las opiniones, y se registren los archivos, y se esclarezcan los hechos, el reinado de Carlos III no ha de parecer tan brillante como hoy nos le presentan las historias. Si por los resultados inmediatos hemos de juzgar, la comparación de los reinados de sus respectivos hijos Felipe III y Carlos IV, decide en favor de Felipe II.


Saint Mary's College Library
SAINT MARY'S COLLEGE LIBRARY
0 7000 002 825 225

